

José García Bravo
**Don Quijote,
Sancho
y la era atómica**





1era edición: Editorial Oceánida, 1955
1era edición: Fundación Editorial El perro y la rana, 2022

© José García Bravo
© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
piso 21, El Silencio
Caracas -Venezuela 1010

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Paginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de portada
Arturo Mariño

Imagen de portada e ilustraciones
José García Bravo

Edición y Corrección
Luis Lacave / Héctor González

Diagramación
Odalís C. Vargas B.

Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-14-5070-2
DC2022000880

Don Quijote, Sancho y la era atómica


EL PERRO
y LARANA

José García Bravo

**Don Quijote, Sancho
y la era atómica**

Presentación para la segunda edición

Esta nueva salida del Quijote se complementa entre dos experiencias, dos mundos a transitar vinculados a la necesidad de la migración y lo que esto significa. El protagonista podría recordarnos, en su búsqueda desesperada por llenar su estómago, a un personaje Knut Hamsun. Sin embargo, este principio de la dualidad se convertirá en el motivo fantástico de la novela, al sustraer los estrecheces de lo material para alcanzar la recuperación del sentido de humanidad desprendido de pactos ideológicos, afectos materiales, luchas de clases y la radicalización del trabajo como sustitución de la felicidad. Ante este extravío en que la humanidad se ha centrado se justifica la recuperación, el llamado de una nueva Arcadia, es decir, un nuevo Ideal, o una nueva revolución, esta vez dirigida por el espíritu de las reglas de la caballería en el cuerpo de un mortal cualquiera. Es así que tenemos una nueva salida del caballero de la triste figura.

Su autor deja algunos rastros biográficos dentro de su obra, también como es natural le ha tocado vivir en un mundo amenazado por toda una mitología de la potencia nuclear (aún estamos en eso). Acaso él mismo pueda verse y sentirse un exiliado de los tantos que llegaron a nuestro país entre las dos mitades del siglo xx: españoles, italianos, portugueses, entre otras nacionalidades del mundo. José García Bravo nació en Cáceres

(España) en 1913 y murió en Caracas (Venezuela) en 1996. Fue ebanista y escultor, reconocido, premiado y muy solicitado tanto por órdenes religiosas como por fundaciones, centros culturales, museos e iniciativas que persiguen la restauración de imágenes.

Llega a Venezuela en el año 1951, un año después que Marco Pérez Jiménez asume el poder, dentro de la novela hay algunas referencias que podrían verse como una crítica del autor ante la dictadura. En nuestro país García Bravo se concentrará en la restauración de figuras religiosas, como lo hizo en España, escribir poesías, la expresión plástica como la pintura y el decorado a través de los murales y frescos. La exigencia física a la que se somete deviene en un fallo al corazón, lo que le impedirá en lo sucesivo a no poder encargarse a largas jornadas de trabajo. No es difícil imaginar el motivo por el cual decide dedicarse a la escritura, es a partir de acá que comenzará a colaborar en revistas, periódicos y otras publicaciones, en lo personal se puede ver como una segunda vida, pues hasta decide ingresar en la Universidad Católica Andrés Bello para iniciar el estudio de una nueva profesión.

La novela fue impresa en 1955, las ilustraciones que la acompañan fueron hechas por el autor, 19 ilustraciones, incluyendo la portada que nos recuerda un poco a las pinturas negras de Goya. En su contenido prevalece un anhelo, por parte de los personajes, de no politizar la vida cotidiana, respetar las emociones y pensamientos de otros y evitar a toda costa la dispersión moral. Esto podría ser un tema persistente, tanto así que puede ser tomado como una obsesión que se ramifica en ejemplos, discursos moralizantes, sentencias filosóficas con el aditivo que este Don Quijote es un ectoplasma que ha vagado por el tiempo y ha decidido tomar su forma. Todo lo anterior bajo el sustrato, tanto de forma y fondo de la escritura cervantina, la originalidad de García Bravo pasa por advertir sobre

las radicalizaciones políticas, esto último es el afán que lo motiva y también el que lo vence en este libro.

La Fundación Editorial El perro y la rana ha decidido recuperar esta obra con un fin estrictamente promocional, recuperar estos antecedentes y sus autores, y volver a colocar en circulación para que puedan servir de material de lectura y conocimiento general de nuestra literatura nacional. Es con este propósito que publicamos *El regreso de Eva* (1933), *El primer viaje a la Luna* (1955), *La civilización en Marte* (1959) y *Don Quijote, Sancho y la era atómica* (1955). Estos cuatro títulos se escribieron antes de la década de 1960, década como suponemos fue capitalizada y absorbida tanto por la literatura testimonial, la poesía, el mal llamado *boom* de la literatura latinoamericana y nuestra particular literatura que buscaba nuevos moldes de expresión.

LOS EDITORES

Presentación a la primera edición

Tú, lector amigo, seguramente no me conoces. No me extraña. Mi nombre no es muy conocido. Pues bien, yo soy escultor. Un modesto escultor que, en medio de su trabajo, sentía las inquietudes del mundo.

Hace unas décadas, yo hubiera recurrido al arbitrio, usual aun hoy en día, de requerir a una pluma autorizada y prestigiosa para que, ensalzando en mí méritos casi siempre inexistentes, me presentara a ti. Así como, hace unos siglos, habría necesitado de prerrogativas y privilegios que hiciesen posible la publicación de este libro, después de pasar por las horcas caudinas de una obligada adulación hacia los personajes de la época.

Afortunadamente, en algo sí hemos progresado, aunque haya muchas cosas malas en nuestros días, como lo prueba el que yo, un simple hombre de trabajo igual que tú, pueda dirigirme a ti sin ningún intermediario y sin estar sujeto a otras trabas que las de mi conciencia.

Dos años hace que comencé a ir alternando con las guías el manejo de la pluma. Y ya tengo escrita la novela *Don Quijote, Sancho y la era atómica*, que ahora ve la luz de la calle.

Sentía la necesidad de fijar en páginas impresas ciertas dolorosas experiencias de un pasado muy próximo que está en la

mente de todos y algunas reflexiones acerca del presente y de un futuro inmediato.

Puede que sea atacado y criticado con saña. Quizás con demasiada saña. No me importa. Mi corazón, roto por un infarto, Dios sabe a cuentas de qué, es lo que enseñó al desnudo. Sin temor y sin jactancia.

Exento de rencores, a nadie ataco en particular porque a nadie en particular me refiero. Al que se diere por aludido, yo le recomiendo un puro examen de conciencia, como yo lo hago, en vez de irritarse y disparar dardos envenenados, que pudieran tal vez aumentar su complejo de culpabilidad.

Seamos sinceros. Sinceros, llanos y humildes. Y reconozcamos nuestros errores con valentía, para corregirlos. Y los mayores errores que estamos viviendo son los de soberbia, de falsía y de ambiciones insensatas. Ambiciones mezquinas hacia cosas exclusivamente materiales que han metalizado nuestra alma, la cual ya no vibra si no es al tintineo de la plata.

¡Pobre era la nuestra y pobres humanos los que vivimos en ella!

Somos el reverso de aquel pequeño crustáceo que llaman peyorativamente el ladrón (cangrejo ermitaño o paguro). Éste, con certero instinto, va tomando nuevos caracoles mayores donde encerrar su blando cuerpo indefenso a medida que va creciendo. Nosotros hemos hecho crecer el ámbito en que vivimos por mor de los nuevos adelantos. Y se nos ha hecho el ambiente demasiado grande para un alma tan mezquina y tan indefensa.

Un alma que ha ido empequeñeciéndose en lugar de engrandecerse, como lógicamente debiera, al encontrarse con más espacio y más posibilidades.

Y estas ruines almas nuestras, tan pequeñas, las hemos llenado de malas intenciones, de soberbia y de temores. Y aquí están sus frutos, ¡un mundo atrocemente dividido y desquiciado, sin atisbos de remedio!

¿Hacia dónde vamos por este camino? Esa es la gran incógnita que, desgraciadamente, depende del hombre mismo. Y de esto es de lo que trata mi libro.

Como novela fantástica, en ella intervienen dos magos: uno, activo, es el mago Magín, que representa a la inteligencia moderna, madre de las ciencias y del pensamiento actuales, a los que quiere corregir tratando de encaminarles el rumbo hacia una cordial comunidad integradora para que, ayudándose unos a otros como buenos hermanos, encuentren la armonía conceptual y efectiva.

El otro mago, del que solo se hacen alusiones, es el gran Merlín, tatarabuelo del anterior, quien representa la inteligencia y el pensamiento medievales, ávidos de empresas, imaginativos y audaces, aunque proclives a caer en supersticiones.

Sus personajes reales son los del mundo actual, y en primera línea se mueven Don Quijote y Sancho Panza. La tesis idealista y su antítesis materialista, las que juntas constituyen la formidable síntesis humana material-idealista capaz de transformar al mundo.

Ellas encarnan el idealismo, el materialismo y el dualismo (éste cuando cada uno toma en sí parte de la manera de ser del otro). Y por último, superado tal dualismo, son la síntesis material-idealista que abarca todas las situaciones y emplea eficazmente su esfuerzo hacia las más altas finalidades del desarrollo humano mediante el intento de una pacificación del angustioso momento crucial que el mundo vive actualmente, entre abismos de incomprensiones y odios abiertos por las mil contradicciones de la época, nuevos gigantes y endriagos de las doctrinas en pugna. (Modernos libros de caballería que han sorbido el seso al mundo de hoy).

Los disparates de estas tendencias modernas en pugna llegan varios años de luz más allá que los despropósitos de los libros de caballería, pues vienen revestidos con ropajes cuasi científicos.

No había más remedio que atacarlas y allá va:

Mi buena fe y mi conciencia me lo dictaban. Hasta qué punto tenga eficacia el aldabonazo, lo ignoro. Ahora, no me importa que algunos pretendan ensuciar, bastardeándolas, mis intenciones. Como son limpias y honradas, saco a la luz este libro en los momentos que he creído conveniente.

Y que me perdonen si no les pedí permiso.

JOSÉ GARCÍA BRAVO
Caracas, julio de 1955

Introducción

Al lector:

Amigo lector: Hace unos meses que entré en la madurez de la vida. Vida serena y vigorosa, empleada en afanes de honradez. Detrás de mí ya quedaban hechos jirones los sueños y quimeras de la juventud, destruidos por las más crudas realidades del destino en una vida de intensa acción, acerada a través de la lucha contra mil adversidades.

Hago esta aclaración para que se tenga presente que no soy un niño ni un soñador, pues los años y la experiencia suelen barrer por igual la inocencia y el crédito en los sueños y en lo maravilloso.

Pero no dejo de ser un hombre vulgar y corriente de nuestros días, y, como tal, lleno a la vez de grandes escepticismos interpolados con pueriles credulidades. Y, precisamente, por una de éstas tuve la oportunidad de recoger el relato que transcribo íntegramente, sin quitar y sin poner punto ni coma, junto con los dibujos que lo ilustran.

El hecho fue así:

Una tarde oscura y tormentosa me hallaba solo en mi aposento. Las sombras de la noche adelantaban su llegada entre

nubes negras. Desde afuera, el viento y la lluvia azotaban el cristal de la ventana como pidiendo posada para las tinieblas.

Yo no pensaba en nada, si no era en el fastidioso aburrimiento que el mal tiempo me traía consigo. Por pasar el rato, curioso y dudoso a la vez, me senté en una silla y tomé cierto libro de horóscopos que, sin saber cómo, encontré sobre mi mesa.

Había sentido el deseo de consultar los vaticinios reservados al día y mes en que nací. Busqué la página correspondiente a la fecha y comencé a leer.

En seguida tropecé con unas frases que me hicieron vagar la mirada desde la letra impresa hasta perderla en el vacío: “Encontrarás hoy algo que, aunque te parezca muy extraño, deberás llevarlo a cabo”.

La página señalaba exactamente el día en que me hallaba. Yo me repetí, incrédulo: “¡Encontrarás hoy algo que, aunque muy extraño, deberás llevarlo a cabo!” Y, burlón, añadí, para mi camiseta: “¡Sí! ¿Cómo no? ¡Sobre todo, con este tiempcito que me retiene en casa!”

Sin embargo, cuando nuevamente bajé la mirada al libro, vi, maravillado, sobre la página que había leído antes, un papel rojo, escrito.

Atónito, lo palpé y le di varias vueltas entre los dedos. Lo primero que llamó mi atención fue una calavera que tenía pintada en la parte superior izquierda. Encima de ella aparecía un reloj de arena, y sobre éste un buho.

Sobrecogíome tan extraño membrete en el misterioso papel, cuyo significado no se me alcanzaba. Más abajo leí:

“Toma ese manuscrito y esos dibujos y procura imprimirlos en un volumen. Es la historia de unos hechos muy recientes, historia que es un como resumen y compendio de tu época. Esta tarea no dejarás de cumplirla si quieres evitar grandes males para ti y para otros mentecatos como tú”.

Y debajo, a modo de firma:

“El Mago M.”

Estupefacto, volví a mirar hacia el libro, y en su lugar encontré un montón de cuartillas cosidas en forma de libro, escritas en letra muy clara e igual. Intercalados entre sus hojas había un buen número de dibujos.

Ahora, más que atónito, me quedé espantado contemplando las cuartillas y los dibujos. ¡Aunque increíble, estaban entre mis manos, que, temblorosas, aferrábanse a la mesa!

Me levanté como un loco. Fui al lavabo y me eché agua fría por la cabeza. Descompuesto, me la sequé agitadamente. Después, haciendo un buen acopio de valor, retorné a la sala lenta y recelosamente.

¡Sobre la mesa destacábanse las cuartillas y los dibujos en la misma posición que antes!

Sentí escalofríos a lo largo del espinazo y debilidad en las piernas. Jadeante, me senté ante el hornillo eléctrico, donde hervía el agua de la cafetera, y eché sobre ésta un puñado de café.

Lo bebí a grandes sorbos, pensando en las cuartillas a mi espalda. Después de apurarlo, me levanté y comencé a pasear mi desasosiego por la habitación, sin saber qué hacer y echándoles frecuentes miradas a los papeles aquellos.

Conste que no suelo excederme en la bebida ni he padecido jamás de alucinaciones; pero... ¡las cuartillas seguían allí! No cabía duda.

Por último, revestido de valor y un tanto familiarizado con tan insólita situación, me senté ante ellas más tranquilo, las hojeé y comencé la intrigante lectura.

Ávidamente me interné en sus páginas, que leí de un tirón, y atentamente fui contemplando los dibujos que las ilustraban. Entre unos y otras formaban el conjunto del presente volumen.

Era ya muy tarde cuando me retiré al dormitorio para tumbarme vestido, conturbado por mil confusas ideas pavorosas.

Durante el resto de la noche estuve reflexionando acerca de aquel extraño suceso, y más sobre el contenido de los papeles. Algunas veces, asaltado por la idea de si estaría soñando, me pellizcaba y sentía tentaciones de levantarme a comprobar lo ocurrido.

En el desazonado vaivén de estas incertidumbres y temores se me fue la noche. Llegado el día volví a ver los papeles sobre la mesa.

Ya hecho a lo maravilloso, curado de espanto, los recogí tranquilamente, y aquí están impresos; con lo cual, a la vez que doy cumplimiento al misterioso mandato, limpio mi conciencia del peso de los males que pudieren recaer sobre otros como yo, y en particular sobre mi persona.

JOSÉ GARCÍA BRAVO

Primera parte
Salida de las sombras

Capítulo primero

De entre las sombras sale una sombra

En un lugar de Europa de cuyo nombre no puedo acordarme, una tarde fría de otoño abriéronse dos pesadas puertas de hierro para dar paso a un hombre.

Macilento y cansado, horro de fe y de esperanzas, vio de nuevo la luz de la calle.

Cual un nuevo Lázaro, resucitaba a la vida; pero ya su alma entraba en el período de putrefacción.

Este pobre cuerpo, encorvado prematuramente y consumido por las privaciones, era mucho más liviano que antes y, sin embargo, le pesaba como nunca. De aquel alto espíritu, generoso e idealista como jamás lo hubiera, solo quedaba un apagado montón de ruinas.

Todo era gris, casi incoloro en torno suyo; los edificios, el pavimento y el cielo formaban un ámbito desvaído y triste. Tras de él, las cadenas, y ante sí, nebulosos espectros sombríos.

Sentíase abúlico, sin fuerzas y sin destino. Su cabeza había perdido muchos cabellos y —nueva especie de moderno Sansón— parecía como si con ellos hubiera desaparecido para siempre la fortaleza de su espíritu.

Aquella cárcel había sido el sepulcro de su juventud, ya malherida por la guerra, el hospital de sangre y el campo de concentración. Ahora, a los treinta y tres años, y después de

siete hundido en una reclusión de pesadilla, como corolario a tantos padecimientos anteriores, salía a la calle maltrecho y derrotado, sin ganas de libertad, desengañado y horrorizado de un mundo que no reconocía.

Lleno de temores y desconfianza hacia todo y hacia sí mismo, traspuso el rastrillo y el umbral que lo devolvían a la sociedad humana.

Era un pobre organismo maltratado que maquinalmente se apartaba del vetusto caserón de su encierro sin saber adonde ir ni cómo emplear una voluntad que, después de mucho tiempo constreñida, parecía haber perdido su albedrío.



Nadie lo esperaba ni él se acordaba de nadie. Casi ni de sí mismo. A través de los lentes, protésico remedio de su última desventura —una gran pérdida de visión—, miraba sin ver.

Lejos, muy lejos, confundidos entre las brumas de un martirio tenaz, habían quedado los recuerdos de aquel muchacho espigado y animoso, todo energía y acción, que inflamara a muchos con su encendido idealismo.

Terciada una manta al hombro, anduvo buen trecho con el inmenso vacío de un cerebro sin ideas.

Llegó a un parque y dejóse caer en el primer banco de piedra.

Como entre sueños veía el correteo de los niños, sin oír sus gritos.

Después de mucho tiempo hizo un esfuerzo por reflexionar.

—¡Señor! —le oyó en esto a una mujer que pasaba—. Se le han caído unos papeles.

El liberto miró en torno suyo buscando a ese “señor”, hasta que cayó en la cuenta de que se referían a él. Tomó los papeles del suelo entre un balbuceo de gracias, mientras intentaba acomodarse a una idea nueva sobre su persona: “¡Señor!” ¿Señor? Antes de la guerra le designaban como “este muchacho”, “este joven”. ¡Ah, el mundo había cambiado mucho!

Junto al certificado de libertad provisional le habían dado el pase de ferrocarril valedero hasta la capital. Los miró y remiró. Tras varias vacilaciones y dudas se levantó, y al primer transeúnte preguntóle por la estación. Como un ausente oyó las explicaciones, y encaminóse a ella con paso de buey cansino.

Dos largas horas en un silencioso rincón de la sala de espera, y después, cuando ya anochecía, apareció negro y aullante el tren.

Era un lento convoy mixto, con treinta unidades para mercancías; tres para el ganado (borregos, mulas y puercos) y tres para viajeros (una de segunda y dos de tercera).

Subió a uno de los desvencijados vagones de tercera y se acomodó en un asiento, envolvióse en la manta y se preparó a dormir.

El tren arrancó nuevamente, y, a poco, los viajeros, el ruido y el mundo desvanecíanse para él en un sopor torturado de vaivenes.

Capítulo II

Quién era Alonso

¿Adónde irás? ¿Adónde irás? ¿Adónde irás...?

El traqueteo de las ruedas sobre los rieles y un frío entumesciente, glacial atisbo del invierno precoz, que se filtraba por entre las rendijas de las destartadas ventanillas, hicieronle abrir los ojos al ex cautivo.

Estaba amaneciendo un día gris plomizo. La escarcha cubría de blanco el paisaje y, como una mortaja de hielo, parecía enfriar desoladoramente el corazón y el cerebro de Alonso, congelaba sus confusos sentimientos y desintegraba sus ideas aun más.

Una sola sensación predominaba en él a cualquiera otra, incluso a la del frío reinante: la del hambre.

Tenía mucha hambre. Aquella hambre gigantesca con varios años de atraso. Un hambre tenaz, incubada lentamente desde finales de la guerra y sostenida y aumentada en el campo de concentración, primero, y en la cárcel, después.

Hambre que había corroído este cuerpo, antes robusto y fuerte, aunque cenceño, que había apagado aquel espíritu brioso y arrebatado la agilidad a su mente.

Ahora, en contraste con el pasado y con la extremada delgadez de este cuerpo canijo, era tan pesado de movimientos como lento en el discurrir.

Nadie lo hubiera reconocido.

Solamente en la mirada, ávida y febril tras los espejuelos —mirada de hambriento—, parecía haberse concentrado su vitalidad toda.

Y en la mente bullíale aquella idea única, de obsesión avasalladora: comer, comer; nada más que comer.

Esta piltrafa era hoy Alonso, aquel joven otrora de gran iniciativa y de aspecto inteligente. El que desde su humilde condición de huérfano, años atrás, miraba audazmente hacia metas progresivas, cara al porvenir.



Obrero y a la vez estudiante nocturno de la escuela industrial; de precoz talento; autodidacto aficionado desde tiernos años a las bellas artes e interesado por las ciencias; entusiasta de los deportes; expansivo, con elevados ideales altruistas para

la perfección humana, y soñador de altas utopías espirituales, que nutría en mil lecturas y soliloquios.

El triste proceso de la más terrible experiencia fue desmoronando uno a uno sus sueños hasta que, finalmente, y en derumbamiento definitivo, vio al género humano hundirse en la crueldad, la traición, la sordidez, el egoísmo, el engaño y toda la secuela de horrores de la guerra.

Solo recordaba la traición o el olvido de sus amigos, y la crueldad, la indescriptible crueldad horrenda de sus enemigos.

Estas dos cosas, fundamentalmente, nunca se las hubiera podido imaginar así.

Él siempre consideró caballerosamente a sus enemigos como adversarios casi teóricos. Y en la hora dramática de la lucha sintióse profundamente defraudado, tanto de las insidias propagandísticas como de las torpes crueldades practicadas por los unos y por los otros.

Alonso jamás habría creído al hombre capaz de hundirse en las degradantes experiencias vividas.

Pero ahora —¿qué más le daba?—, con el cuerpo prematuramente decrepito y el alma achatada llenos de hondas cicatrices, él, este andrajo físico, sin lugar ni objeto en esta sociedad de fieras vestidas, para él indiferentes, ya no era nadie ni veía al mundo. Exclusivamente pensaba en una cosa: comer..., comer... Esto era lo importante.

Mala era aquella asquerosa bazofia que le daban en la prisión; pero ahora..., ¡ni eso! ¿Dónde podría comer? Y... ¿qué haría con su libertad? ¡Libertad! ¿Para qué?

Y escuchaba cómo las ruedas del vagón le repetían machaconamente a los rieles: “¿Para qué? ¿Para qué? ¿Para qué?”

Entre tanto, él lanzaba interrogante, al cielo acerado, frío y lejano, su febril y hambrienta mirada.

Capítulo III

Llegada a la capital

Había llegado el tren a la estación de término. Sorteando maletas y fardos y a gentes mugrientas, Alonso apeóse como buenamente pudo. Sobre el andén, el frío temprano de la mañana y el escape de vapor de la locomotora habían entablado un diálogo que parecía resolverse en niebla.

Como un azor hambriento que escudriñara la barruntada presa, Alonso enderezó un tanto su talluda y feble persona. Venteaba..., venteaba cierto olorcillo a buñuelos y a café con leche, que provenía de la cantina.

Los ojos parecían quererle atravesar las gafas, de fijos e insistentes, hacia el lugar de la querencia. Y mientras, la lengua se le agitaba impaciente y se le iba humedeciendo hasta hacerle tragar saliva en abundancia.

Traía unos atroces calambres en el estómago, y los intestinos habían comenzado a bailarle una lenta danzuela, que no tardó en convertirse en czarda movida y ruidosa. Mas era tan exiguo su capital que no sabía si entrar a tomarse un café con tortas o gastárselo, al salir de la estación, en pan, que por tocarle más cantidad por igual precio podría durarle más. Pero otro enérgico calambre del estómago le decidió, finalmente, a no esperar ni un minuto, y entró en la cantina.

Con prisa, pidió un café doble y todas las frituras que pudieran darle por el dinero que extendió sobre el mostrador: cinco spokits. ¡Todo su caudal! Le pusieron en un plato dos docenas de. buñuelos, tan raquíuticos como si hubieran querido hacer con ellos sortijas de harina frita, y un café de cortezas y achicorias lejanamente endulzado con una pastilla de sacarina.

Tomó un sorbo del inmundo recuelo, y aunque se quemó el gaznate, le supo a ambrosía. Cogió cuatro buñuelos de una vez y se los metió en la boca. Cerró los ojos al masticar, igual que hacen los gatos cuando comen algo bueno. Y en seis bocados y dos sorbos dio fin al desayuno.

Al tragarse la última gota abrió los ojos y miró un poco extrañado y con pena a su alrededor. Se había olvidado del mundo, de las cárceles y de todos los problemas pasados, presentes y futuros. Estaba en otra región superior. Pero, caído de ella, pagó y salió un poco reconfortado al frío de la calle.

Emprendió la marcha como un avestruz encogido, y llegó hasta muy cerca de la boca del ferrocarril subterráneo. Quedóse parado, indeciso, sin saber qué camino tomar. En esto oyó una voz conocida: “¡Alonso!” Volvió la cabeza y vio a un limpiabotas que se levantaba de su pequeña banqueta y venía hacia él.

—¡Hombre, Alonso! —le dijo—. ¿Qué es de tu vida? Ya veo que vienes de la “Universidad”. —Y le señalaba la manta.

—Sí, amigo— le respondió apáticamente Alonso—. Y a ti, ¿qué tal te va?

—Pues ya lo ves: aquí estoy de limpiabotas. Salí de la cárcel hace un año y me establecí aquí.

—¿Y tu padre? —le siguió preguntando Alonso.

—Salió condenado a muerte y lo fusilaron hace cinco años.

—¡Vaya! —comentó Alonso; y prosiguió—: ¿Y Magdalena?

—Magdalena... —respondióle el otro—. Pues dos meses antes de salir yo en libertad ya se había cansado de vender pan

y tabaco por esas calles y de pasar las negras huyendo siempre de los policías. Su fue a vivir con un carbonero.

—Y, entonces, Salvador, ¿vives solo?

—¡Claro, chaval!—. Y continuó éste: —¡Tengo un “chalet” que yo mismo me hice con pico y pala y unas latas en las afueras de la capital, y allí no pago ni lata de alquiler! ¡En fin, chico, que estoy hecho un burguesote! Bueno; como supongo que no tendrás ninguna habitación reservada en el Gran Hotel, puedes venirte conmigo hasta que organices tu vida.

Alonso, al oírle, no pudo por menos que abrazar a su amigo. Y así, con un suspiro de alivio, le confió a éste:

—¡No sabes el gran favor que me haces, Salvador! Esa era mi preocupación más apremiante, la primera: tener dónde dormir.

—Y la segunda —prosiguió el bueno de Salvador— será tener dónde comer...

—Esa, te confieso que es más bien la primera, porque salgo con un hambre de campeonato. Pero mi mayor problema va a ser, según creo, el del trabajo. Estoy tan debilucho que parezco un cabrito recién nacido.

—Todos tenemos algo de eso —le contestó melancólicamente el otro—. Y en la cuestión del hambre no puedo darte muchas esperanzas; pero se hará lo que se pueda, y ya veremos si se va arreglando la cosa. Yo te ofrezco lo poco que tengo. Pero ahora siéntate aquí, y perdona, porque me parece que se me acerca un cliente.

Y dirigiéndose a éste:

—¿Le limpio?

En efecto, mientras estaban hablando se les había venido acercando un señor con aires de respetable trapisondista, cigarro puro, bigote, gabán y sombrero, a quien le salió al encuentro Salvador, acomodó su banquetita a sus pies y comenzó

a lustrarle unos zapatos de artesanía marrones, de los que se compraban sin cartilla.

Alonso puso su manta sobre el poyo de piedra enrejado que separa la estación ferroviaria de la plaza del Aluvión, se metió las manos en los bolsillos y sentóse allí pensativo, entregándose a muy tristes reflexiones mientras su amigo le bruñía briosamente los zapatos al inflado magnate del mercado negro.

Capítulo IV

Confidencias

Terminado que hubo de lustrarle los remos al feliz logrero, quien, muy alta la cabeza, se fue echando humo tras de su puro, Salvador se acercó al ensimismado Alonso.

—¿Quieres un cigarrillo? —le preguntó, advirtiéndole—: Es de colillas, claro; pero tiene muchas hojas de cigarros puros. Yo tengo buena clientela: fuma tabaco picado, de hebra y americano rubio, y ¡hasta puros habanos!, como ese señor que acaba de irse. Hoy he tenido mala suerte, porque otras veces tira la colilla aquí, y ¡hay que ver qué colillas!

Alonso, sin responder palabra, había extendido la mano para recoger la mugrienta petaca que le alargaba Salvador acompañada de un sucio papel de fumar y un mechero. Se echó un poco de aquella picadura heterogénea en la palma de la mano. ¡Apestaba a colillas que era un horror! Pero él lió un cigarrillo, lo encendió y le dio tres chupadas con avidez. Con el mismo aire pensativo le confió a su amigo:

—Ya ves lo que son las cosas. Yo en la vida no había pasado tanta hambre como ahora en mi encierro (y he conocido épocas malas); pero, a pesar del hambre tan grande, o quizás por eso mismo y porque a todas las horas del día y de la noche no podía hacer otra cosa sino pensar en ella, hambre que no veía

la posibilidad de saciar nunca, en cuanto me daban la ración de pan casi todos los días la cambiaba por tabaco.

En la cárcel, como tú sabes, tenemos establecidos ciertos convenios para los cambios; entre ellos, un chusco equivale a una cajetilla. El que quiere fumar, entrega su pan y no come, y el que quiere, comer, da su tabaco y se queda sin echar humo. Yo tenía hambre, muchísima hambre y una debilidad cada día mayor. Me daban el pan que me correspondía, y era, para mí, visto y no visto. Me lo devoraba en dos bocados. Luego entraba en el comedor y me bebía ese gazpacho caliente, de agua sin aceite, con algún solitario trozo de nabo o de zanahoria sobrenadando. Me llenaba de líquido, pero salía con más hambre que antes al patio para colocarme al sol, si lo había, o acurrucarme en otra parte, si estaba nublado. Pasaban las horas del día y las de la noche, y yo en vela, arañado el estómago de angustias, soñando con lo que no llegaba ni podía llegar: el alimento.

¡Comer! ¡Comer!... Tú lo sabes, ¿verdad? ¡No se piensa en otra cosa; ni siquiera en la libertad! ¡Se vuelve uno un trasto, un famélico animal carnicero! Se come uno todas las inmundicias que encuentra en la basura. Organiza la caza de ratas para asarlas, y se las disputa al compañero. Si ves a un afortunado de los que reciben paquetes comiéndose una pera o una manzana, hay ya varios cerca de él, como los perros, el ojo alerta y las orejas empinadas, esperando a que tire las cáscaras para lanzarse sobre ellas al que más pueda.

Pues bien, yo había llegado a tal desesperación por no comer, que terminé por comer todavía menos a causa del tabaco. Sí; cambiaba mi pan por el tabaco de otro desesperado. Y la razón es bien sencilla: el pan me duraba un minuto cada veinticuatro horas, y me encendía más la comezón del hambre, porque me hacía las veces de un aperitivo; sin embargo, el tabaco me duraba un día y, estragándome el estómago vacío,

parecía como si me anesthesiara la carcoma del hambre lobuna. Últimamente, ya ni eso me valía: ¡seguía teniendo tanta hambre fumando como sin fumar! Y dejé de cambiar el pan.

—Ciertamente —asintió Salvador—, yo también sé algo de eso: unas veces cambié el pan por tabaco, y otras, el tabaco por pan, según mis exigencias del momento. Y, realmente, yo no lo he pasado tan mal como tú, porque hacía muñecas de trapo y sortijas de hueso, que les vendía a los guardianes o se las cambiaba por tabaco. Además, Magdalena no se portó mal conmigo: durante cinco años me llevó lo que pudo; y si luego ha hecho lo que te dije antes, es porque no tenía ni idea de cuándo iría a salir yo. ¡Y cinco años esperando, ya está bien! ¿Qué quieres? ¡La vida! Y en cuanto a mi padre, antes de que lo sacaran hacia el paredón pasó sus buenas hambres y sus mejores ganas de fumar.

Me lo dijo cuando me dio el último abrazo, y en las manos me puso su manta, esta petaca y este mechero: “Hijo, a mí ya no me van a hacer falta estos trastos”. Y secándose una lágrima, me habló por última vez: “Ya soy viejo. Nada esperaba de la vida. Todos nos hemos equivocado, y éstos antes me hacen un bien al quitarme del medio. Prefiero morir a seguir viviendo sin fumar. El hambre no me importa tanto. Tú, vive para ti. Cuídate; eres joven y tal vez tengas tiempos mejores. ¡Ah! ¡Y no te fíes ni de tu padre! ¡Adiós!”

Los ojos de Salvador se habían ido humedeciendo, y a través de las lágrimas miraban distraídamente la caja de sus útiles de limpiabotas. Junto a ésta aparecieron unos pies y unos leguis, y sobre ellos un uniforme militar. Era un teniente muy joven, con un pitillo de tabaco rubio en la boca, que le preguntaba displicente:

—¿Limpia?

Salvador sentóse en la banqueta y comenzó su tarea.

Capítulo V

¡Hay panes!

Entre atender Salvador a los clientes que venían a requerir sus servicios de limpiabotas y los intervalos de plática entre ambos amigos, les llegó el mediodía. Entonces Salvador, agarrando la caja y la banqueta, le dijo a su amigo:

—Vámonos a comer. Tomaremos algo caliente con un litro de tintorro.

Y se fueron a una taberna que por allí cerca había. Sentados ante sendos platos de algarrobas humeantes —sucedáneas de lentejas—, entre tragos de tinto y bocados de aquel manjar de palomas, Salvador le explicó a su invitado por qué prefería limpiar zapatos a ser peón de albañil como antes de la guerra:

—Sí, amigo; de todas maneras, se gana tan poco de una forma como de otra; pero, sin embargo, no tiene uno que subirse a un andamio y partirse el alma en un descuido. Además, me revienta que me exploten descaradamente las inmobiliarias.

—Bien; pero —comentó Alonso— tal vez sea preferible un jornal diario a un ingreso indeterminado. Sabiendo de antemano lo que va uno a ganar al día, puede administrarse mejor.

—¿Administrarse? —rió sarcásticamente Salvador—. ¿Tú crees que con diez o doce spokits diarios hay quien se pueda administrar? Jamás te alcanza para pagar lo poco y malo del suministro de la semana. Y, ¡ay de ti si, además, tienes que

pagar casa! Veo que no tienes la más ligera noción de cómo está la vida ahora. Una simple torta de pan te cuesta de dos cincuenta a tres spokits. ¡Dime lo que te queda para lo demás si compras tres al día! La ración de tabaco no la puedes comprar tampoco. ¡Y con un canto en los dientes nos podemos dar los que somos solos y llevamos todos nuestros cuidados con nosotros mismos! Porque el buey suelto bien se lame. Pero mira esos desgraciados que tienen mujer y varios críos.

—Yo los veo en mi barrio. ¡Apañados están! Ellos, trabajando y sin comer; la mujer, asistiendo o vendiendo en la bolsa negra, haciendo lo que sale y a veces algo peor; los chicos, rotos, sucios y hambrientos, rodando por esas calles. Cuando los padres cogen algún dinero, todos comen, se emborrachan, arman su bronca; después se duermen, y en paz. Y así van embruteciéndose y muriendo lentamente.

¡A lo que hemos llegado! No digo yo que antes de la guerra no hubiera sus más y sus menos; ¡pero ahora es general...! ¡Chico, qué tiempos aquellos, cuando Magdalena me esperaba junto a la obra con un puchero de guisado y un litro de vino! ¡Aquello era comida y aquello era vino! ¡Eso era vivir! ¡Y queríamos cambiar el mundo!

En fin, vamos a dejar esto, porque si no, terminaremos por caer en la melancolía, y con esa señora no se puede ir a ninguna parte.

Y terminado el ágape con los estómagos insatisfechos, Salvador echó en sus vasos los restos del vino y le alargó la petaca a su amigo.

Lieron sus cigarrillos, se bebieron el vino, y después de pagar aquél el gasto de la miserable comida, salieron ambos nuevamente a la calle.

Ahora sentían menos el frío, pero andaban silenciosos, rumiando nostalgias. Veíanse insignificantes y fatalmente indefensos. Alonso, por hablar algo, preguntó:

—¿Y Eustasio? Aquel alegre muchacho campesino que estaba con nosotros en el frente y fue también a los cursillos.

—¿Eustasio? —respondió lentamente Salvador—. Te diré: estuvo en la misma prisión que yo. Tan dicharachero como siempre, a pesar de que había caído enfermo por el hambre. Tenía tuberculosis. Su mujer iba a verle los domingos: una muchacha rubiales, menudita y vergonzosa. Él tenía la mala costumbre de mirar por unas ventanas a una calle trasera, donde había un solar. Una tarde, después de las comunicaciones, vio allí a su mujer en torpe quehacer con un soldado. Aquella misma noche intentó fugarse, y un centinela le pegó un tiro. Tal vez el mismo que se entendía con su mujer.

—¡Malamente murió! —comentó Alonso.

Salvador prosiguió:

—El domingo anterior a éste que refiero, había ocurrido algo que fue como un aviso: otro de los que siempre andaban con el infortunado Eustasio, atisbando desde la ventana, vio en el solar a una mujer que tenía las posaderas al aire. Estaba haciendo algo que no se le puede encomendar a nadie. Llamó corriendo a varios, y les contó, riéndose, lo que había allí abajo. Acudieron los otros a mirar. Poco después, la mujer terminaba y se bajó la ropa. Se puso en pie y miró hacia los muros de la cárcel. ¡Era la madre del necio que había llamado a los demás para que se divirtieran con el sucio espectáculo!

Salvador y Alonso callaron de nuevo. Siguieron andando hasta llegar al mismo sitio de la mañana. El limpiabotas dejó sus trastos en el suelo, y Alonso otra vez tomó asiento en el poyo enrejado de la estación.

Al lado de ellos, algunas mujeres paseaban capacho en brazo anunciando discretamente:

—¡Hay panecillos! ¡Hay tabaco; de picadura y de hebra!

Alonso coronaba sus deshilvanados pensamientos: —¡No! ¡Hay penas..., y no hay panes!

Capítulo VI

La casa de salvador

Es un misterio de la naturaleza humana —le iba diciendo Salvador a su amigo Alonso cuando salían de la última estación del ferrocarril subterráneo, ya en los suburbios, en cuyas cercanías compraron dos panecillos duros—. ¡Yo no sé cómo puede aguantar la gente tanto tiempo sin comer o comiendo tan malísimamente!

—¡Ya, ya! —asentía Alonso, como si ambos considerasen imparcialmente el problema y anduviesen bien lejos de padecer del mismo mal.

Torcieron por la calle del río Ragamberta, y más adelante entraron en una tienda de comestibles. Salvador pidió un cuarto de kilo de arenques. Al tiempo que volvían a la calle, éste le explicaba a su amigo:

—Dicen que los arenques tienen muchas calorías, y como son de lo más barato que hay, esta es mi cena de todas las noches. Hoy he comprado más del doble, y ahora entraremos en otra tienda por el vino. ¡Hay que festejar tu salida! Luego que lleguemos a casa, asaremos los arenques, les quitaremos las escamas y verás cosa exquisita.

Mientras hablaban habían llegado a la calle de Triuwa. Entraron en una taberna y compraron un litro de vino fiado, a pesar del cartelón, que advertía, sobre los estantes: “Hoy no se

fia". Lo cual dio muy buena espina al recién liberado Alonso, pues pudo colegir de ello que no todo suele ser tan malo como a primera vista se presenta.

Caía la tarde cuando iban descendiendo por el declive de unas calles incompletas, mitad solares llenos de basura, mitad casuchas bajas, sucias y quebrantadas. Algunos chiquillos astrosos y hambrientos hacían hogueras para asar unas castañas que habían podido sustraer de un camión cargado con éste y otros frutos secos, a pesar de los pescozones de los mozos del vehículo.

Los dos amigos siguieron bajando: atravesaron unas huertas, un arroyo maloliente, casi seco; después, una explanada, y llegaron a unos desmontes.

Estaban en una especie de plazoleta, en la tierra desnuda, desde donde se alzaba el terreno cortado a pico. El sitio parecía haber sido un tejear en tiempos no muy lejanos: pero ahora más bien era como un pueblo encantado o un lugar de aquelarre. Un pueblo de trogloditas.

Sobre el muro de tierra ocre habían sido excavadas numerosas cuevas, que eran otras tantas viviendas piojosas y oscuras, sin otra ventilación que la puerta de entrada. Un conjunto de madrigueras que hubiera hecho exclamar a un turista: "¡Oh, qué pintoresco!", y a un higienista: "¡Uf, esto es horroroso!" Pero que, tanto a Salvador como a otros iguales que él, les cubrían el expediente en estos tiempos difíciles, con tantas cosas por pagar para tan escasos medios.

Por fin llegaron a un agujero de aquellos. Salvador apartó una especie de puerta hecha con latas viejas y roñosas, empalmadas con alambres. Y encendiendo el mechero, penetró en el interior. De un hueco sacó una vela de sebo y le aplicó la llama. Alonso, que iba detrás, pudo ver entonces la casa de su amigo: una pequeña cámara cochambrosa, de unos cinco metros de larga por dos de ancha. De altura quedaba un poco escasa, y no había más remedio que agacharse al entrar; pero, una vez

dentro, tenía sitios en los cuales Alonso podía ponerse de pie, aunque siempre con cierto peligro de darse un cabezazo contra alguno de los muchos salientes del artesonado artísticamente patinados por el humo.

Al fondo de la habitación, una como yacija de arpilleras y virutas, cuatro o cinco ladrillos que hacían las veces de banquetas, unas cuantas latas vacías de distinto tamaño, constituían todo el mobiliario.

—¿Qué te parece mi “chalet”? —le preguntó Salvador.

—Magnífico —le contestó Alonso sin entusiasmo—. Así tendré que hacerme yo otro.

—Lo siento, Alonso —le advirtió Salvador—. Pero me parece que no vas a poder hacerte propietario. Al menos, aquí. Nos traen fritos los guardias. A regañadientes nos toleran los dueños del terreno; pero ya nos han advertido que en cuanto vean otra cueva nos echarán a todos en masa. Que para nidos de piojos ya hay bastantes. ¡Fíjate que ellos para nada quieren ahora el terreno, pues están esperando a que suba por el incremento de la construcción, para luego venderlo a muy buen precio! Pero, a lo que vamos: ante esa amenaza, los propios vecinos de las otras cuevas impiden que nadie venga a hacerse otra chabola junto a las suyas, y así evitan que los echen a ellos. Pero tú no te preocupes, que mientras yo esté aquí dormirás bajo techado.

Y sin decir más, acercó unos papeles y unas virutas a un tosco fogón de piedras que había en el suelo, y los prendió fuego. Después echó los arenques envueltos en otros papeles, y cuando éstos ya estaban ardiendo, los retiró, y entre él y Alonso procedieron a quitarles las escamas.

El humo hizo toser a este último; pero, en seguida, los arenques y el pan, así como el vino de la botella, en cuyos tragos alternaba con su amigo, le calmaron la tos y hasta le restituyeron un poco del calor natural, de tiempo, perdido.

Terminada la cena, Salvador cerró la puerta de latas con la ilusión de no dejar escapar las calorías ingeridas. Después se fumaron unos pitillos colilludos, y Salvador, distribuyendo hábilmente sus materiales, hizo de la yacija dos, en una de las cuales acomodó a su amigo. En la otra se tumbó él, y después de apagar el cabo, le dijo:

—Bueno; ya puedes dormir todo lo que quieras. Este es un lugar tranquilo, donde nadie molesta. ¡Hasta mañana!

Contestóle Alonso:

—¡Hasta mañana!

Y cubriéndose con su manta, cerró los ojos, dispuesto a soñar en tiempos mejores.

Capítulo VII

El despertar

Con intermitencias de ladridos más o menos lejanos, y otras veces de cerdosos gruñidos, Alonso durmió aquella noche. Y cuando aun le parecía distante la aurora, comenzaron los gallos, en un destemplado torneo acústico, a lanzarle sus gritos al amanecer.

Alonso los maldijo entre dientes y se arrebujó en la manta, tapándose la cabeza. Pero ya no podía dormir, porque el hambre, nunca aplacada y siempre renovándose (amarga ave fénix), le mordía en las entrañas. Las continuas dentelladas le recordaron su difícil situación con una nueva variante: ya estaba en libertad; pero necesitaba trabajar para ganarse la vida. Trabajar. ¿En qué...? Este era el problema.

Él trabajó de ebanista antes de la guerra —¡hacía más de once años!—, cuando también estudiaba. Pero entonces era un muchacho fuerte. Ahora no se tenía en pie, y su mano izquierda estaba casi inutilizada por un balazo. En fin, ¡no había más remedio que probar! Sí, señor; hay que hacer frente a los tiempos según vienen.

Pasaron lentas las horas acumulando nuevos ruidos. Lloraban niños y reñían gentes vecinas. Entre los intersticios de la puerta de latas clareaba el día. Finalmente, Salvador abrió los ojos:

—¡Buenos días, Alonsete! ¿Qué tal has dormido en mi palacio?

—¡Buenos días! Pues, bien —le contestó éste—. Únicamente, que los gallos me han despertado antes de tiempo.

—¡Bah! —dijo Salvador—. Ya te acostumbrarás poco a poco. Además, cada día va habiendo menos gallos, ¿sabes? Solo van quedando las gallinas. Y aun éstas... porque ponen huevos, que si no... ¡Bien, chico! Nos vamos a levantar, y yo te indicaré dónde tienes que arreglar el asunto de la cartilla de racionamiento. Yo te prestaré lo que necesitas para sacarla, pues sin cartilla eres hombre al agua. Luego podrás vender el suministro de cada semana, como hacemos los pobres, y con eso te comprarás el pan del día. ¡Yo te enseñaré!

Mientras hablaba, Salvador se había levantado y estaba retirando la improvisada puerta de latas empalmadas.

Un estrépito de latas al caer y un chorro de luz entraron de improviso.

Incorporóse Alonso de su yacija y se sentó sobre un ladrillo. En ese instante pensaba que cuarenta mil años atrás otros hombres como él estarían tal vez allí, en alguna cueva como ésta y en las riberas de otro arroyo. Pero de un arroyo más limpio, con agua más pura, atravesando un paisaje más hermoso y en una mañana más brillante. Al mismo tiempo, aquel antecesor remoto sería un robusto ejemplar humano, un atleta natural, modelado por los peligros de la existencia primitiva; con los músculos y los sentidos bien desarrollados para sobrevivir con éxito a las adversidades naturales. “¡Bah; todo en el mundo se había desquiciado, había envejecido y degenerado! ¿Civilización? ¡Qué risa!” Y sonrió sin ganas, porque el estómago, una vez más, le hacía severas insistencias acerca de su peligrosa inactividad.

En este momento entraba Salvador, que se había estado sacudiendo afuera, con las manos, las mil adherencias de su deshilachada yacija.

—¡Hale, Alonso! —le dijo alegremente—. ¡A la lucha! Vamos a recoger el pan del suministro en la panadería. Después te acompañaré a lo de la cartilla. Te dejo allí y me voy a mi tajo. Y cuando acabes, te vas al sitio de ayer, donde yo estaré trabajando.

Alonso se levantó y salió a la explanada a sacudirse como un perro. La tierra pelada, fría y húmeda, blanquecina de escarcha, le parecía una ingrata y dura madrastra. No solo incapaz de abrigar a sus hijastros, sino incapaz también para cualquier germinación fecunda. Ni siquiera buena para cavarse una sepultura. Al pensar esto sintió un desagradable espeluzno, y se prometió a sí mismo hacer todo lo posible por conservar la vida. Poco valía, ¡pero no tenía otra! Y esa es la primera obligación biológica que cumplen cabalmente todos los seres, por muy insignificantes y hasta dañinos que sean. “¿Y el piojo verde?”—se dijo en voz alta.

—¿Qué dices de piojos verdes? —le preguntó Salvador, que salía—. ¿Has visto alguno? Porque yo, todos los que tengo son blancos o negros. Y en mi casa no hay de otros.

—No, chico —le contestó Alonso—. Estaba pensando en que todos los bichos hacen lo posible por seguir viviendo. Hasta los indeseables que viven a costa de otros, como el piojo verde del tifus exantemático. El causante de tantas pulmonías en la cárcel. Por su culpa, y a pesar del hambre, teníamos que ducharnos de continuo en pleno invierno. ¡Con el agua tan fría! ¡Por esos malditos parásitos! Y hablando de otra cosa, ¿no quedó ninguna sardina?

—Solamente las cabezas y las escamas —le respondió Salvador tristemente—. Pero podemos mirar, sin embargo.

Se pusieron a revolver los papeles semiquemados y grasientos, y fueron sacando con gran cuidado las cabezas chamuscadas y frías de los arenques. Y las rebañaron a conciencia. Mientras, un gato encanijado los contemplaba con envidia, relamiéndose, desde la puerta.

Aunque esquelético y lleno de usagre, no osaba acercarse un punto, si bien los miraba fijamente alargando el hocico.

Sabía que los hombres padecían hambre como él, y en cualquier momento podrían asarlo como a esos pescados que él codiciosamente husmeaba desde la distancia.

Capítulo VIII

Vicisitudes y trabajos

Aquel día de su encuentro con Salvador a la salida de la estación, el primero de su libertad y nueva vida, fue una magnífica jornada, que recordaría por mucho tiempo Alonso. El ánimo contagioso de Salvador había sido como un relámpago que alumbrara por unos instantes su tétrica visión del presente y del futuro con algunos chispazos de esperanza.

Sin embargo, su mala fortuna hizo que aquél fuese detenido otra vez, y entonces la implacable realidad, tras despiadados golpes sucesivos, no tardó en sumirle en una semiestupidez animal, reduciéndole nuevamente a su triste condición de guiñapo humano.

Probó a colocarse en un taller de carpintería, y como lo vieran incapacitado para el esfuerzo físico, le pusieron en la calle inmediatamente. Intentó vender tabaco de contrabando, pero dos policías se lo quitaron y le golpearon después. Trató de hacerse limpiabotas, y un competidor le hinchó la nariz y además le rompió los útiles de su amigo. Entró de peón de albañil, y lo despidieron por flojo en la misma mañana. Estuvo vendiendo periódicos, de mozo en una carbonería y de aprendiz de electricista, a sus años.

Un gabán, roto en jirones verticales, era su ropa de trabajo. Y así iba por esas calles acompañando a su oficial, cinco años

más joven que él. Al salir del trabajo vestíase un traje muy usado que le dieron, color ala de mosca, con cuello duro y corbata. Y paseaba, famélico y somnoliento, con una chica de oficinas a la que impresionó un poco su estatura y su aire ausente y melancólico.



Pronto descubrió ésta que su galán padecía de una grandísima hambre crónica, y, maternalmente, aunque sin estirarse mucho, pues los tiempos eran duros, lo subía a su casa a la hora de cenar. Todas las noches le daba un tazón con algo de grasa y un pedazo de pan.

Él, sentado en la silla baja en un rincón de la cocina, con la solemnidad de un rito se zampaba todas las noches su pan bien untado, metiendo las narices en el tazón. Su flamante novia le

compró alguna ropa, y hasta llegó a pensar en el casamiento. Pero él ganaba nueve spokits, se dormía en el cine de barrio junto a la novia, y se fue acostumbrando a ir a casa de ella nada más que a la hora de la cena.

Después daban un silencioso y breve paseo por la calle, y sosamente se despedían.

Este tan desaborido noviazgo duró dos años, lo cual no dejará de parecer increíble.

Un día, la chica lo plantó, y él, decidió dedicar sus atenciones a una castañera, que le dio rotundamente calabazas, diciéndole:

—¡Si quieres castañas, las compras!

Cansado de esta vida de aprendiz sin esperanzas, entró de guarda nocturno en cierto edificio en construcción; pero una noche entraron tres desconocidos, embozados tras el cuello de sus gabardinas, y le propinaron una soberana paliza. Después de atarlo y amordazarlo, se llevaron todas las herramientas y todos los sacos de cemento en un camión. Una vez más, fue despedido.

Con la cabeza rota y el ánimo más encogido que nunca, volvió a las cuevas de los desmontes, pensando que hasta para pobre se puede llegar tarde. Allí comenzó un nuevo trabajo: el duro trabajo de los que nunca pensaron en trabajar.

Consistía en ayudar a unos traperos a recoger la basura de las casas, y a transportarla en un carro tirado por un borrico, y a seleccionarla luego en los desmontes. Su vida llegó a ser otro miserable detritus como los que manejaba. Los fríos del invierno y los calores del estío le iban acartonando el cuerpo y su alma atrofiada. Poco necesitaba su deshecha personalidad, porque ya carecía, mucho ha, de aspiraciones. Pero, el hambre...

Solamente la engañaba. No había conseguido, en tres años de libertad, saciarla ni un día.

Todo, empero, iba regularmente hasta aquella aciaga mañana de invierno en que dio un resbalón sobre la nieve helada y cayó al suelo. Se había fracturado la clavícula izquierda, y lo llevaron al hospital. Dos meses después le dieron de alta y volvió a casa de los traperos.

Para su desgracia, las cosas habían cambiado allí: dos semanas antes, el trapero, más joven que su socia y concubina, se había escapado con el dinero de ésta y con una rolliza doncella de una de las casas que recorrían.

La trapera estaba ahora todos los días borracha, en constante pedrea y cambio de insultos con todos los chicos del barrio. Del negocio habíanse hecho cargo dos hermanos muy avisados, vecinos y en ocasiones ayudantes suyos, quienes ahora algunas veces la obsequiaban con una botellita de vino.

Estos le dijeron al sin ventura:

—Alonso, lo sentimos mucho; pero nosotros no te necesitamos. Podemos hacer el trabajo solos.

Otra vez el feo rostro de la indigencia le hacia muecas a todas horas. Comía, de tarde en tarde, mucho menos de lo que su estómago le reclamaba —no siempre había sobras en los cuarteles—, y dormía tiritando en los bancos de los paseos, debajo de un puente, en los quicios de las puertas. Más de una vez fue despertado para ir a dar con sus huesos a una comisaría. Su vida iba haciéndose por vez más mísera y desesperada.

Por fin, un día, en un arranque del que ya no se le creyera capaz, subióse furtivamente a un vagón del tren de mercancías que al anochecer pasaba cerca de su puente, y se lanzó a la aventura.

Capítulo IX

El viaje

Era la noche del 6 de enero de 194... El invierno crudísimo, abundante en nieves, azotaba todo el país, de norte a sur.

La ventisca iba empujando el tren. Alonso, a cuerpo triste, acurrucado sobre un montón de fardos, temblaba como un perro realengo entre bostezos de hambre. Había recorrido algunos vagones so riesgo de caer a la vía y perecer de horrible manera; pero..., ¡nada! No encontró nada comestible. Entumecido, muerto de frío y de hambre, había concluido por acurrucarse allí.

Mentalmente pasaba revista a estos tres largos años transcurridos desde aquel día que saliera en libertad... “¿Para qué? ¿Para qué? ¿Para qué?”—le repetían nuevamente las ruedas a los rieles.

¡Era durísima la vida! ¡Sus tártagos habían ido en aumento!

¡Ah! Los soldados mutilados o inutilizados en las guerras resultan héroes o mendigos, según sean de la facción vencedora o de la vencida.

Para unos, “gloriosos mutilados”, honores, vítores y desfiles, empleos, deferencias, asientos reservados en los vehículos. Para los otros, pordioseros comidos de piojos, el oprobioso dicitario de “asesinos”.

Como decía un amigo suyo, ahora portero en un ministerio, al que la guerra accidentalmente sorprendió dos días después de haber llegado al punto inicial de los vencedores, a quienes fue incorporado:

—Estuve en la guerra como forzoso y me inutilizaron un pie. Por una casualidad geográfica soy un “glorioso mutilado”. Si me descuido dos días en llegar a N..., a estas horas no soy más que un “maldito cojo”.

“¡Bah! —se dijo Alonso—. Todos hemos sido peones en un tablero de ajedrez movido por esas oscuras fuerzas que se ciernen sobre el mundo en dislocadas ambiciones. ¡Al cuerno la patria, la política y la humanidad irredenta! Trataré de embarcarme como sea, y veremos si en América tengo más suerte. Solo aspiro a vivir... ¡no es mucho! ¡América! Fascinación y esperanza para los desgraciados. ¿Conseguiré llegar hasta allí?”.

El hambre volvió a interrumpir sus pensamientos. En el estómago parecía como si llevase dos serpientes mal avenidas. En ese momento se comería cualquier cosa.

Lanzó un pitido el tren y aminoró su marcha. Ciertamente, estaban llegando a una estación. Tendría que esconderse bien, como iba haciendo en todas. ¡Y como no tenía dinero, vería pasar otra cantina más sin poderse comprar nada!

El mercancías se detuvo en la noche negrísima, vacía y yerta.

Resuelto a todo, huyendo de los faroles balanceantes de los empleados, Alonso fuese acercando al edificio de la estación donde se hallaba la cantina.

Estaba en el andén desierto. Al llegar junto a la puerta de aquélla, vio unos sacos de lona en el suelo, y a su lado unas cestas y un pellejo. Sin pensarlo, revolvió en las cestas y palpó dos panes grandes. ¡Dos hogazas! De alegría, estuvo a punto de gritar, pero se contuvo.

Nerviosamente las sacó y miró a su alrededor: nadie... Solo en el interior de la cantina oíanse voces y risas. Las siluetas de dos soldados con fusil en bandolera recortaban su sombra en el espacio del andén iluminado por la luz de la cantina. ¡Qué cerca estaban!

Con los panes debajo del brazo, oprimiéndolos con ansia, alejóse lo más presto que pudo. Sorteó nuevamente las luces ambulatorias de los mozos y, ¡por fin!, subióse al escondite. ¡Nadie lo había descubierto!

Con apetito febril comenzó a devorar una hogaza.

Oyóse una campanilla y el pito del jefe de estación. La máquina contestó y se puso en movimiento. Instantes después, el convoy atravesaba los campos, densos de frío y de tinieblas, dirigiéndose hacia la costa.

Amaneció, trascurrió el día entre trayectos y paradas, y se hizo nuevamente de noche. Alonso ya era maestro en el arte de burlar a los empleados del ferrocarril.

Con cautela, pudo beber en las fuentes de algunas estaciones, y, en tanto que el tren corría, él fue comiéndose la otra hogaza. Tenía el cuerpo lastimosamente molido, pero le consolaba el pensar que cada hora le aproximaba a su meta: el puerto de W...

Otro día más y otra noche. Le dolían terriblemente los miembros y estaba aterido. Pero ya debían de hallarse cerca.

La noche iba aclarando. Desde su refugio veía pasar confusamente los árboles y arbustos entre los postes del telégrafo.

Llegaron a un pueblecito costero. Y aspiró el olor del mar.

Más adelante, el día se desperezaba sobre los esteros. Aproximábanse a W..., y, obstinadamente, su sensación de frío iba en aumento. Sentía frío, hambre y sueño.

A la izquierda del tren, el oleaje parecía jugar con las arenas, muy cerca del ferrocarril. Espectrales cabañas humildes acumulábanse de trecho en trecho.

La locomotora dio un prolongado silbido. Estaban llegando a la estación. El mercancías detúvose al cabo.

Sigilosamente, Alonso se escurrió de su escondite y, dando un rodeo, salió de la estación.

“Estoy tan despistado como un gato en una fábrica de sifones”—murmuró.

Sin embargo, mucho más pronto de lo que pensara, hallóse en el muelle.

En suave balanceo, veíase amarrado un barco de los que hacen el viaje trasatlántico desde Europa hasta Centroamérica. Los pasajeros subían al buque por la escalerilla, mientras los mozos del puerto se hallaban empeñados en las pesadas labores de carga.

“¡Si yo pudiese introducirme ahí!” —pensó. Y se prometió—: “¡Pero en uno de éstos yo habré de embarcarme un día, sea como sea!”

Capítulo X

Un encuentro providencial

Largo rato estuvo mirando las faenas de carga del buque y la subida a bordo de los pasajeros. Por último, pensando que él tenía tareas más urgentes por el momento, como eran las de comer algo primero, y después tratar de buscarse algún sitio dónde dormir las próximas noches, optó por despegarse del muelle.

Cabizbajo y molido, inició su merodeo con las manos en los bolsillos del pantalón.

Tenía que encontrar algo para desayunarse. Más tarde reconocería el campo de acción y bosquejaría sus planes. Andando por un paseo contiguo al muelle vio, desde la balaustrada, cómo el mar rompía sus olas contra las rocas, convirtiéndose en festones de agitada espuma.

Su estado de ánimo no era el más propicio para admirar las aguas del océano, que blandamente llegaban bajo sus pies; y así, paseó distraídamente su atención. Algunos muchachos, hundidas las piernas en el agua, se dedicaban a recoger mariscos. Una mujer los ayudaba.

Alonso pensó por un momento en bajar a practicar por su cuenta aquella clase de pesca. ¡Tenía mucho frío y se encontraba débil! Y, por otra parte, los cangrejos no parecían ni muy grandes ni muy apetitosos. Él lo que necesitaba era algo

más sólido. Y más calentito. “¡Eso... un buen trozo de pan con alguna de aquellas cosas que se pegan al riñón! Aunque fueran pescados fritos. ¡Qué ricos! O un par de huevos. ¿Huevos has dicho? ¿Cuántos años hace que no comes un huevo? ¡Dos años hacía desde el último! Y aun aquella vez fue por pura casualidad: bajabas con aquel gabán roto —¡qué bien te vendría ahora!— por los desmontes, y viste una gallina de los vecinos, que saltó a tu paso. En el hueco que ocupaba antes relucía algo blanco. Te agachaste y... ¡era un huevo!

“Lo tomaste apresuradamente y apretaste el ritmo de tus zancadas. Un poco más lejos le hiciste un agujerito en cada extremo del cascarón, y, ¡jub!, sorbiste el contenido. Eso fue todo.

“Sentías cierto remordimiento, sí; como por lo de las hogazas. Pero esos actos eran de legítima defensa biológica. Tú lo sabes bien. Jamás habías sido ladrón. ¡Bah! Naderías. ¡Hoy roba todo el mundo y en todas partes! En gran escala, en serie y hasta con el amparo de la ley.

“Pero, al grano. ¿Dónde vas a comer, y qué?” Alonso terminó por internarse en las calles de la ciudad, dejando el mar a su espalda. Recorrió plazas y callejuelas en atisbo de algo. Varias veces volvió a salir al mar por opuestas direcciones. Por último, llegó a una plaza triangular y espaciosa. Desalentado y hambriento, miraba a todas partes.

“¿No era aquél Catelo? ¡Sí, era Catelo!”

En sentido contrario, venía hacia él un individuo de mediana estatura, como de treinta y cinco años, flaco, de nariz prominente y ojos saltones.

—¡Catelo! —exclamó como un náufrago.

—¡Pero si es Alonsito! —y le dio unas palmadas en la espalda que le hicieron tambalear—. ¿Qué es de tu vida?

—¡Derrotada, chico! ¿Y tú? ¿Cómo vas?

—¡Vaya, pues no me quejo! ¿Estuviste detenido?

—¡Sí!

—¡Lo he pensado muchas veces! ¡Lo lamento muy de veras! ¡Si hubiera podido hacer algo por ti! ¡Aún recuerdo que conseguiste poner en libertad a mi padre, y que si no es por tu mediación, yo estaría criando malvas! Pero, ¿quieres tomar un café?

Alonso dudó un momento, y en seguida:

—¿Que si quiero? Te voy a ser franco: hace veinticuatro horas que no como. ¡Tengo un hambre tan grande que ya ni siento el frío!

—¿Frío, dices? Bueno, ya veo que no tienes ni gabardina. Y si no has desayunado... ¡eso tiene remedio: ven conmigo y cuéntame!

Entraron en un restorán y Alonso pidió carne con patatas fritas. Cuando acabó con esto se comió media docena de tortas de harina y huevo, en tanto que trasegaba el contenido de dos vasos grandes de café con leche.

Alonso refirióle a grandes rasgos, bajo la mirada sinceramente compasiva de Catelo, sus fatigas y trabajos.

—¡Siete años detenido! ¡Pero, Alonso! ¡Así estás de cambiado! ¡No eres ni tu sombra!

Hizo una pausa y le dijo:

—¿Te acuerdas de cuando discutíamos a la salida de la clase? Aunque amigos, tú pertenecías a la T.D.G. y yo a los Sindicatos Plus Ultra. ¿Recuerdas en aquella huelga, la de puñetazos que nos dimos? Pero, al final, me ganaste por K.O. ¡Tú eras bien fuerte entonces! Bueno, te confieso que, a pesar de nuestras cosas, yo te apreciaba. Valías mucho en todos los terrenos. Después, nos encontramos durante la guerra en la misma unidad. Me señalaron como espía, y si no es por ti...

—Bien, Catelo —le interrumpió Alonso—, ¿y qué ha sido de ti desde que acabó la guerra? ¿No terminaste los estudios?

—¡No! Después de todo lo pasado no estaba en ánimos. Supe que necesitaban personal para los barcos mercantes, y

como me gustaba el mar y tenía agarraderas, aquí me tienes: de camarero, en el barco que mañana sale para Centroamérica.

—¡Tú!

No le dejó continuar. Alonso, vislumbrando un rayo de esperanza, preguntó a su amigo:

—¿Tú estás en ese barco?

—Sí; llevo en él varios años, y no se me da mal. El sueldo no es mucho; pero tú sabes que siempre hay otros gajes, que son los que verdaderamente me permiten vivir bien e ir ahorrando.

Alonso no le dejó hablar más:

—Entonces, tú... ¿tú podrías facilitarme el medio de embarcarme de polizón?

Catelo, ante esta inesperada petición por parte de su antiguo amigo, alzó las cejas y abrió estupefacto la boca en forma de pez, pareciendo entonces mucho más prominente su nariz y su cara más larga.

Segunda parte
Salida al mar

Capítulo primero

En el mar

En la semioscuridad de una atmósfera pesada, Alonso despertó trabajosamente. Sorprendióse al principio de lo mullido de su cama, hasta que su memoria, ya despabilada, le trajo la idea de su situación.

Se encontraba tumbado en el asiento trasero dentro de un automóvil, y éste, cubierto con una gran funda de lona, en la bodega del barco.

Ordenó sus recuerdos del día anterior:

Aprovechando la ocasión propicia en que nadie los veía, por haberse ido a cenar los cargadores del muelle, Catelo y un cargador amigo de éste le habían hecho entrar en el automóvil aquel. Catelo había dejado pan, fiambres y un termo con agua. Cubrieron nuevamente el automóvil con su lona, y al filo de la media noche éste era izado por las grúas y depositado en la bodega, junto con los últimos cajones de exportación.

Terminadas las faenas de carga, el barco había hecho sonar la sirena. Alonso oía muy cerca el ruido de los motores, y sentía cerca de sí el movimiento de los marineros que se afanaban en los trabajos de zarpa. Recordó que el corazón le latía al compás de las máquinas, y al echar su suerte sobre las ondas del océano parecía inundarse de una nueva savia esperanzadora. Sintióse un ser nuevo. Sin pasado. En ruta hacia el porvenir. ¡América!

¡Una nueva vida! ¡Atrás miserias y recuerdos ingratos! Él sería un nuevo hombre.

Pero todavía le inquietaban serias dudas. Catelo habíale advertido que se hiciera a la idea de que solamente llegaría hasta la isla Celedonia, pues allí, por menudear los polizones, probablemente registrarían con más rigor a bordo, y él no quería comprometerse más allá de lo razonable.

¡No le importaba! Era ya un paso importante. En Puerto Paz de Celedonia tocaban muchísimos barcos de todas las nacionalidades. Alguno de ellos sería el destinado a llevarle hasta cualquier punto de América.

Si había comenzado su buena suerte, ¿por qué no iba a continuar?

Y se puso a comer pan y embutidos.

Debía ser ya bien entrado el día, pues a su alrededor sentíase un inconfundible ruido de perolas y cubiertos, como si fuesen a comer a bordo.

No se engañaba. Oyó una campanilla y una voz que iba diciendo:

—Los pasajeros del primer turno, ¡a comer!

Al mismo tiempo escuchó cómo empezaba a funcionar un altoparlante cerca de allí, y pronto surgió la voz de un famoso cantante entonando canciones típicas de su país.

Sin esperararlo, sintió un ramalazo de emoción: “¡Y yo que me creía inmune al patriotismo barato!”.

Humedecidos los ojos, escuchó esta canción, unas alegres sonatas, y después rítmicas melodías tropicales, que hacíanle sugerir exóticos y alegres países de sol y alegría. Y así, acabó por adormecerse entre músicas, que en la enrarecida penumbra de su encierro le sonaban como dulces y remotos cantos de sirenas.

¿Cuánto tiempo había dormido? Imposible saberlo. Todavía somnoliento, sintió que lo sacudían. Por fin pudo ver la cara de Catelo. Tras éste apareció otra cara. Alonso abrió más los ojos, con sobresalto, y se puso los lentes.

—¡Date prisa, Alonso! —le decía Catelo—. ¡Hoy llegaremos a media mañana a Puerto Paz! Tienes que salir de ahí.

Alonso salió del coche con dificultad. Tenía entumecidas las piernas y no acertaba a ponerse en pie. Quiso coger los restos de pan, los fiambres y el termo.

—¡Deja eso ahora, hombre! Manote se ocupará de ello. Tú ven conmigo a nuestro camarote, antes de que la gente se levante y pueda ir por allá.

Eran las seis de la mañana. Catelo llevó a su amigo al camarote que ocupaba junto con Manote, otro camarero del barco. Sentáronse en la litera inferior, y entonces le dijo Catelo:

—Escucha, Alonso. He sabido que no se van a completar todas las plazas de primera, y, por consiguiente, el sobrecargo acomodará en ellas a ciertos recomendados suyos de segunda, y en las plazas de éstos de segunda pasará a los de tercera que le unten con algunos billetejos. Esta es la ocasión: quedarán plazas en tercera. Tú permanecerás aquí hasta que suban los pasajeros que embarquen en Puerto Paz. A partir de entonces procura mezclarte entre éstos. Nosotros te colocaremos en una litera del dormitorio general, junto a ellos. Si te conduces con aplomo, nadie sospechará nada y podrás llegar hasta el puerto de Aglaya, en Palmareda. Luego, el problema será desembarcar allí. ¿Sabes nadar?

—Sí— le contestó Alonso.

—Bueno; entonces ya todo queda de tu cuenta.

—De acuerdo; pero oye, Catelo: tráeme algo para comer, porque tengo hambre.

El aire puro del mar, que entraba por el ojo de buey, le había devuelto, con la lucidez, su insaciable apetito.

—Ahora vendrá Manote con tus fiambres —le tranquilizó su amigo, mientras salía y cerraba con llave.

Momentos después entraba Manote con las viandas. Visiblemente malhumorado, las puso ante Alonso, diciéndole:

—¡Quiera Dios que no descubran el pastel! Esto lo hago por Catelo. Él me ayudó a conseguir este empleo, con el que me va al pelo; pero ya veremos si no me echan también por él. ¡Si está usted tan desesperado como para hacer un viaje en estas condiciones, igual podía haberle dado por tirarse de cabeza al agua, y así terminaba de una vez, y no tenía que comprometer de este modo a las personas honradas!

Alonso no respondió, y Manote, después de escupir a través de la ventana, salió del camarote y echó la llave, imperturbable, Alonso tomó filosóficamente pan, tocino y un poco de jamón, empezando a comer.

Cuando terminó, ya la aurora vertía desde el cielo de Oriente una claridad de alegres tonos rosados sobre las olas saltarinas de espuma. ¡Qué hermoso era el despertar del día! Dedicóse a contemplar la belleza infinita del mar y del cielo, totalmente abstraído.

El sol fue elevándose sobre el mar, y entonces los ojos asombrados de Alonso vieron un espectáculo curioso: grandes bandadas de atunes, en alineadas filas de a diez o doce, se sucedían saltando sobre las olas, para sumergirse y emerger saltando de nuevo, con la velocidad de galgos en una carrera de obstáculos. Este juego de los grandes peces les hacía avanzar apareciendo y desapareciendo, como enormes y gruesas agujas que fueran hilvanando el mar.

Capítulo II

El polizón

Llegó el mediodía sin ver tierra, contra los pronósticos, pero ya hacía rato que habían aparecido en el aire las gaviotas. No cabía duda de que el barco estaba muy cerca de tierra. En efecto, una masa gris lejana se levantaba hacia proa. Era la isla Celedonia.

Poco a poco se fue precisando. Sobre montuosas perspectivas, el gigantesco Ottón aparecía en el centro de un blanco anillo de nubes, que lo rodeaban a semejanza de un turbante moro, y sobre ellas asomaba su cumbre nevada.

Consumiendo las distancias, el buque hizo perder la perspectiva de la isla. En cambio, comenzaron a concretarse los detalles de su capital: Puerto Paz.

Los pasajeros apiñábanse en los sitios de más amplia visibilidad. Hacía pocas jornadas que habían salido del puerto de W..., en una noche fría y lluviosa como pocas, y ahora llegaban en un día primaveral a este bello paraíso.

El buque iba dejando a babor un promontorio con casitas diseminadas por las alturas, entre bancales cultivados. Por fin, llegó al puerto. Enfrente, la capital abríase en una bella panorámica de edificaciones heterogéneas. Algunos barcos de pabellón extranjero cargaban frutos del país para los pueblos más septentrionales de Europa.

Plácidamente, un marinero barbudo, rubio casi albino, de torso desnudo y cara de vikingo, pintaba el costado de su barco ayudado por un negro. Alonso miró pensativamente el extraño grupo que formaban estos dos antípodas raciales.

“Y, sin embargo, en el fondo son iguales”, —se convino, e inmediatamente se apartó de la ventana.

Catelo venía hacia el camarote. Entró y le previno:

—¡No olvides lo que te he dicho! No asomes la cabeza. Es más, preferiría que te ocultases debajo de la litera, por si alguien se acercara aquí en nuestra ausencia y le diera por mirar a través del ojo de buey. Manote y yo vamos a bajar a tierra y no volveremos hasta la hora del primer turno de la cena. Entonces podrás salir y mezclarte entre los muchos pasajeros que embarcarán aquí. Ya sabes: mucho cuidado.

—Así lo haré, Catelo; no te preocupes. Ahora, dame un cigarillo.

—Bien; toma un paquete. ¡Hasta luego!

Alonso tomó el regalo. Terminó con los fiambres y se tumbó bajo la litera inferior, poniéndose a fumar un cigarrillo y a pensar que, bien mirado, las cosas no se le iban poniendo mal.

Eran cerca de las cinco cuando volvieron Catelo y Manote. Manote quedóse fuera, a varios pasos de distancia, y en un momento en que no pasaba nadie cerca del camarote, dio un breve silbido. En seguida aparecieron Catelo y Alonso. Aquél condujo a su amigo hasta el comedor, después le enseñó el dormitorio general, y en éste le señaló su cama. Después lo dejó, diciéndole:

—Ya sabes dónde están el comedor y la cama. Ahora, ya todo corre de tu cuenta. ¡Buena suerte!

Manote, que los había seguido a distancia, refunfuñó:

—¿Nos sacudiremos ya de una vez a este cataplasma?

En la terraza posterior del barco, y entre un grupo de isleños embarcados aquella tarde, Alonso miraba hacia Puerto Paz nocturno. La temperatura, muy agradable, reteníale en cubierta.

Eran las doce de la noche. Los grillos cantaban bajo las palmeras, y los tripulantes preparábanse para la maniobra. Cuando más confiado se hallaba, llegó a las palabras que un marinero le decía a otro:

—No te apresures, porque no podremos zarpar hasta que encontremos al polizón.

Al oír esto, Alonso creyó sufrir un vahído. ¿Sería posible que lo fueran a capturar cuando ya estaba a punto de salir del barco?

Sintióse acometido por unos deseos locos de gritar que a eso no había derecho. Después le vinieron impulsos de arrojarle desde allí mismo al agua; pero finalmente se dijo:

—Bueno... ¿y qué? Si me cogen, que me agarren seco. No creo que tenga tanto delito. No es ningún crimen tratar de buscarse la vida en otro país. Yo lo hago como puedo, y desde aquí me prometo reintegrarle su dinero a la Compañía si la suerte me ayuda. Yo no soy ningún estafador. Y, expectante, decidió aguardar el momento temido.

Los marineros pasaron junto a él con linternas. Iban mirando debajo de los bancos de la terraza. Después comenzaron a revisar los botes salvavidas. De repente, uno gritó:

—¡Aquí está! ¡Venid acá! ¡Ya lo encontré!

Efectivamente, del bote había surgido la figura de un muchacho como de dieciocho años, sobre el cual convergieron todos los haces de linternas. Encandilado, siguió a sus aprehensores, quienes lo entregaron a una pareja de guardias aduaneros, que silenciosos esperaban. Era el hijo de un cabo de la

policía local que intentaba, por segunda vez en un mes, embarcarse de polizón. Los aduaneros hicieron cargo del muchacho y se lo llevaron a tierra. Entonces la sirena del barco anunció la partida.

Alonso dejó escapar un profundo suspiro de alivio, y desde ese momento volvió a ver el mar menos lóbrego y las estrellas más refulgentes.

El remolcador arrastró el barco hasta el mar abierto, y allí, con un postrer toque de sirena, despidióse el buque de Puerto Paz. Nuestro polizón semioficial, recostado en un banco de listones de madera, aspiraba el aire marino con gran descanso mientras el barco iba alejándose.

Al cabo de un rato, Alonso volvióse para contemplar el puerto, ya distante. Y vio algo que consideró un hermoso espectáculo para un hombre, como él, de tierra adentro:

Ya lejos, Puerto Paz extendía sobre el mar sus puntitos de luz como una preciosa diadema de brillantes con magníficos rubíes y granates en el centro, reflejándose en el negro y vibrátil espejo de las aguas.

Capítulo III

Emigrantes

Alonso despertóse bañado en sudor. Ahora podía mirar detenidamente el dormitorio general desde su litera. Éste contaba con un pobre alumbrado, que infundía tristeza en el ambiente. Unas ciento cincuenta literas se agolpaban en el único espacio libre que dejaban en torno suyo las grandes aberturas de la bodega, por las cuales depositaban las grúas el cargamento, y sin otra ventilación que estas aberturas.

Allí se hacinaban ciento cincuenta personas como si fuesen bestias.

La noche anterior había bajado muy tarde, y quedóse dormido a poco de echarse, con las ropas puestas.

Ahora repasaba con la vista el singular dormitorio-bodega, situado bajo la línea de flotación, donde reinaba una atmósfera ingrata y nauseabunda por demás. Le recordaba el campo de concentración, pero con ausencia de oxígeno. Tabique por medio lloraban varias criaturas. Era el dormitorio general para las mujeres.

—¡Así van los emigrantes! —se dijo—. La ruta de Colón es seguida en nuestros días por millares y millares de personas de la vieja Europa. Todos llevan un mundo de esperanzas dentro de sí, y van a descubrirlo y a la vez a descubrirse, en esas lejanas tierras, fascinantes y redentoras. ¿Qué más da si en esta

peregrinación se sufren hacinamientos, suciedades y promiscuidad? Todo sea por el porvenir.

Se levantó, y después de asearse un poco y tomarse dos desayunos bien servidos por su amigo Catelo, Alonso subió a cubierta. Sorprendióse al encontrarse con un día frío, cerrado de niebla, desapacible.

Algunos emigrantes miraban, solitarios y pensativos, hacia atrás, como si quisieran ver, a través de la niebla y de la distancia, su casa y su vida de ayer en medio de su familia, ahora lejana; otros charlaban entre sí o cantaban, según los grupos. Alonso comenzó a recorrerlos por separado, en un caprichoso inventario.

Eran personas de todos los rincones del continente, de distintos caracteres somáticos y con lenguas diversas.

Alonso llegó hasta un grupo en el que un viejo comerciante, recio, de tez tostada y pelo gris, discutía con dos jóvenes, uno levantino y occidental el otro.

—Yo que usted no haría semejante cosa, que me parece un disparate —le decía el levantino—. ¡Vender su negocio de Talía para volverse a vivir a Europa! ¡Ni se le ocurra, hombre! ¡Ni se le ocurra!

—Pero —replicaba el viejo— es que yo lo que necesito ya es paz, tranquilidad y sosiego. Y un rincón donde no me sienta extranjero; un rincón que tenga para mi calor familiar. Y yo, en varios países de América, he luchado mucho. Son treinta y cinco años los que he pasado por allá. Gané plata; pero ahora, solo y viejo...

—No diga usted, amigo —le interrumpió el joven occidental con desparpajo—. Usted ha vivido allí hasta ahora. ¡No lo habrá pasado mal! —Y guiñó maliciosamente un ojo—. ¡Y hasta ha conseguido reunir sus buenos ahorros! ¿Cuándo hubiera podido hacer esto en Europa? Aparte de que se hubiese quedado sin ellos ahora, si es que no había perdido incluso la

vida. ¡No vuelva a nuestro país, o se le esfumará el dinero en muy poco tiempo!

Y en cuanto a lo de extranjero —continuó—, sepa usted que en Europa hay, desde la guerra, dos clases de ciudadanos: unos, los “afectos” a cada situación, como allí dicen. Estos están en su casa; tienen, además del mando, todos los medios de vida y pueden hablar fuerte. Los otros, aquella inmensa mitad de los “desafectos” de cada una de esas “situaciones” (aun llamados así por el hecho de haber figurado en las desdichadas mitades que perdieron la guerra política en cada nación), hallan grandes dificultades para vivir si su profesión no es puramente manual —los de profesiones manuales viven mal sean del “bando” que sean—, y además de arrastrar una vida de oprobio y miseria, son extraños en sus propios países.

—No sé si tendrán ustedes razón en esto, aunque la verdad es que Europa ha sido el escenario de las más horribles guerras fratricidas, guerras que el mundo, egoístamente, no evitó, y luego se vio envuelto en sus consecuencias: la guerra mundial. Pero, volviendo a mi caso y lamentando con todo el dolor de mi corazón la estúpida matanza entre hermanos, yo retorno a mi patria. Es más, volvería aun a sabiendas de que no habría de durarme mucho la plata. Estos seis meses que he pasado entre los pocos parientes y amigos de mi juventud que allá me quedan, y que ahora los hallé esparcidos por muy distintas comarcas, han sido los meses de que más satisfacciones he disfrutado en mi vida.

—Pues yo sé que en Talía aprecian a los europeos y a nadie se le considera extranjero —le interrumpió el levantino.

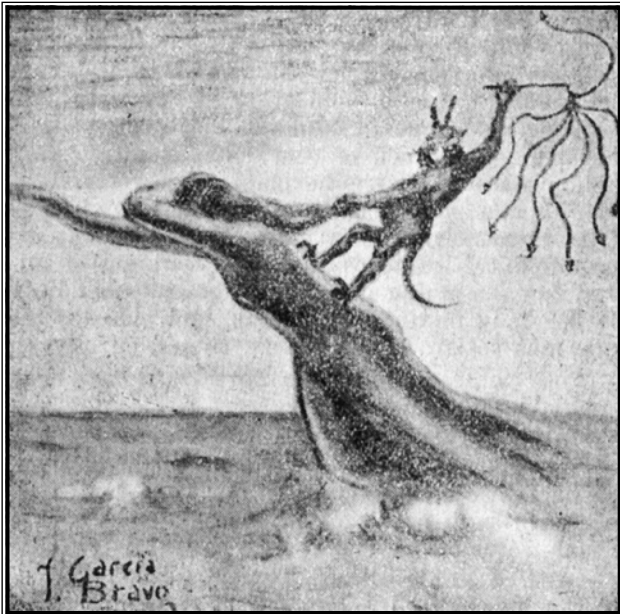
—Sí —repuso el viejo—. Y yo no tengo motivos de queja hacia ese bello país, en el que llevo tantos años, pero escuche: yo prefiero volverme adonde nació. Moriré más a gusto. Y en un sitio retirado, tranquilo.

—¡Ah! Sí le obsesionan a usted ideas macabras.

—No, joven. Pero cada edad tiene sus afanes y sus puntos de vista peculiares. Ustedes van llenos de vida y de ilusiones para allá. Así partí yo hace treinta y cinco años. Ahora las cosas son para mí bien diferentes.

La niebla no tardó en desaparecer a causa de un fuerte viento que empezó a soplar de frente a la popa. Pronto se abarcó todo el horizonte líquido, y el arco iris levantó un puente sobre el Oeste. De improviso comenzó a caer un violento aguacero y el horizonte volvió a esfumarse tras la espesa cortina de agua. El mar se agitaba furiosamente y el barco aumentó sus balanceos de un modo aparatoso. El cielo lloraba sobre el mar, en una triste conjunción de infinitos. Los grupos disolviéronse precipitadamente de cubierta. Todos llegaban empapados a refugiarse en el bar, incapaz de contenerlos a todos de una vez.

Algunas muchachas, con la cara chorreante de gotas de lluvia y el cabello laciamente caído por el peso del agua, reían, empujándose unas a otras.



—En Europa no hay nada qué hacer —le insistía, ya en el bar, uno de los jóvenes al viejo comerciante, mientras se apartaba para hacer paso a las muchachas—. Ya está vieja y gastada. En pleno declive.

—Si no tiene usted dinero, se muere de hambre, y si lo tiene, se queda sin él como no se dedique al mercado negro. Las perspectivas son poco halagüeñas. Por eso salimos todos los que podemos hacia América. ¡Y creo que si pudieran salir todos aquellos que lo desean, nuestro país quedaría despoblado, por lo menos, de gente útil! Todos los que dan el callo, los que producen o crean, saldrían de allí.

—Tampoco puedo convenir que en eso tengan ustedes razón —le respondió el viejo—. Si bien acepto que allí se acaba de pasar por una tremenda crisis y están latentes las malas pasiones inherentes a tan luctuosos sucesos. Pero, ¿creen de buena fe que sería de otro modo si hubiesen triunfado los de la otra acera? Me parece que no. Miren a otros países: cambiarían únicamente los nombres de los beneficiarios y el de los perjudicados, que estarían invertidos. El mal no viene de ahí. Yo he advertido que hoy ha proliferado como nunca, desafortunadamente, el espíritu de ambición por el dinero. La juventud se ha metalizado y...

—¡Pero oiga, abuelo! —le interrumpió con viveza el otro joven—. ¿Es que usted no traía ambiciones cuando salió de Europa, hace treinta y cinco años?

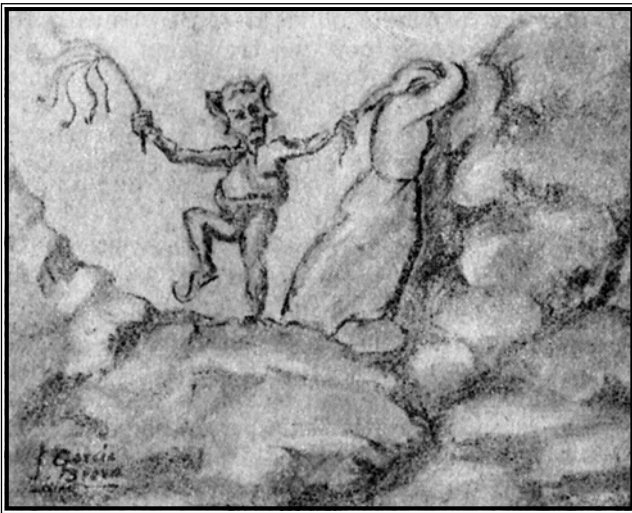
—Más que ambiciones tenía otra cosa. Parece igual, pero es bien diferente: tenía aspiraciones. En mi aldea, yo nunca hubiera visto ni aprendido nada, y sabía que el mundo era grande.

—¿Y qué? —prosiguió el mismo joven—. ¿No es eso lo propio que nos mueve a los demás?

—A ustedes, tal vez sí —repuso, conciliador, el viejo—. Pero a otros, con toda certeza yo sé que no. Es el brillo del oro;

son la codicia y el vicio aunados. Un afán loco de satisfacer vanidades insensatas. Vienen dispuestos a todo, como aves de presa, para hacer dinero con rapidez y sin escrúpulos. Como sea: engañando, estafando, robando.

—No creo que todos los que venimos seamos así —le atajó un doctor residente en Palmareda, que retornaba a este país—. Usted parece mirar al triste éxodo que viene de la Europa destrozada de hoy hasta la América promisoriosa como una calamidad para el Nuevo Continente. Algunas voces, aunque pocas, porque predomina el buen sentido, opinan como usted en América: creen que esta humanidad viene sobre las olas hacia sus costas fustigada por el instinto de los Siete Vicios, para caer como una plaga sobre estos países jóvenes.



Quien piensa así, olvida que la humanidad es una y semejante en todos los paralelos. Los que vienen, no son mejores ni peores que los que están. La única diferencia está en que aquellos llegan con la ilusión de emprender una vida nueva y traen un formidable espíritu de trabajo, muy útil para estos países de bajo índice demográfico. Creo, en contra de su opinión,

que la gran mayoría de los emigrantes, cualquiera que sea su nacionalidad, son gente de trabajo como pueda serlo usted. Y esta masa de emigrantes vienen a robustecer la economía de los pueblos de América con sus brazos, su inteligencia, su sangre y su espíritu emprendedor. Son como los que en anteriores inmigraciones han levantado la prosperidad de otros pueblos hoy poderosos.

Es cierto que después de la última gran guerra se han desatado sucesivas oleadas de emigraciones, en verdad imponentes; que antes, en el siglo pasado y a principios del presente, había corrientes de emigración, y ahora se han convertido en mareas y hasta en maremotos; que nunca había ocurrido así, y que tal vez entre esas gentes han podido arribar algunos indeseables... Concedido. Pero esto es episódico y pasajero. A río revuelto, ganancia de pícaros. Sin embargo, lo evidente es el trabajo de la inmensa mayoría. Usted no debía hablar en términos generales de los que empiezan, en tiempos más difíciles, como usted empezó: con la esperanza y su solo esfuerzo personal en un país desconocido.

—Perdone usted, señor. Veo que usted no estaba cuando empecé a charlar de este tema, y no ha interpretado bien mi opinión —le advirtió el comerciante—. Yo no condeno ni podría nunca condenar a los emigrantes. Yo fui uno de ellos. Solamente señalo con pena que el móvil de “algunos jóvenes emigrantes” no es el de edificar su vida dignamente por el trabajo, sino que vienen movidos por un afán materialista de enriquecerse rápidamente, y no para el bien, sino para quemar sus mejores años en las hogueras del vicio. Y lo extraño es que muchos de ellos hablen de libertades mientras sueñan en ser ricos para atropellar las libertades de otros. Yo, al referirme a ellos, los disculparía un tanto, porque parece como si quisieran huir de los horrores de estos pasados años de guerra y miseria, y gozar apresuradamente de la vida antes de que estalle otra

hecatombe. Pero mi conciencia no les disculpa, porque ellos, los jóvenes, son los que debieran asumir otra actitud más responsable ante el porvenir, que a ellos pertenece, y nadie mejor que ellos podrían cambiar.

—Eso es muy difícil —le contestó el doctor—. Y ahora comprendo su punto de vista. Pero el mundo está hoy más dividido que nunca. Fragmentado, atomizado, diríamos mejor. Y por eso, todos corren a ocupar el mejor puesto con rapidez y a disfrutar más.

—¿Y usted cree que lo consiguen, que lo conseguirá nadie jamás? —siguió el comerciante—. Hoy parece como si la humanidad, en un alarde de sus conquistas mecánicas de la velocidad, quisiera ganarle la batalla al tiempo. Y se agota inútilmente, porque el tiempo corre más. No se da cuenta de que en este terreno siempre será vencida.



—Eso sí parece —concedió sonriendo el doctor—. Pero es que nos ha tocado vivir en unos tiempos de grandes convulsiones. Esta época pasará a la historia como la época de las grandes guerras, las grandes revoluciones, los grandes

descubrimientos científicos y las grandes emigraciones. ¡Ah, y también la época de los primeros platillos voladores!

—Y una época —añadió el comerciante— en la que a la juventud se le han dado irresponsablemente privilegios, en vez de educarla en las obligaciones.

—¿Y usted qué opina? —le preguntó a Alonso inesperadamente el doctor.

—Mi opinión es no opinar nada. Prefiero no pensar en ello —respondió Alonso.

—Es que así puede concentrarse para pensar todo el tiempo en la comida —dijo Manote, que pasaba por allí, provocando la carcajada general.

Capítulo IV

Singladuras

Casi todo el día continuó el martilleo de la lluvia. Los dos días siguientes trajeron un fuerte viento frío del sudoeste, que azotaba de proa el barco, haciéndole cabecear fuertemente y ocasionando un gran número de mareos. Hasta algunos tripulantes, duchos en su profesión marinera, sufrieron los efectos del furioso “vals de las olas”.

De vez en cuando, el viento venía acompañado de fuertes aguaceros.

—Agua por arriba y agua por abajo; somos un *sandwich* de agua —le decía un muchacho a otro.

En la tranquila y soleada mañana del 17 comenzó el día con una sombra de tragedia: un pasajero —se decía— habíase caído al mar durante la noche.

Lo vieron mareado sobre cubierta, a última hora de la noche anterior, echando por la borda todo lo que le sobraba en el estómago.

Su compañero de camarote estaba diciendo que no había ido a dormir, y no lo encontraba. Rápidamente se corrió el rumor por el barco: “A un pasajero se lo ha tragado el mar”.

Llegó a oídos del capitán, y se organizó su búsqueda por todos los rincones. No había dejado rastro alguno. Media hora

más tarde, el “muerto” aparecía por el comedor, limpio, afeitado, sonriente.

—Pero... ¿no te has ahogado? —le preguntó su compañero de camarote.

—¡Yooo...?!

Lo ocurrido fue así; que otro amigo suyo, al verlo tan de noche y en tal estado, se lo llevó a su camarote, en primera, donde el balanceo siempre es menor, por hallarse en el centro del buque. Claro es que no faltaron los comentarios de que no fue un amigo el que le brindara su camarote, sino una amiga. ¡Vaya usted a saber, la gente es tan mala!

Sucedíanse los días terriblemente iguales y tediosos. Sin embargo, Alonso estaba sacando la tripa de mal año. ¡Cómo devoraba! Era célebre en el barco por su apetito, que Catelo en vano trataba de calmar. Veíasele mejorar de aspecto por días. ¿Cuántos años habían pasado desde que no saciaba su hambre? Decían que la comida del barco era monótona y mal condimentada. Eso no rezaba con él. Era el hombre un verdadero espectáculo, aunque tratara de disimular discretamente.

Después, el reposo en la cama, dura, según otros, y para él de plumas. O de codos en la borda, a proa, veía las olas abriéndose en dos mitades blancas y espumosas, que se empujaban hacia el barco, mientras bandadas de peces voladores saltaban hacia los costados huyendo del monstruo que se les venía encima, en vuelos que prolongaban por veinte o treinta metros.

Cada noche, alternativamente, había sesión de cine o baile. Las películas eran muy antiguas, y su sistema sonoro, inaudible. El baile, de muy escasa concurrencia, adolecía de aburrimiento. Salvo excepciones, había desgana. Durante el día, corrillos de murmuradoras tejían y destejían acerca de unas jóvenes que

viajaban, casadas por poder, a reunirse con sus maridos, y eran muy notorias en el barco por su coquetería.

—¡Siempre son las casadas por poder las que han de dar la nota! —comentó Manote, sumándose al corrillo de las murmuradoras.

En la parte de proa, detrás de Alonso, varios isleños cantaban una melancólica y dulce melodía, acompañados de una concertina. Y él, sin familia y sin haber dejado amigos siquiera tras de sí, sintióse nostálgico.

Optó por subirse a la terraza superior. Pero allí, otro grupo étnico disponíase a ensayar su improvisado orfeón. Una popularísima y bella canción coral salió de emocionadas gargantas. Alonso apresuróse a descender otra vez, sintiendo muy hondamente los tonos agudos de tres muchachas entre los graves tonos varoniles.

Llegóse hasta la parte de popa. Aquí hallóse ante un gran corro. Alonso miró sobre las cabezas de los congregados y vio en medio a dos rapazas vestidas con un vistoso traje regional, que en ese momento reanudaban una bella danza. Dos paisanos de aquéllas engarzaban sus compases, el uno con una armónica, y con una cornamusa el otro. La más niña de las muchachas danzaba con la graciosa agilidad de una corza.

Contempló el baile unos instantes, sintiendo rodar dentro de sí los prolongados arabescos de la gaita ancestral y las finas notas de la armónica. Casi con lágrimas en los ojos apartóse también de allí.

—Me iré al bar —se dijo—. Estoy volviéndome ridículamente sentimental cuando necesito ser más duro. Ahora que voy hacia lo desconocido.

Y después de haber atravesado la cubierta, entró en el bar.

Ante la barra encontrábanse el viejo comerciante y los dos jóvenes que en otro día discutieran con él. Todavía estaban en desacuerdo, evidentemente, pues la discusión continuaba. Uno de los jóvenes le estaba preguntando al comerciante:

—¿Y podría usted acostumbrarse a vivir entre esos paletos, y no echaría de menos su automóvil y su televisión?

—Para mí, no habría cosa mejor que vivir entre ellos; al fin, entre ellos nací —respondióle el viejo—. Los campesinos, afe-rrados a la verdad primitiva de la naturaleza, son gente sencilla, sana y cordial. Viven llenos de ingenuos, pero reales afanes, y de sabiduría empírica, lejos de las grandes metrópolis y de los engañosos espejuelos de las grandes ambiciones. Y, más ape-gados a la entraña de la tierra y a su verdad cósmica, son más felices en su ignorancia (si esto es ignorancia) que todos los vanidosos ciudadanos juntos de estas babélicas ciudades modernas. Ellos poseen su sencilla verdad sobre la vida, y ésta les sobra para ser felices. Yo, entre ellos, me encuentro lleno de paz y respiro en mi ambiente.

—¡Bah! ¡Gente palurda! —repitió el joven.

En este instante se le acercó una muchacha al comerciante, diciéndole:

—Señor Matías, ¿juega con nosotras al póker? Necesito un compañero...

El Sr. Matías se disculpó de los jóvenes discutidores y se fue con la chica a una mesa donde estaban otras dos esperán-doles. Al marcharse aquél, uno de los jóvenes le susurró al otro:

—¿No te decía? Quien lava la cabeza al asno, el jabón y el tiempo pierde.

Cruzaron el trópico de cáncer en ruta constante sudoeste, y para desmentir los augurios de calor de los entendidos soplaba

un frío viento del norte que, pródigo en nubarrones, trajo una tormenta con gran aparato de truenos, relámpagos y lluvia.

La danza del barco esta vez fue violenta como nunca, y los mareos numerosísimos. Después de la tempestad, una calma chicha: el mar, sin olas y terso como un espejo, dejó ver la cautelosa evolución de algunos tiburones que pasaban nadando a flor de agua.

Y a la noche siguiente, la fiesta del trópico. Para Alonso, una nueva y mejor oportunidad de cenar como un bárbaro. Después, en cubierta, mientras los demás se divertían en improvisados artistas, Alonso pudo ver a lo lejos, surgiendo de la oscuridad profunda, la luz intermitente de un faro. Luego, otro. Más allá, luces rojas en hileras verticales señalaban la disposición de los mástiles metálicos del aeropuerto de *Coral's Noble Harbour*. ¡Estaban a un paso de la tierra americana!

Capítulo V

En las antillas

Cuando, rasgado el velo de la noche, comenzó a clarear el nuevo día, la luz incipiente destacó, entre edificaciones aún confusas, un gran edificio neoclásico y la parte exterior del puerto, que ofrecíase en amplia y risueña extensión.

El mar, en su incesante metamorfosis cromática, había ido cambiando su negro bruñido de la noche por el pizarroso, pasando por el malva, el púrpura con argentados reflejos de azogue, y por todos los tonos azules. Ahora cubríase de un verde claro y brillante. Hasta el cielo parecía más nuevo y más puro en su claro azul.

¡Habían llegado a una isla de ese lindo collar de América que son Las Antillas: estaban en *Coral's Noble Harbour!*

Alonso, que había pasado la cálida noche sobre cubierta mirando las fugitivas luces de la costa, vio cómo el barco enfilaba su proa hacia el puerto. A la izquierda fue quedándose una vieja fortaleza parda, agazapada en su historia. Ya muy atrás el fuerte, un pequeño embarcadero de botes dormía junto a un lindo parquecito de palmeras. Detrás de los muelles, construcciones de sabor colonial junto a casas muy modernas, de doce plantas.

Enfrente del puerto, un pueblecito al que servían de fondo altas chimeneas, y tras de éstas, elevaciones cubiertas de verde

formaban el horizonte. Vaporcitos plenos de gentío entrecruzábanse con el buque. Finalmente, éste ancló a poca distancia del aeropuerto, suavizado de césped y casi totalmente rodeado de agua. Su tráfico aéreo parecía intenso: cada cinco minutos un avión.

Después de varias horas de estar anclados, mientras las autoridades visitaban el barco, un remolcador lo condujo hasta el muelle.

A la izquierda de éste, contenida por anchas puertas reticulares de hierro, una abigarrada multitud de mulatos y negros cubiertos con chillonas, pero excelentes camisas de extravagantes dibujos, acogieron la llegada del barco con flamear de pañuelos y algarabía. Su aspecto era lustroso, y su vestimenta, hartó ligera por el calor ambiente, muy limpia.

Alonso los observaba con curiosidad, pues no era frecuente en su país ver a gente de color. Estos antillanos no parecían pasarlo mal. No tenían, ni muchísimo menos, cara de conocer las privaciones tan familiares a las clases modestas europeas después de estos años. En general, eran robustos, de piel reluciente en distintos tonos de pigmentación, y rebosaban de una alegría natural, sumamente contagiosa. Con asombro, los veía fumar tabaco rubio, cosa de ricos en su recién dejada patria.

Algunos tenían bajo sus manos bicicletas con anchas ruedas, de un tipo desconocido. Otros recostábanse indolentes sobre unos automóviles enormes, modernos y flamantes. ¡Y aquí los empleaban como taxis!

Se habían corrido las voces de que no permitirían bajar a tierra. Y así fue. ¿La causa? Nadie sabía explicarla. Esto contrarió mucho a los pasajeros. La ciudad parecía muy bella y sus habitantes extraordinariamente afables.

En la popa, algunos pasajeros arrojaban monedas europeas a los negros y mulatos, los cuales se divertían en forcejear para cogerlas como recuerdo, ya que su valor para ellos era nulo,

por cotizarse tales monedas demasiado bajas en esta ribera del océano.

Después que recogieron variadas especies de “latas”, como ellos decían, empezaron a lanzar sobre cubierta naranjas del país y helados, que compraban a unos vendedores ambulantes. Los pasajeros iban recogiendo tanto los helados como las naranjas, y se los repartían.

Esta sabrosa “guerra fría” duró hasta el atardecer, en que el barco soltó amarras y partió nuevamente entre la cordial despedida de pasajeros y lanzadores de helados.

Momentos más tarde, la fortaleza quedó atrás atisbando el crepúsculo.

Durante la noche, el barco fue costeano la isla entre parpadeos de faros y luces lejanas. Con las primeras horas del nuevo día aparecieron las costas de otra hermosa isla antillana. A mediodía percibióse su capital.

En su centro destacábase el capitolio. A la derecha del puerto, construcciones militares y enormes depósitos cilíndricos de gasolina. Barcos de guerra hallábanse fondeados muy cerca del muelle, junto a un vistoso parque de palmeras. A la izquierda, una avenida de cocoteros conducía a la ciudad.

El puerto, desembocadura de un río, era estrecho. Pero el río parecía bastante profundo y navegable en toda la extensión que abarcaba la vista. Por el muelle, soldados y marineros con la dotación completa, y aviones militares evolucionando sobre el puerto daban la impresión de unas prácticas de maniobras combinadas.

Aquí permitieron desembarcar al pasaje por breves horas. Alonso, simulando estar indispuerto, se metió en cama después de comer. Él no podía bajar a tierra por carecer de tarjeta de desembarco y de pasaporte.

Quando ya anohecía, los pasajeros fueron recogándose por grupos. Subían muy complacidos, tanto de la belleza

tropical del país como de la hidalga simpatía y hospitalidad de aquellos antillanos. Habían pasado una tarde espléndida. Hablaban animadamente de la capital, de sus reliquias históricas y de sus monumentos, de su vegetación y de su colorido.

Alonso se levantó a cenar mientras el barco ya se adentraba en un mar sin luna tras el rápido crepúsculo tropical.

Capítulo VI

La última jornada

El mar Caribe (ebrio de leyendas piratas) amaneció algo picado. Una gran parte del pasaje despertó entre la borrachera del mareo.

Pero entre los que no eran accesibles a este mal ya empezó a notárseles algo raro desde muy temprano; un curioso fenómeno.

A todos se los veía ahora tristes y retraídos. Era en ellos evidente la más honda preocupación ante el incierto e inmediato porvenir. Habíaseles eclipsado por completo la alegría y la animación de los días anteriores. Cada cual se concentraba dentro de sí en un examen de su vida pasada, y hacíase grandes interrogantes para el futuro.

Navegaban directamente hacia Aglaya. La mayor parte de los pasajeros desembarcarían allí. El conjunto iba a comenzar un nuevo acto en el desarrollo de sus vidas, del cual serían protagonistas para su bien o para su mal.

¿Cómo sería el país? ¿Qué tal serían recibidos? ¿Hallarían pronto trabajo? ¿Les sonreiría la suerte, o sería este viaje su hundimiento definitivo?

¡Todos habían echado la moneda de sus vidas al aire, jugándose la suerte; muy pronto verían, individualmente, si les había caído la cara o la cruz!

El día transcurrió en un ambiente de preocupaciones y recuerdos. El calor y el fuerte viento parecían contribuir a sepultar al pasaje en sus mil inciertos augurios.

Por la tarde empezó a distinguirse, como una lejana nube en lontananza, cierta masa grisácea sobre el mar. “¡Es Palmareda!”—dijeron algunos.

Así era, en efecto. Y pasado el tiempo, lo que parecían nubes oscuras del horizonte, intercaladas de nubes blancas, fueron precisando su forma hasta revestir, a simple vista, el aspecto inconfundible del formidable macizo montañoso de la costa palmaredaña.

La tarde llegaba a su fin y el barco a su destino. Alonso, presa de indescriptible zozobra, bajó al comedor: ¿Bajaría por última vez allí, o, descubierto al tomar tierra, sería repatriado en el mismo barco a su país? No podía saberlo.

A pesar de su angustiada incertidumbre cenó como siempre. Necesitaba mantenerse con el vigor físico que había adquirido en estos quince días de sanatorio que para él fue la travesía. Ahora se avecinaba lo más serio.

Cuando subió a cubierta, la noche había cerrado y el barco, anclado no lejos del puerto, balanceábase lentamente sobre el mar tranquilo. Alonso miraba las luces de Aglaya reflejándose en el agua y las de aquellas casitas que, encaramadas en el monte, intentaban suplir a las estrellas, ausentes de tan negra noche.

Súbitamente, un viento húmedo le azotó el rostro. A poco, gruesos goterones de agua caían sobre él. En breves segundos generalizose un chubasco imponente. Llovía fuertemente, a chorros, sobre cubierta.

Alonso, resguardado, pensó si esto no sería mejor para sus planes:

—De todas maneras, tengo que mojarme antes de pisar tierra, puesto que habré de llegar a nado.

Media hora duró el chaparrón. Pero ya la gente, a sabiendas de que el barco no se aproximaría al puerto hasta el día siguiente, habíase retirado a descansar.

Alonso fuese a buscar a su amigo Catelo. Y juntos se fumaron el último cigarrillo. Después, Catelo sacó una cuerda, una mochila de lona y un calzón de baño, y se los entregó a su amigo, diciéndole:

—¡Ea, vamos a despedirnos! Estáte al acecho, y en cuanto puedas te descuelgas al agua, y que Dios te dé suerte.

—¡Gracias, amigo! —le expresó Alonso mientras le estrechaba la mano—. ¡No olvidaré lo que has hecho por mí!

Alonso se acercó sigilosamente al sitio más oscuro y solitario de la cubierta. Todo a su alrededor estaba en silencio.

Ató el cable a la barandilla, se desnudó y se quitó los lentes. Los metió, con su ropa y sus zapatos, dentro de la mochila de lona. La cerró y se la aseguró a la espalda, se puso el calzón de baño y comenzó a descolgarse por la cuerda con grandes precauciones.

Instantes después tocó el agua y se fue introduciendo en ella lentamente. ¡Estaba tibia! No resultaba tan malo el baño. Pero tendría que nadar cerca de un kilómetro hasta alcanzar tierra.

—¡Ánimo, Alonso! —se estimuló—. ¡Ya solo te queda este trozo!

Y tomando impulso desde el costado del barco, empezó a nadar lenta y cadenciosamente.

Tercera parte
Salida a la palestra

Capítulo primero

El señor Sanchez y su familia

En una hermosa quinta de Yucaras, la bella capital de Palmareda, se estaba festejando el próspero balance del quinto año de existencia de la firma Sánchez & Hijos.

Hasta el exterior de la mansión desbordábase el festivo y optimista bullicio de los comensales.

La quinta, bella y espaciosa, alzada en dos plantas sobre una arquitectura de tipo semicolonial, estaba rodeada de un amplio y exuberante jardín.

A este pequeño paraíso, salpicado de rosas y nardos entre la grama, de claveles y damas de noche, lo limitaba y separaba del mundo una elevada verja de hierro, tupida por un soto vivo que la ceñía en su interior. Sobre este muro vegetal alzábanse airosos chaguaramos y moriches.

En el centro del jardín, un cenador o quiosco de celosías vestíase de un verde oscuro bajo el manto de la hiedra invasora. Entre cucuis y cactus mezclábanse gladiolos y geranios, y parasitariamente aferradas a los troncos de una ceiba y de un caobo, entre acacias y tamarindos, algunas orquídeas brindaban su peregrina belleza a las últimas luces de una tarde que se hundía bajo la fulminante diligencia del crepúsculo tropical.

El bullanguero alborozo provenía de la gran sala contigua al porche, en la planta baja. A través de las ventanas

distinguíase el interior, y en el centro de una bien provista mesa oblonga, rodeada por más de veinte personas, destacábase el Sr. Sánchez.

Puesto en pie, en lo cual todos le habían imitado, ahito de manjares y de costosos licores, gordo y de rostro satisfecho, ahora congestionado por la emoción, una vez más estaba brindando por el éxito de su negocio.

Inmigrante afortunado, ascendió con rapidez asombrosa por esa escala abrupta para los más y accesible a los menos, siempre buscada y siempre invisible, que es la escala de la fortuna.

El buen vivir, que un día tras otro ha redondeado su panza, cabe las atenciones de su creciente negocio, servido por un certero instinto comercial, habían casi borrado para él los recuerdos de aquel distante país europeo, cuna y testigo de su vida anterior.

Solo alguna vez, esporádicamente, sentía la añoranza de algunos platos típicos de allá, de alguna fiesta popular, de alguna bebida.

No obstante, en aquel país y época lejanos ya apuntaron sus facultades de afortunado especulador.

Sencillo y pobre aldeano al principio, llegó deslumbrado a la capital. Hombre no calificado y de escasas letras, vio y sintió en su carne la vida dura del sin trabajo. Otros de su alrededor, no menos infortunados que él, le indujeron a ingresar en un sindicato obrero. De este modo, tras oír muchos mítines, leerse un sinfín de folletos y asistir a reuniones sindicales, le despertó el prurito de la oratoria, y hasta llegó a creerse un redentor de los humildes.

Pero más tarde, la guerra primero —en la cual fue sargento de intendencia—, y la posguerra después, le brindaron la oportunidad de ir haciéndose gradualmente un intermediario del

mercado negro que surgió entre los campesinos y la capital sin víveres.

Y es que, al llegar las cosas a este punto, entre la destrucción y la muerte primero, y las escaseces después, su innato sentido práctico le dijo muy confidencialmente: “Ya que arda la casa, calentémonos”. Y emprendió el negocio. “Al fin y al cabo, otros menos indicados lo hacían”.

Nadie lo inició en estos menesteres; mas aquel claro instinto realista y práctico, connatural a su rústica naturaleza, procuróle pingües ganancias mientras el país se hundía y el hambre hacía estragos.

Por entonces empezó a oírse hablar de algunos compatriotas que prosperaban en Palmareda con una celeridad increíble, y en la primera ocasión embarcóse para el nuevo mundo con su mujer, Juana María Teresa, otra aldeana del lugar en que naciera, y los dos hijos de ambos, niña y niño, de seis y nueve años, respectivamente.

Los comienzos que tuvo como representante de casas comerciales fueron difíciles, de terca e ingrata tarea. Sin embargo, su infatigable dinamismo, bajo una amplia cara beatífica, inspiradora de confianza, y aquel práctico oportunismo de siempre valiéronle grandemente para aprovechar fáciles coyunturas e ir subiendo poco a poco.

Con grandes apuros, por culpa de su tarda retentiva, pero con mayores voluntad y ahínco, fue estudiando un poco de contabilidad y de inglés, y ampliando su deficiente cultura.

Seis años después nadie lo hubiera reconocido: sobre un fondo natural de sencilla simplicidad había ido superponiendo con su certero sentido práctico una gran mundología, y ahora, en su exterior, nadie hubiera podido imaginarse al rústico de antaño. El medio a que ascendió lo había pulido, y hasta su apariencia personal había ganado extraordinariamente.

Cuando alcanzó a verse en posesión de unos cuantos ahorros y suficientes conocimientos, decidió trabajar por su cuenta. Y estableció un negocio de importación en nombre propio y el de sus pequeños hijos: la firma Sánchez & Hijos, con tan positiva suerte que ahora, en el quinto aniversario, hallábase celebrando un éxito que sobrepasaba los más atrevidos cálculos, por lo fabuloso de sus proporciones.

Pero si justo es proclamar que el Sr. Sánchez había subido por su propio y denodado esfuerzo, el buen fruto de estos afanes, en un medio tan propicio, tal vez llegaron a engréirle un tantico más de lo esperado para su natural sencillez.

Y aunque hablaba con gratitud de esta próspera tierra americana donde halló la fortuna, vivía muy poseído de sus dotes comerciales y de su facultad de elevarse Y el alto concepto que por este motivo había tomado de sí mismo, hacía hablar a los demás en tono enfático y protector, cual un magnate padrino de los pobres.

El bienestar presente en que vivía y su estado satisfecho de “hombre que ha llegado” parecían inducirle a hablar mucho, con frases rebuscadas, cuyo significado no siempre alcanzaba, y a teorizar sobre los derechos humanos, con el filantrópico y ostensible deseo de favorecerlos siempre.

Teresa, su mujer, más realista, no solía estar de acuerdo con estas veleidades filantrópicas, y en semejantes momentos dudaba del sentado juicio de su esposo, si bien el pensamiento de su próspera situación y las muelles comodidades de que disfrutaba pronto le hacían sentirse indulgente, hasta el extremo de dejarle hablar.

—Al fin y al cabo —decía ella—, mientras solo sean palabras...

El Sr. Sánchez, después del último bocado, limpióse los labios grasientos, se puso en pie y reclamó silencio con un ademán. Levantó su copa, hizo memoria un instante, y mirando

a través de las ventanas hacia las cumbres de La Guaca y El Cardón, que recortaban sus oscuras masas informes sobre el cielo en trance de oscurecerse, exclamó:

—¡Ah, Palmareda, Yucaras! Esas imponentes montañas, eternamente ataviadas de verde y siempre visitadas por algodonosas nubes; de inextricable selva y profundos abismos, de tremenda y bravía belleza, refugio de venenosas y ocultas alimañas, son un elevado canto de perenne elocuencia que proclama tanto la grandeza de los conquistadores blancos como la de sus antiguos moradores, los indios bravos. Esforzados defensores unos, e invasores otros, de esta pródiga tierra luminosa. Actores de la epopeya de América y padres de todos estos pueblos, cuando después de aquella lucha se confundieran en el abrazo de la paz y comenzara la colonización de este continente. Abrazo fecundo de razas; semillas que fueron y raíces que son de estos pueblos, más tarde independientes, hoy jóvenes y pujantes, abiertos al porvenir.

El Sr. Sánchez se detuvo, abrumado por una salva de aplausos, sonrió satisfecho y continuó, con los ojillos brillantes:

—Larga es la distancia que nos separa, en el tiempo, de todos aquellos hombres, admirables titanes por su lucha contra una naturaleza viripotente y avasalladora, ubérrima, pero terrible.

”Hoy, la naturaleza, domeñada, entrega sus tesoros a los hombres, y éstos, febrilmente, los emplean en la transformación de nuevas riquezas y mejoras para la tierra y para los humanos. Se multiplica el intercambio y florecen la industria, el comercio y todos los adelantos que nos hacen más confortable la vida. Se eleva la cultura y el mundo nuevo cambia vertiginosamente en nuevas fases inéditas hacia el progreso. Y en éste son cada día mayores y mejores las oportunidades que se brindan al hombre para desarrollar su personalidad y adquirir bienes, y para disfrutar de ellos. ¡Ah, Palmareda, Palmareda!

¡Qué hermoso es encontrarse en tu suelo generoso, rodeado de la familia y de los amigos!

”Y mis amigos son mis empleados, como lo son todos los hombres sin fortuna, porque “pobreza no es vileza”. Por eso yo os he reunido hoy conmigo para festejar la buena marcha de nuestro negocio. ¡Todos tenemos derecho a la vida! Yo he sido también empleado, y pasé por mis apuros y trabajos. Sin embargo, no soy de esos a los que se refiere el refrán de “vióse el perro con bragas de cuero, y no conoció a su compañero.

”Yo vine a estas benditas tierras, y “como viene la ventura a quien la procura”, procuré labrarme una posicioncita con mi trabajo, ¡y aquí estoy, muchachos, ya de hecho convertido en americano, totalmente criollizado, porque yo creo firmemente que “no donde naces, sino donde paces”. Y estoy aquí para ayudaros con mi consejo y con mi apoyo, así como vosotros me ayudáis a mí y a mis hijos, cada uno en su puesto.

—¡Amén! —cerró en voz baja la mecanógrafa señorita Mary Torn, chispoleta muchacha moderna, espigada y deportiva, mientras la Srta. Dulcy la miraba severamente.

El Sr. Sánchez terminó:

—¡Por la prosperidad de nuestra firma: brindemos!

—¡Brindemos! —repitieron todos.

—¡Viva el señor Sánchez! —gritó uno.

—¡Vivaaa! —corearon los demás.

Bebieron el último vaso, y después de una prolongada sobremesa fuéronse despidiendo los invitados uno tras otro, esforzándose los más de ellos en una emulación de cumplidos hacia su campechano jefe, sin perjuicio de burlarse de él una vez en la calle.

La familia Sánchez, henchida de profunda satisfacción y orgullo, retiróse a descansar entre las mieles del más feliz presente que nunca hubieran podido imaginarse.

Capítulo II

El empleo de Alonso

Penosa y triste odisea había pasado Alonso desde aquella noche, pocos meses atrás, en que tomara tierra, exhausto y acezante.

Casi desfallecido lo encontraron dos amigos, un tanto subidos de *whisky*. Eran dos peones que habían ido a pelearse a la orilla del mar a causa de una jugada de ajedrez en la que sostenían criterios opuestos.

Lo levantaron, y entre los dos se lo llevaron a su pensión, cerca de allí. Sus nuevos protectores le dieron ropa limpia y le presentaron al capataz de su obra.

Un mes trabajó en la construcción de una quinta, con ellos, cerca de Parigual. Acabado este trabajo, trasladóse a una pensión de la capital, agotado por las faenas de peón.

Quiso colocarse en Yucas, pero no encontró empleo. Ahora debía varios meses de pensión, donde ya no le daban de comer y veía cercano el momento en que tampoco le dejarían entrar a dormir.

¡Era inútil luchar más! ¡No conseguía encontrar trabajo!

Verdad es que sus facultades y su espíritu hallábanse tan disminuidos que parecía destinado a cosechar todas las calamidades de la tierra.

Cargado de innúmeras pequeñas deudas, su zanquilarga figura veíase más y más estigmatizada por el hambre.

Convencido de su falta de fuerzas físicas, al lado de un joven representante de su pensión, que le aconsejaba y asistía en la manera de buscarse un medio de vida en esta moderna ciudad cosmopolita, empezó a practicar algo de contabilidad, y acudía a los anuncios por palabras de los diarios.

Un día presentóse en la Casa Sánchez & Hijos, y después de una espera prolongada llegó a verse ante el jefe, el mismísimo Sr. Sánchez en persona, con quien tuvo el siguiente diálogo:

Alonso, abatido y tímido:

—¿Es usted el director de la firma?

El Sr. Sánchez, satisfecho de sí:

—Yo soy, muchacho. ¿Qué deseas?

Alonso, con voz tenue:

—¿Han puesto ustedes un anuncio en la prensa para ofrecer un empleo de auxiliar de contabilidad?

El Sr. Sánchez, mientras lanzaba una bocanada de humo de su enorme cigarro:

—Así es.

Alonso, con un hilillo de voz:

—Yo venía a pretender ese puesto, para el cual me creo capacitado.

El Sr. Sánchez resoplando y con la mirada puesta en una gruesa sortija que tenía en el dedo cordial derecho:

—¿Tienes bastante experiencia? ¿En qué casas has trabajado antes?

Alonso, tartamudeante, acertó a mentir:

—Yo..., pues llevaba la contabilidad de dos comercios en mi país.

El Sr. Sánchez lo miró un momento, dudoso, y condescendió al fin:

—Bueno, pues te haremos un examen.

Y llamó a su secretaria:

—¡Dulcy!

Apareció la Srta. Dulcy, joven de treinta años, muy leída, con gafas oscuras, desgarrada y paliducha, tan culta como eficiente.

El Sr. Sánchez dirigióse a ella:

—Apunta que esta tarde, a las cinco, vendrá el señor... ¿cómo te llamas?

Alonso, apresuradamente:

—Alonso..., Alonso Quijénez.

—El señor Alonso, a someterse a un examen para el puesto de auxiliar de contabilidad.

La Srta. Dulcy tomó la orden en taquigrafía, y después miró a los dos, interrogante:

—Ya está.

El Sr. Sánchez, con importancia:

—Nada más. Y le prevenes al señor Thomas que esta tarde deberá examinarlo. Puedes retirarte.

La Srta. Dulcy salió del despacho.

El jefe dirigióse al apurado Alonso, displicente y paternal a la vez:

—Ya lo sabes, muchacho: esta tarde, a las cinco, te examinan, y veremos si podemos acoplarte en la Casa.

Alonso, con un destello de esperanza y gratitud, porque era la primera vez, desde hacía muchos años, que otro muy por encima de él le hablaba un tanto amablemente, balbuceó con voz entrecortada:

—¡Muchas gracias, señor; muchas gracias! Volveré... volveré esta tarde, a las cinco. ¡Gracias! —inclinándose levemente—: ¡Hasta luego!

Y salió andando de espaldas, lo que le hizo tropezar contra la puerta.

—Adiós —le contestó el director, viéndole marchar, mientras sus gruesos dedos tamborileaban sobre la mesa una canción de moda.

El Sr. Sánchez, a solas, intentó bucear en sus recuerdos:

—¡Este hombre! ¡Esta cara! Yo creo que lo he visto antes en alguna parte... —pero, en seguida—: ¡Bah! Un pobre diablo, tan parecido a otros tantos. ¡Ah, mundo..., mundo! Eres tan igual a ti mismo que repites a tus criaturas y nos haces pensar por ello! —Luego, satisfecho—: ¡Claro que uno ha vivido tanto y ha visto la cara de tantos infelices! *All right*. ¡Todos tienen derecho a la vida! Pero *time is money* y “no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy”. Voy a solucionar el asunto ese de la nueva importación, no vaya a ser que otros se me adelanten.

Tomó su sombrero y salió del despacho; dio instrucciones a su secretaria y bajó a la calle.

Alonso, desde la acera donde estaba parado, indeciso, lo vio salir, y se saludaron con una leve inclinación de cabeza. El Sr. Sánchez subió a su automóvil, lo puso en marcha y desapareció. Alonso siguió el coche con la mirada y exclamó para sí, agradecido:

—¡He aquí un hombre sencillo y bueno, a pesar de su fortuna!

Empezó a caminar, pensativo, hacia su mísera pensión, y continuó:

—¡Sí: sencillo y bueno! Y tiene un aire que me resulta casi familiar. Claro que no me extraña: tengo tanta hambre y me siento tan desdichado, que donde encuentro un poco de bondad y esperanza es como si encontrase a mi propia madre, tanto tiempo ha difunta.

Y después de una pausa:

—Pero ahora, ¿qué voy a comer? Necesito comer algo, para no desmayarme esta tarde. Tengo que estar en forma para no quedar fuera de combate en el primer round. ¡Comer..., comer! ¿Podré comer ahora todos los días?

Capítulo III

Don Quijote y Sancho Panza

Llegada la tarde, Alonso hubo de pasar por el amargo bochorno de un examen desafortunado: invirtió las cuentas del “Debe” y del “Haber”, y se equivocó en las sumas, bajo la secreta satisfacción de su pedante examinador, el Sr. Thomas, contable de la firma.

Y en vano fue que la Srta. Dulcy tratara de ayudarle disimuladamente.

Pero el Sr. Sánchez, bien dispuesto hacia él, pasó por alto sus errores, y el angustiado Alonso consiguió al cabo su empleo.

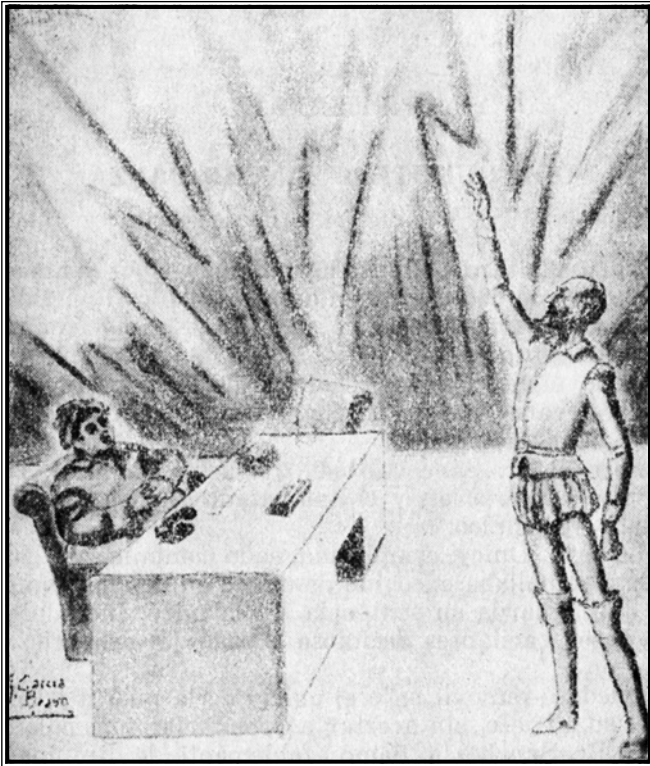
La Srta. Dulcy, complacida, se lo comunicó así cuando éste se hallaba encogido de miedo en la silla, como el reo que aguarda su sentencia. Él la miró, incrédulo, y con pasos vacilantes decidióse a pasar al despacho del director.

Quedóse inmóvil bajo el quicio de la puerta y miró, indeciso, al jefe, sin acertar a pronunciar una palabra.

El Sr. Sánchez lo llamó afablemente, le dijo que cerrara la puerta y lo invitó a sentarse en una butaca que estaba junto a su mesa.

Alonso tomó asiento en ella, con mucha cortedad, en el mismo borde, y así quedó, agazapado, como una bestezuela bajo la mirada del cazador, lleno de ansiedad y temores.

Entonces el Sr. Sánchez, con voz pausada, le confió que, pese a las deficiencias del examen, lo tomaba a su servicio porque le había producido muy buena impresión y le recordaba a alguien que no podía precisar, pero que le fue muy querido; casi tanto como su esposa Mari-Juana Teresa y sus hijos Sanchico y Mari-Sancha.



Alonso le escuchaba como abstraído, con aire lejano.

Poco a poco comenzó a levantarse del asiento, hasta enderezarse con majestad. Entonces despojóse de sus lentes, que dejó sobre la mesa.

Se había transfigurado de repente.

Erguido en su alta estatura, había desaparecido por completo su aire apocado, trocándose en el gesto arrogante y altivo del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

El Sr. Sánchez, convertido a su vez en Sancho Panza, lo vio transformarse con una admiración creciente.

El leve y recortado bigote de Alonso habíase convertido en un largo mostacho caído. Una barba puntiaguda apareció en su semblante, antes casi juvenil, que ahora veíase surcado de ligeras arrugas, que daban más energía a su alargado rostro aguileño, mientras sus ojos se iluminaban con un resplandor magnífico. Su traje, raído y jironado, trocóse en el jubón acuchillado, valones y calzas de Don Quijote.

Sancho lo contemplaba embelesado, entrecruzando sus manos sobre el abdomen. También él había cambiado, con su aspecto físico, sus ropas, y en ambos veíase ahora a los auténticos personajes del inmortal Cervantes.

Don Quijote, con paso mayestático, empezó a ir y venir por la estancia. Después detúvose frente a Sancho, levantó el brazo derecho con prosopopeya, y comenzó a hablar con voz solemne:

—“En verdad, querido Sancho, que la diosa Fortuna hoy nos ha reunido de nuevo para acometer la más grande de las empresas que pudieran ver el correr de los siglos. Serán nuevos días de gloria para nosotros, honra y prez de la caballería andante, y de ventura para la humanidad desvalida.

“Tú me has reconocido, a pesar de todo, por obra y gracia de tu admirable sentido común, porque, aunque lerdo de entendimiento, nunca te faltó ese sentido maravilloso de la realidad.

“Has de saber, Sancho amigo, que la frívola juventud de aquestos días es la más triste y doliente juventud de la historia de todos los tiempos: carece de fe y de ideales, teme a la vida y a la muerte. Le da mucho miedo vivir y siente un terror pánico de la muerte. Huye del pasado, del presente y del futuro, y se refugia en un vivir intrascendente, para disimular su hastío. Es

una juventud desorientada, que ya lo cree todo hecho, y a la que nada le toca por hacer. No sabe qué hacer de sí misma, ni para qué vivir, ni cómo vivir una existencia constructiva.

“Esa es la raíz de su mal.

“En otros tiempos, la juventud pretendía edificar su propia vida con entrañables y a veces radicales transformaciones.

“Es que asiste al fracaso de todas las tendencias que pugnan por regir al mundo. Ha salido de dos guerras catastróficas y barrunta la proximidad de otra peor. Y no sabe que solamente ella, la juventud, sería capaz de evitar la nueva hecatombe.

“Pero necesita una fe en sí misma que le muestre el camino a seguir con energía; un recuento de su fuerza inmensa y un adecuado empleo de ella. Mas este desconocimiento de sí misma y de su destino no es cosa extraña, porque la juventud carece siempre de experiencia.

“Y para eso he venido nuevamente al mundo. Soy, a fuer de caballero andante, altruista como ella, y además tengo la experiencia que necesita.

“Vengo a ponerme al frente de una juventud de caballeros andantes y a librar la gran batalla contra todos los follones y malandrines, y contra todos los gigantes y endriagos que sostienen el fatal encantamiento de este mundo, enfermo de tecnicismos, materialismos y pesimismo, y falto de fe en los más elevados destinos del género humano.

“¿Reconoces ahora quién soy y comprendes el por qué de mi vuelta a este mísero mundo desajustado de hoy?”

Sancho le había estado escuchando con la boca abierta, fascinado y sin hacer el más ligero movimiento. Luego, al ver que Don Quijote callaba y le miraba escrutadoramente, exclamó:

—“¡Por las albardas de mi rucio, que vuesa merced me ha descubierto en un dos por tres algo que bailaba en mi meollo desde hacía mucho tiempo; pero no alcanzo a comprender

cómo vamos a arreglar este mundo de hoy, más revuelto que un potaje”.

—“No es cosa nueva que no alcances a comprender cómo llevaremos a cabo nuestra sublime misión —repuso Don Quijote—. Tú siempre has sido el más sandio y torpe de los escuderos, pero aquí estoy yo para enderezar el más grande entuerto de la historia desde que el mundo es mundo, y así...”

El timbre insistente del teléfono interrumpió a Don Quijote el hilo de su discurso, y entonces prodújose el proceso inverso de su transformación anterior.

El jubón de gamuza, los gregüescos estrechos y las calzas de Don Quijote convirtiéronse otra vez en el raído traje corriente de Alonso, y su enfática gallardía desapareció. La barba y el mostacho caído se esfumaron. Apagósele su rostro de iluminado, y confuso, tomó los lentes de la mesa y se los colocó. Sentóse como antes de ocurrir esta escena inverosímil, y se pasó las manos por la frente con un gesto torpe y tímido a la vez.

Simultáneamente, Sancho perdió su socarrona candidez. Le desapareció el zamarro de piel de oveja y resurgió el Sr. Sánchez, limpio, afeitado y embutido en su traje de última moda.

Una terrible turbación pasó por él, y se oprimió los ojos con las manos.

Las separó lentamente, y ambos se miraron perplejos. Después comenzaron a disculparse mutuamente.

Alonso balbuceó, apurado:

—Perdóneme usted, señor Sánchez, si me he dormido o desmayado. No sé... Tal vez sea por llevar tanto tiempo sin una alimentación regular, pero yo le prometo...

—¡Nada, nada, muchacho! —respondióle el Sr. Sánchez—. No tienes que excusarte echándote una culpa que no es tuya. Sé que me he dormido un rato en tu presencia, y tú haces lo posible por persuadirme de que no te has enterado.

Admiro tu delicadeza, la cual me reafirma en el buen concepto que de ti había formado; pero ahora me doy cuenta de que es verdad que no conviene abusar del trabajo.

Hay que distraerse. Ya me lo habían dicho mi esposa Teresa y hasta mis hijos Sanchico y Mari-Sancha, y tendré que hacerles caso.

Eres buena persona, Alonso. Lo que se dice un buen muchacho.

Ahora, vete. Y me parece mejor que, en vez de dedicarte a los libros de contabilidad, pases a mi despacho conmigo, e incluso te daré más sueldo. De momento, voy a entregarte un pequeño anticipo. Toma —y le alargó varios billetes—, porque supongo que te hará falta.

Alonso enrojeció; pero, titubeante, los tomó, y con voz apagada murmuró:

—Yo... Gracias... Muchas gracias —y fue retrocediendo hasta tropezar otra vez con la puerta—. ¡Adiós, jefe!

El Sr. Sánchez lo vio irse y quedó preocupado. Echó una mirada al teléfono, que ya había dejado de sonar, y se palpó su traje impecable. Pasóse la mano por la corbata, la levantó sobre la palma y la contempló absorto. Finalmente, se puso en pie, tomó su sombrero y salió del despacho.

Capítulo IV

Consternación de Alonso y del señor Sanchez

Alonso dejó atrás la oficina y, trémulo, bajó las escaleras en una confusa mezcla de alegría y desasosiego. Él ya tenía empleo, y ahora estaba en condiciones de pagar a la patrona, lo cual le permitiría comer esta noche. ¡Ah, qué bueno! Pero, ¡ese terrible y extraño desvarío que le había hecho soñar en que él era Don Quijote!

—¿Estaré perdiendo la razón? ¡No! ¡No puede ser, ahora que tengo mi empleo! Todo esto es producto de la debilidad. Seguramente que con el estómago lleno yo soy un hombre completamente normal.

¡Ea! ¿Para qué pensar en ello? “Eso” ha sido un desmayo o un delirio a causa de mi hambre, pero, ¡cómo voy a terminar con ella esta noche! Seguro que no habré de volver a ver visiones.

¡Yo, Don Quijote! Estas alucinaciones son, indudablemente, los últimos sedimentos de aquel mi estúpido idealismo de antaño, que yo, ahora, ni en sueños lo podría sustentar.

Al mismo tiempo, el Sr. Sánchez, por otra calle, dirigíase a su quinta conduciendo el magnífico automóvil que era su orgullo de nuevo rico.

Marchaba lentamente, mientras reflexionaba:

—¡No me cabe duda de que veo visiones! ¡Y en qué forma tan real y tan vivida! ¡Yo, hecho un Sancho Panza, y ese pobre diablo nada menos que un Don Quijote!

Debo haberme dormido. ¿No será mi conciencia, que me reprocha el vivir muy bien, en tanto que otros lo pasan muy mal? Pero, ¡qué caramba!, yo soy bueno, y “si te dan el anillo, pon el dedillo”. También antes he vivido mal; de modo que ahora “quien bien está no se muda”. Si yo he tenido suerte en la vida —claro que “al saber llaman suerte”—, ¿por qué voy a separarme de ella? Lo único que debo hacer es procurar el bien de los que me rodean, en la medida de lo posible, desde luego, y “como culpa no tiene quien hace lo que debe”, seguiré viviendo tranquilamente como hasta ahora.

Y cual si se hubiera convencido a sí mismo, recobró su rostro la expresión satisfecha que lo caracterizaba, apretó el acelerador, y el automóvil voló hacia su casa.

Capítulo V

Un joven desesperado

Al día siguiente, Alonso salió de la pensión después de tomarse un copioso desayuno. La mañana le pareció maravillosa. A pesar de la temprana hora, el sol derramaba toda su alegría sobre la ciudad.

Como tenía tiempo sobrado hasta la hora de entrar en la oficina, decidió pasear un poco por la orilla del río.

En los árboles, los pájaros trezaban sus más brillantes trinos en obstinada porfía, mientras la hierba y el follaje, bruñidos por los rayos del sol tempranero, sumaban a sus notas un verde fulgurante de esperanza.

Alonso avanzaba paladeando el recuerdo de la cena. Algo tan profuso y nutrido que llenó de asombro a sus compañeros, invitados por él. Plácidamente sonreía recordándolo, en tanto que andaba despacio.

Yendo de esta guisa, mirando las luces cambiantes del sol sobre las aguas, dijo para sí:

—¡Bendita tierra ésta, en la que desde mi llegada ya tuve, por de pronto, un enemigo menos: el frío! Y donde parece que he encontrado una bondadosa persona que me asegura un empleo. ¡Empleo, tranquilidad, comida! ¡Ah!, y además inmerecidamente; porque yo sé bien hasta dónde mi examen fue un fracaso.

¿Qué me habrá ocurrido a mí para no saber ahora nada de nada, y que hasta trabajo me cueste el hacer una simple suma? Es el hambre. El hambre atrasada, que me ha trastornado la memoria del mismo modo que me ha ido arruinando las fuerzas físicas.

¡Nunca me hubiera imaginado llegar a este extremo! Pero, al cabo, podré comer todos los días. ¡Qué magnífica perspectiva! ¡No es tan malo el mundo, ni la gente! Es que yo estaba muy hundido por tantos reveses y todo lo veía negro.

Se interrumpió de pronto y detuvo el paso. Al pie de un puente, un joven como de unos veinticinco años dormía sobre la hierba. Su aspecto no era el de un pordiosero.

Acercóse a él, lo miró un momento, y después lo movió suavemente. El otro abrió los ojos, y restregándose los, exclamó con sobresalto:

—¡Eh! ¿Qué? ¿Quién es usted?

—Ya lo ves —le contestó afablemente Alonso—: un amigo. ¿No piensas que puedes resfriarte?

El otro, mohino y entumecido por el relente de la madrugada en el río, respondióle desabridamente:

—¡Da lo mismo! ¡Lo único que siento es que ha venido a interrumpirme el sueño!

Alonso, con suave calma:

—A mí me parece que mejor dormirías en tu cama, ¿no crees?

El desconocido comenzó a humanizarse:

—Así es —y siguió, enarcando las cejas con gesto aburrido—: pero he sido tan estúpido, que vine aquí anoche desesperado. ¡Hubiera querido ser capaz de matarme y, sin embargo, solo acerté a componer unos versos detestables!

—Amigo mío —le dijo Alonso—, ignoro los motivos que te inducen a estar tan desesperado, mas veo que temes por igual a la vida que a la muerte, y, colocado en la divisoria de ambas, estás

vegetando en una infausta aflicción, al igual que otros muchos. Pero no olvides que no debemos hacer gran caso de las noches, porque la noche es el azote de los enfermos y de los atormentados, enfermos también del espíritu. El insomnio, en las sombras, descoyunta a la razón y aumenta artificiosamente las tribulaciones. Luego, el nuevo día trae, con la luz, pensamientos más gratos. Aunque ya es buena cosa para ti, si tienes un medio de desahogo con tus versos. Y puesto que hablamos de ellos, ¿me los puedes leer? Soy aficionado a toda clase de creaciones del ingenio, y los versos, si aciertan a expresar un sentimiento, me agrada oírlos. Incluso aunque no sean perfectos en la forma.



—¡Qué sé yo! Aquí están... —dijo el otro, después de un titubeo, sacando algunos papeles de los bolsillos—. Son muy malos; pero no puedo hacer más de lo que sé. En fin, los leeré.
Y el desconocido comenzó:

LA NOCHE Y YO

I

Quemados me arden los ojos
de atormentados desvelos,
y en mi frente, enfebrecida,
restallan los pensamientos.

II

Es que la noche ha llegado;
la noche, que tanto temo
porque, desnuda de ruidos,
desboca mis sufrimientos.

III

Son noches que abren la puerta
del huracán a mi pecho,
y las llamas que él encierra
el huracán vuelve incendio.

IV

Una vez más me levanto
apresurado del lecho,
que para mí, por las noches,
es como un sepulcro yerto.

V

Donde me celan, enormes,
las aves de mal agüero,
y me abofetean sus alas
con saña y furor de infierno.

VI

Quiero huir, una vez más,
de lo que llevo muy dentro,
y saco a la calle, abierta,
mis pensamientos sin techo.

VII

Se alongan, de luto ungidas,
calles de largo silencio,
de oscura y serena calma
como la paz de los muertos.

VIII

Solo mis pasos se oyen
en el cerrado misterio
que es la noche, convertida
en un pozo de secretos.

IX

Alza sus luces el puente
sobre el turbio río negro
que va murmurando, lúgubre,
consejos y viejos cuentos.

X

Sobre el pretil apoyado
miro al río, mientras siento
que el más amargo y atroz
desconsuelo me hunde el pecho.

XI

En esta actitud, vencido
y desgarrado por dentro,
me veo muerto en la vida,
como un cadáver enhiesto.

XII

Que se mirase en las aguas
antes de hundirse en su seno.
¡Yo, así, comprendo al suicida
que a las ondas da su cuerpo!

Después de una breve pausa, Alonso dirigióse, pensativamente, al desconocido:

—Y bien, ahora que he oído tu lamento, ¿me puedes decir a qué obedece ese terrible pesimismo que te lleva a un tal desconsuelo?

—Obedece a que soy un hombre acabado —le contestó el otro, bajando la cabeza.

—¿Acabado? —preguntóle, irónico, Alonso—. ¿Acabado a tu edad, cuando estás comenzando a vivir? ¿No será acaso que no has empezado?

—Es que estoy completamente harto de la vida que llevo —le respondió el joven—. Una vida insustancial y estúpida, sin alicientes, y que odio con toda mi alma.

Quisiera huir de todo: de la vida. Quiero huir del reloj; quiero huir de las obligaciones; quiero huir de los domingos, por ser fiesta general. Querría ser un nuevo Robinsón, si no fuera porque también él estuvo sometido a las fuerzas naturales. Mi angustia es la del ser atormentado por obligaciones desde niño. Primero, sometido al mandato de mis padres; después, a la autoridad del maestro; más tarde, a la autoridad militar, cuando fui soldado, y ahora, a toda la reglamentación civil de la sociedad.

Me ahogo... Me ahogo entre un trabajo con horario fijo y unas festividades también fijas: siempre la misma oficina, siempre el mismo trabajo rutinario, siempre con prisas.

Y luego, todo está regido y controlado en el mundo tan estrechamente, que me da la impresión de vivir dentro de una cárcel, de la cual no tuviera esperanzas de salir jamás. Esto lo pienso siempre; pero al llegar la noche, mi obsesión se acrecienta de tal modo que se convierte en una horrorosa pesadilla.

—Escucha, joven —empezó Alonso con voz lenta, que fue haciendo más y más persuasiva—: comprendo muy bien tu estado de ánimo, que tanto te tortura. Y también sé que la noche agranda los pesares. Pero considera que ese tu trabajo rutinario es el que te permite vivir cual no pueden otros, y neciamente lo maldices. ¡Bien se ve que no has pasado por las zozobras de no tener trabajo! ¡Cuántos, ahora mismo, están padeciendo por no tener ese medio de vida que tú, insensatamente, menosprecias, y languidecen de hambre y de abatimiento! ¡Y sin saber a qué dedicarse, van perdiendo su fuerza, su salud, su alegría!

—¡Lo sé; lo sé! —le interrumpió el joven—. ¡Pero estoy terriblemente aburrido de una vida así!

—Amigo mío —continuó Alonso en tono casi doctoral—, yo creo que tú estás enfermo de cierta psicosis de la obligación y de la prisa. Es la enfermedad del siglo. Esta prisa por hacer lo de todos los días ocasiona un desequilibrio nervioso que cada vez va extendiéndose más entre los mortales. Claro es que si tienes temperamento de artista la sentirás más, pues aun en otro ambiente y con los medios propios de una halagadora fortuna tampoco podrías ser feliz. No olvides que son pequeñas las estancias de un palacio para un espíritu de artista. Le vienen estrechas las fronteras, insuficientes le caen las riquezas, y le resultan mezquinos los honores. Un modesto vivir; humilde, pero con el campo y el cielo para él; las nubes y el mar; el prado y el bosque, las montañas y el llano, las aves y hasta los insectos; sus deudos junto a sí, su corazón en la mano y su imaginación como ventana abierta al mundo. Eso le basta para crear, y solo así puede vivir.

Entonces —prosiguió Alonso—, ¿qué importa que el mundo dé vueltas sobre sí teniendo como eje la vulgaridad y la rutina? Tú irás sobre él como en una nube blanca, y sus miserias no podrán salpicarte la ropa. ¡Ánimo, pues, que la felicidad la llevamos dentro de nosotros mismos! ¡Solo hay que saber descubrirla!

De todos modos —siguió diciéndole—, yo te aconsejo que descanses una temporada lejos de tu trabajo, y que la emplees en escribir esos versos a los cuales eres tan aficionado. ¡No todo es sombrío en el mundo! Contempla la naturaleza, que está pictórica de bellezas, y descríbela en tus reacciones; pero al mismo tiempo toma una buena provisión de aire libre y de vitaminas. Adquirirás nuevas fuerzas, tanto para el cuerpo como para el espíritu, y verás cómo después habrás de encontrarte mucho mejor. En seguida te buscas una novia (resulta evidente que no la tienes), y entre los dos veréis la vida más clara y transitable. Yo estoy seguro de que si me haces caso, no tendrás que arrepentirte. ¡Adiós, y que te alivies de tu mal, te lo deseo sinceramente!

Y diciendo esto, inició su marcha, alejándose del desconocido, quien se incorporó lentamente, sacudióse la ropa y emprendió su camino como un autómatas.

Capítulo VI

Desequilibrio del mundo moderno

Después de este paseo, por el cual Alonso vióse en ocasión de hablar con un espíritu que a él mismo le sorprendiera, llegó a la oficina cuando ya todos estaban trabajando, y tuvo que pasar entre los empleados, saludando tímidamente.

Desde su sitio, el contable lo miró con desaprobación manifiesta, mientras la Srta. Dulcy lo saludaba con una sonrisa.

Entró en el despacho del director y sentóse en el mismo butacón y con la misma actitud que el día anterior.

Afuera, el contable escupía:

—Es un perfecto inútil. No comprendo cómo el señor Sánchez lo ha podido admitir, y menos todavía con un sueldo mayor que el estipulado. No podrá durar mucho tiempo aquí.

La Srta. Dulcy le contestó:

—Pues yo no soy de su parecer, señor Thomas. A mí me parece un hombre muy inteligente y un cumplido caballero.

La Srta. Mary Torn intervino:

—No digas, Dulcy. La verdad es que no se le ven por ninguna parte esas cualidades que tú dices.

Dulcy repuso:

—Está bien, Mary; tú no lo crees así, pero a mí me parece un tipo muy interesante.

En este momento aparecía el Sr. Sánchez. Cruzó la oficina y saludó con la cabeza, saludo que le devolvieron todos con deferencia, entró en su despacho y cerró tras de sí.

No bien hubo cerrado la puerta, miró hacia donde se hablaba sentado Alonso.

Y en el acto comenzó a efectuarse en ambos una metamorfosis muy semejante a la del día anterior, con la viva diferencia de que cada uno de ellos conservó esta vez su indumentaria, y hasta su aspecto físico habitual. Pero al cambiarles el espíritu les cambió tan notablemente la expresión, que volvieron a ser los dos inmortales personajes cervantinos.

Alonso irguióse del asiento, y mientras guardaba sus lentes en un bolsillo, su continente, sin variar en lo físico, habíase transformado de un modo inequívoco en el de Don Quijote, al mismo tiempo que el Sr. Sánchez trocaba su aire de jefe por el del escudero Sancho Panza.

Don Quijote acercóse imponente a Sancho, indicóle un sillón, y con aspecto preocupado, le ordenó:

—Amigo Sancho: siéntate enfrente de mí y escucha las graves razones que ayer interrumpiera ese moderno aparato que es el teléfono, tan útil como molesto a veces:

“Hemos vuelto a la tierra no para que el hombre desande su camino en pos del progreso, pero sí para evitar en él las aberraciones de un uso indebido de estos adelantos, el cual acabaría por aniquilarlo.

“Sabe, mi fiel escudero, que yo admiro todas las conquistas de la ciencia moderna y no tengo nada que objetar de ellas, si no es el desequilibrio enfermizo que han provocado en la humanidad, evidentemente poco preparada para ellas.

“Ya ves si no tendré nada contra estos descubrimientos, que los quisiera aún más perfectos y avanzados, si a su ritmo se perfeccionara también el espíritu humano en una ética superior”.

—“Eso está bien —opinó Sancho—. También a mí me encanta el “plogreso”. Y si no, repare vuesamerced en la tele..., tele... (¿cómo es, amigo Sánchez?) ¡Telefantasma!”

—“Televisión, Sancho —le corrigió el caballero—. ¡Y deja ahora al señor Sánchez!”

—“Bueno: televisión. Al fin y al cabo, visión y fantasma son una misma cosa. La televisión, digo, es lo más grande que yo he visto. ¡Un cine en la casa! ¡Y ya el cine es cosa grande! A mí me gusta verlo con el señor Sánchez”.

—“¡No digas sandeces, Sancho! Y te repito que dejes al señor Sánchez, grandísimo socarrón. Y no mientes al cine siquiera, en el cual tienes un caso típico del mal empleo que se hace de estos descubrimientos: que en vez de ser un medio de educar por el arte, los mercachifles están convirtiéndolo en el más nefando y lamentable espectáculo”.

Y prosiguió gravemente:

—“Hay cosas más grandes que la televisión, aparte de que yo creo que la televisión, como todo, es susceptible todavía de perfeccionamientos. No olvides, majadero, que todo es perfectible en el mundo. La prueba la tienes en todo aquello que mires, comparando este siglo con el nuestro. Desgraciadamente, hasta la maldad humana ha perfeccionado su técnica. Buen ejemplo de esto lo tienes en las cámaras de gases o en el trabajo forzado de las muchedumbres de prisioneros en pleno siglo xx. En fin, lo tienes en todo eso que hoy han comenzado a llamar el genocidio, aunque primero se inventaron los horribles sistemas para destruir gente en masa, y después, la palabra.

“También los hombres aprendieron a desintegrar el átomo, y su primera aplicación ha sido para la guerra.

”No voy a culpar a ningún hombre ni a ningún país en particular de estas monstruosidades: todos son responsables por igual. Su miedo recíproco entabló entre ellos una carrera para

ver quién podía emplear antes la bomba atómica, y siempre con idéntico propósito destructor.

“Esto es lo que tenemos que evitar: ese miedo que los hace asesinos es el que habremos de combatir, y, en suma, éste, con la reconciliación del mundo, viene a ser el contenido, a grandes rasgos, de la excelsa cruzada que hoy nos toca emprender”.

—“Eso está muy bien, mi señor Don Quijote; pero mire vuesa merced que no solo la maldad ha perfeccionado la “técnica”, porque también se ha “plogresado” en la “melecina” y la “higinie”.



—“Tienes razón, Sancho cristiano; sería injusto no convenir en que también se ha mejorado grandemente en la medicina y en la higiene: existen un sinfín de vacunas para terribles males endémicos y epidémicos, que, con la asepsia, han reducido en mucho la mortalidad de los pueblos; así como los

descubrimientos sorprendentes de los antibióticos. Y actualmente se dedica gran atención a las nuevas ciencias de la geriatría y de la puericultura. Con todo ello, se ha conseguido alargar el promedio de la vida humana; pero estos hechos favorables no apartan ni un ápice de la razón que me asiste si te detienes ante la paradójica desproporción del esfuerzo que se hace en la ciencia moderna por favorecer la vida y el que se dedica a fomentar u ocasionar la destrucción y la muerte. ¿Pueden compararse los gastos que se invierten en los experimentos de las bombas de hidrógeno o las de cobalto con los que se hacen para la cura del cáncer o la parálisis infantil?

“Está perfectamente claro que se hace muchísimo más por aplicar los grandes descubrimientos para el mal que para el bien.

“Ahora, nosotros tendremos que cambiar el signo de la balanza y hacer que pesen más los esfuerzos del bien que los del mal.

“Nuestra misión, como siempre, estará preñada de riesgos mortales, porque en la humanidad sigue perdurando la manía de crucificar a sus redentores: recuerda mi final como Mahatma Gandhi, en quien reencarnó mi espíritu la última vez que anduve sobre la tierra.

“Uno de los bellacos por mí liberados se encargó de cercenar aquella mi vida temporal.

“Pero, gracias a mi facultad de reencarnación, siempre vivaz mientras el mundo exista, aquí estoy nuevamente, en otro país y con otras vestiduras, para reanudar mi obra. Y ahora que viene a cuento, aprovecharé la ocasión para explicarte cómo esta mañana no aparezco ante ti con mi jubón de antaño, ni tú te hallas dentro del tuyo de piel de cordero, así como tú estás afeitado y yo sin mi barba y mi mostacho.

“Es muy sencillo: en los tiempos que corren, nuestro antiguo atuendo resultaría anacrónico, y solo podríamos salir a la calle en carnaval, y en esos días nuestra autoridad sería muy

menguada. También por igual motivo me esfuerzo en hablar según los usos de la época. Pero prosigo:

“Ésta mi mortal envoltura de hoy es la de un pobre hombre, quijote de cuerpo y alma, que se sintió, desde muy joven, inclinado al más abnegado altruismo. Su juicio solamente se apartaba del mío en que, por las influencias del medio, era ateo, y yo soy creyente; sigo siendo un fiel cristiano.

“La guerra lo anuló e hizo de él un guiñapo; pero ahora yo vengo a usufructuar su cuerpo eventualmente, para materializarme y continuar en la brecha.

“Y me valgo de un hombre derrotado, porque de los derrotados en vida es de los que únicamente puede salir la salvación de los triunfadores.

“Ahora sabes perfectamente quién soy y quién eres tú, en nuestra doble personalidad, así como también cuál es nuestro quehacer glorioso.

“Yo, en este instante, me voy a marchar. No tengo más remedio que cuidar este cuerpo miserablemente desnutrido, porque el estómago de este desgraciado en quien reencarné está nuevamente dándome gritos. Tú te quedarás aquí para atender tu negocio como señor Sánchez. Al fin y al cabo, este negocio será el que financie nuestra obra, si el Mago Magín, mi amigo y tataranieta del gran Merlín, el poderoso protomago, no nos deja de su mano”.

Y dicho esto, asió el tirador de la puerta y la abrió: salió del despacho y atravesó la oficina con aire resuelto, el paso firme, la cabeza erguida y sin mirar a los lados, caminando directamente hacia el pasillo de salida.

Capítulo VII

Don Quijote y Dulcinea

El estupor fue general en los empleados: el contable restregóse los ojos y echó un borrón lamentable en los libros; los auxiliares y mecanógrafas quedáronse boquiabiertos, y la Srta. Mary abrió unos ojos como platos y mordió el tubo de los labios, tragándose la mitad, mientras su espejo de bolsillo caía al suelo y se hacía añicos.

Todo esto ocurrió al desarrollarse ante ellos la más extraordinaria de las escenas:

La Srta. Dulcy, que acababa de entrar por el pasillo cuando ya Don Quijote salía, recibió de éste un tremendo empujón que la hizo vacilar.

Volvióse el causante del mismo, y al verla tambalearse, hincó una rodilla en el suelo y exclamó:

—“Perdona, fermosa doncella, al más torpe y ruin de los caballeros, que no ha sabido prever ni adivinar la aparición de la más bella y dulce señora, la sin par Dulcinea del Toboso, siempre dueña de mis pensamientos. Yo...”

La Srta. Dulcy, en espíritu transformada en la rústica Aldonza Lorenzo, interrumpióle irritada, dándole un manotazo que casi lo hizo caer:

—“¡Malhaya el tío éste! ¡Está más ciego que un topo y más loco que una chiva! ¡Búsquese vuestra merced un lazarillo o, a la próxima vez, le daré con el almocafre!”

Una ruidosa carcajada de la Srta. Mary, ya repuesta de su inicial estupor, cortó el diálogo y la escena al romperse el hechizo. Alonso, de nuevo convertido en el tímido inepto de siempre, miró, azoradísimo, casi sin ver; púsose apresuradamente los anteojos y huyó por el pasillo en dirección a la calle, bajando los escalones de tres en tres.

La Srta. Dulcy, terriblemente trastornada y asiéndose la cabeza entre las manos, vacilante buscaba una silla. La Srta. Mary, aun riéndose, le acercó solícita un taburete, en el cual dejóse caer Dulcy sollozando.

Su amiga, al verla en tal estado, cesó de reír y le preguntó con curiosidad y un tanto desconcertada:

—¿Qué te ha ocurrido, Dulcy? Creí que te ibas a desmayar después de decir tantas tonterías. Yo, al principio, pensé que le estabas tomando el pelo a ese loco que se expresaba como tu soñado caballero andante. Pero ¿qué te ha sucedido después de irse ese ridículo?

—¿Ridículo? —alzó la cabeza, indignada, Dulcy—. ¡El ridículo, únicamente, lo será tu novio!; ¡Ese niño-mambo sí que es ridículo y superficial, todo fijador y sonrisitas de anunciar dentífricos!

La Srta. Mary enrojeció y la miró muy ofendida; pero después le respondió con calma:

—Desde luego, más vale que te deje y no te haga caso. No sé si es porque eres una histérica o una cursi rematadamente tonta.

Y, sin decir más, retiróse del lado de Dulcy, fue a su sitio y comenzó a escribir a máquina con aire muy digno.

Capítulo VIII

El accidente

En la puerta de calle de la Casa Sánchez & Hijos platicaban dos mujeres, ya entradas en años. Una de ellas tenía un hermoso dogo sujeto con una correa; la otra llevaba una bolsa repleta de hortalizas y de otros comestibles. Escuchemos lo que decían.

La de la bolsa de hortalizas:

—¡Pues, sí, hija! ¡Es que hoy todo el mundo tiene un afán por salirse de su tiesto! Porque, fíjate: la conserje de mi casa quiere que su hijo vista como el de un potentado, y ¡hasta ella misma! Cada vez que sale la verás con su vestido de “glassé”, con sus medias *nylon* con sus zapatos nuevos y con sus uñas laqueadas. ¡Es que no sé adonde vamos a ir a parar; ella... que vino a la casa descalza y con el vestido roto!

—¡Hay que ver, hay que ver! —asentía la del perro. Éste, de vez en cuando daba un tirón de la correa—. ¡Quieto, *Fristón!* A este perro lo voy a tener que sacar a la calle con más frecuencia, porque está de inquieto que no puedo con él.

En este momento salía Alonso a todo correr. El perro, que lo vio pasar ante sí huyendo, dio un fuerte tirón de la correa y, al verse libre, se dio a perseguir al fugitivo ladrando furiosamente.

—¡Ah! ¡Eh! ¡*Fristón!* —exclamó, alarmada, la dueña del perro—. ¡Quieto, *Fristón!* ¡Oh, válgame Dios! ¡Se escapó! ¡*Fristón*, ven aquí! ¡*Fristóoon!*

Pero *Fristón*, ahincado en la caza emocionante, no oía sus gritos. Alonso, delante de él, corría por la acera, y al sentir la amenazadora proximidad del dogo intentó cruzar la calle, con tan mala fortuna que saltó a la calzada en el momento en que una motocicleta pasaba a toda velocidad, la cual, aunque lo rozó ligeramente a su paso, arrojólo con violencia al pavimento, haciéndole dar varios tumbos y volteretas, ocasión que aprovechó el can, al verlo derribado, para hincarle el diente en la parte menos huesuda de su enteca anatomía y arrancarle, de una sola dentellada, un buen trozo de su raído pantalón.

Su dueña, que llegaba jadeante y sofocada al lugar de este rápido episodio, pudo, por fin, gritar imperiosamente:

—¡*Fristón*, aquí! ¡Ven aquí!

Fristón, inclinando la cabeza y con las orejas gachas, acercóse a su ama hasta quedar a sus pies moviendo el rabo lentamente, pero sin soltar el trozo de pantalón de Alonso, que parecía conservar como un trofeo. Éste, entre tanto, terriblemente molido y casi sin poder incorporarse, buscaba sus lentes, a tientas, por el suelo.

La gente se arremolinó haciendo los más variados comentarios. Otras personas, más compasivas, le ayudaron a levantarse y le dieron los lentes, rotos.

Esta fenomenal baraúnda atrajo la atención de un cura que salía de su casa, quien se acercó al lugar del hecho y, con gran sorpresa por su parte, pudo comprobar que el causante de todo había sido *Fristón*, el perro de su ama. Inmediatamente tomó todas las disposiciones para trasladar al magullado Alonso a su casa, mientras le obsequiaba con una severa reprimenda al ama.

Alonso fue llevado entre dos hombres a la casa del cura. Le desnudaron y lo metieron en la cama. Y mientras el cura, aun refunfuñando contra el ama, daba a ésta instrucciones para curar al herido en tanto que venía un médico, Alonso comenzó a lamentarse a media voz:

—¡Qué desdichada suerte la mía! ¡No encuentro más que golpes y sinsabores! ¡Y sobre todo ahora, que he conseguido encontrar un buen empleo, me asaltan estas estúpidas manías de Quijote en los momentos más inoportunos! ¡Y precisamente ha de pasarme ante el jefe, ese buen hombre que veo convertido en un Sancho Panza! ¡Pero es algo que no puedo evitar! ¡Ay de mí! Si había de volverme loco, ¿por qué no me ha sucedido antes? ¡Esto no puede repetirse o, de lo contrario, me veo en la calle! Bueno, ¿no lo estaré ya?

—¿Qué dices, hijo mío? —le preguntó el cura acercándose a él.

—Nada, Padre; es que me encuentro enfermo y me imagino las cosas más absurdas.

—Dime lo que te ocurre; tal vez yo pueda ayudarte.

—Mucho lo dudo, Padre. Creo que padezco de alguna clase de debilidad cerebral, y veo visiones. A veces me creo otra persona, y hasta me parece que hablo en voz alta, para decir grandes disparates.

—Bien, bien. Cuéntamelo todo —insistió el cura—. ¡Quién sabe si yo puedo señalarte el remedio!

Alonso, muy afligido, fue relatando al cura su vida y los hechos ya conocidos. Éste le escuchaba pacientemente, y cuando terminó, le dijo, paternal y bondadoso:

—En efecto, en efecto. Esa manía y esas alucinaciones tuyas tienen su origen, probablemente, en la prolongada falta de alimentación que has padecido. Pero eso ya no deberá preocuparte más. Y, para tu tranquilidad, yo hablaré con el Sr. Sánchez, que es amigo mío, y espero que él te dará unos días de permiso para que puedas reponerte bien antes de comenzar tu trabajo. Y no te preocupes, que estás en tu casa. Descansa ahora. Dentro de unos minutos vendrá el médico y te fijará un plan curativo eficaz. Te pasará todo. Pero, de momento, procura dormir. Tranquilízate; yo lo arreglaré todo.

Y salió de la estancia.

Una vez solo, algo más sosegado, Alonso fue cediendo a un lento sopor que le invadía, anublandole los sentidos. No tardó en dormirse.

Pero muy pronto empezó a respirar fatigosamente.

Con el delirio de su conmoción, Alonso sintió agigantársele en el pecho el “toc-toc” de su corazón, que subía en un crescendo espantoso, resonándole como dos tambores. Sentíase morir.

Y vio entonces un cuadro horripilante:



En un fondo tenebroso, únicamente alumbrado por alternos relámpagos cegadores de las bombas de hidrógeno, complacida,

la Muerte contemplaba a dos hombres de casco y careta, que personificaban dos mundos. Dos mundos que iban a exterminarse, sin remedio, con unas armas extrañas, especies de fusil-jeringuilla: ¡era la guerra atómica, bacteriológica y de gases!

Él estaba tumbado a la orilla de un río de sangre, trasudando de angustia, y aterrizó cerca de sí un platillo volador. De la fantástica aeronave salió aquel joven desconocido que él encontrara al lado del puente. Vestido como un seminarista acercóse a él, y con grave entonación comenzó a recitarle los versos siguientes:

Escucha ese son...

Escucha ese son, hermano...;
escucha y mira sin miedo.
No debe asustarse el hombre
que desafía al Eterno

¿Quién se rió de la Vida?
¿Quién blasfemó contra el Cielo?
¿Quién se ufano de saberse
las leyes del Universo?

¿Por qué estás temblando ahora?
¡Se ha tornado rojo el suelo!
Momias vestidas de blanco
galopan por el desierto.

Y las Parcas, en triángulo,
juegan un ping-pong siniestro

La golondrina ha enlutado
su blanco vientre de negro.
Y por los aires redoblan
atabales agoreros

¡Son los tam-tams de la Muerte
que preceden su cortejo!

Capítulo IX

Las vacaciones

Cuando entró en el despacho el cura, encontró al señor Sánchez con la cabeza hundida en el pecho y los brazos caídos. Su aspecto era el del hombre que hubiera despertado de un sueño terrible.

El cura sentóse a una amable indicación del señor Sánchez, y comenzó así:

—Siento el venir a interrumpirle su trabajo. Y espero de su bondad que me perdone la intromisión y, aun más, que me atienda en un señalado favor que voy a pedirle.

El Sr. Sánchez, serenándose, le contestó:

—Usted no me interrumpe, Padre Pérez, y sabe que su visita me es siempre grata. Y con respecto al favor de que me habla, tendré mucho gusto en hacérselo, si está a mi alcance.

—Muy agradecido —dijole el cura; y prosiguió—. Tengo en mi casa a un desgraciado que acaba de sufrir un accidente. Este accidente lo ha provocado el perro de mi ama y, con tal motivo, yo, en cierto modo, me considero también responsable de ello.

Hizo una breve pausa, y continuó:

—Este hombre se llama Alonso Quijénez.

—¿Alonso? —le interrumpió, sobresaltado, el señor Sánchez.

El cura, dulcificando la voz:

—Sí; Alonso. Sé que usted lo ha tomado a su servicio ayer; pero este pobre muchacho está un poco enfermo a causa de las penalidades sufridas, y necesita un descanso de varios días, con un buen régimen, para que pueda restablecerse.

Yo he tomado a mi cargo la tarea de cuidarle y de restaurar su salud, muy quebrantada, como le digo, por las privaciones, y últimamente por el suceso que ha motivado el que lo llevara a mi casa, y allí lo tenga bajo observación médica.

Y entonces el Padre Pérez relató al Sr. Sánchez el percance de Alonso con el dogo.

—Ahora, el favor que le pido a usted es que disculpe a ese joven, si ha cometido alguna inconveniencia en la oficina. Y que le conceda unos días de permiso para reponerse. Él le está muy agradecido a usted por sus bondades, pero, le repito, su estado de salud no es bueno. Y a él le preocupa mucho su falta al trabajo, recién admitido. Usted me entiende. ¡No me negará usted el favor de darle unos días de licencia! ¿Verdad, señor Sánchez?

—¿Cometer él alguna inconveniencia en la oficina? —y le miró un momento, intranquilo—. No; ninguna, ninguna. Y no es solamente que no me opongo a su petición, Padre, sino que accedo a ella con verdadero placer.

Pareció meditar un momento. Luego prosiguió:

—Dígale a ese muchacho que puede reposar tranquilo. “Más vale doblarse que quebrarse”. Precisamente, también es fácil que yo me tome unos días de vacaciones, porque ya me voy sintiendo algo abrumado por el trabajo incesante. Dejaré mis asuntos en manos del personal de la oficina y haré un corto viaje con Juana Teresa y los chicos.

—¡Muchas gracias, señor Sánchez —díjole el cura—: yo sabía muy bien que usted escucharía mis ruegos!

—De nada, Padre. No las merece. Y por cierto que sus palabras me han afianzado en la idea de tomarme yo otro descanso.

—¡Y bien merecido, hijo! —añadió el cura—. No es extraño que el Cielo le favorezca, puesto que además de su infatigable capacidad de trabajo sabe practicar la virtud de la caridad.

—Gracias, Padre. Y ya sabe usted que siempre estoy a su disposición.

—Que Dios le dé mucha salud y suerte, hijo mío. Voy a darle la buena noticia a ese desventurado. Quede usted con Dios, señor Sánchez.

—Que Él le acompañe, y hasta la vista, Padre Pérez.

Fue con él hasta la puerta, y cuando éste desapareció pensó para sus adentros:

“¡Yo sí que estoy enfermo! ¡Sin duda, asusté al pobre muchacho, y salió a escape de aquí! ¡Qué manera de ver visiones! No tengo más remedio que descansar, o acabaré en un manicomio. Bien: nos iremos a una playa. Teresa, Sanchico y Mari-Sancha disfrutarán mucho. Por mi parte, yo podré pescar.

Al salir de su despacho, el Sr. Sánchez vio venir a su encuentro al contable.

—¿Qué desea usted, señor Thomas? —le preguntó.

Éste le contestó:

—Escuche, señor Sánchez; yo deseo hablarle de ese joven, ese tal Alonso...

—¿Cómo? ¿De Alonso dice usted? ¡Ya sé! ¡Ya sé! Salió corriendo. Bueno... pero con mi permiso. ¡Le ruego que ni usted ni nadie se ocupen de él! ¡Cada uno a su trabajo!: “Más vale buen callar que mal hablar”. ¡Ea! Ya les daré instrucciones, porque pienso tomarme unos días de descanso.

Y salió andando. El Sr. Thomas quedóse unos momentos completamente desconcertado, y después reintegróse a sus libros mascullando algo.

Capítulo X

En casa del cura

Seis días llevaba Alonso en casa del cura sometido a toda clase de cuidados. Mucho había mejorado en este tiempo. Ya sus molidos huesos iban encontrando alivio, paz su espíritu y hasta volvía un poco del color largo tiempo ausente de sus mejillas.

Estaba recostado en la cama, y sentadas cerca de la misma encontrábanse la Sra. Petra —nombre del ama— y su amiga la Srta. Rodríguez, quien llevaba la bolsa de las hortalizas el día del desgraciado accidente. Entre ellas, de pie, hallábase Antoñita, la sobrina del cura.

La Srta. Rodríguez había venido a interesarse por la salud de Alonso, y llevaban las tres largo rato acompañando al enfermo. La Srta. Rodríguez había hecho derivar la conversación hacia el Sr. Sánchez y su esposa, tan felices, y comentaba que ella también sería muy feliz si tuviese mucho dinero, porque, aseguraba, solo los ricos pueden serlo.

La sobrina del cura parecía convenir en que a ella no le disgustaría la fortuna; pero ante todo prefería un novio que fuera buen mozo y la quisiera mucho.

—¡Ah, pues yo no! —dijo la Srta. Rodríguez, solterona maestra, con cincuenta años sobre las espaldas—. ¿No lo cree usted así, señor Alonso?

Alonso contestó a la Srta. Rodríguez:

—Yo creo que la felicidad no la da el dinero. Mala cosa es carecer de él hasta para lo más indispensable. Esto es, indudablemente, un poderoso motivo de infelicidad, y hasta puede arrastrar a los últimos límites de la desesperación. No obstante, mantengo la creencia de que el dinero por sí solo es poca cosa. Es más, casi siempre es causa de infelicidad.

—¡No me diga, señor Alonso! —le interrumpió la maestra—. ¡Si yo tuviese fortuna sería la más feliz de las mujeres!

—Sí, señorita Rodríguez —continuó Alonso—. Reconozco que usted sería muy feliz si de improviso la fortuna llamara a su puerta. Eso es evidente. Y la razón es, porque los ricos verdaderamente felices son los de nuevo cuño. Los ricos por tradición y herencia viven casi siempre amargados por un terrible aburrimiento.

—¿Los ricos aburridos? —incrédula, interrumpióle nuevamente la Srta. Rodríguez—. ¡Si son los que más disfrutan de la vida!

—Así lo cree usted. Para mí, sin embargo, unos, los “in mente” se acusan de parásitos, tratan de acallar la voz de su conciencia creando instituciones benéficas, o bien ocupando su estéril tiempo en diversiones, sin lograrlo; y otros, los que se complacen en ser el eje del mundo, viven en continuas preocupaciones, invirtiendo sus fondos en el comercio, en las altas finanzas o impulsando nuevas industrias. Éstos cumplen mejor con la privilegiada posición social que ocupan porque dan trabajo; mas no lo hacen, generalmente, por incrementar la riqueza de los pueblos, sino por aumentar indefinidamente la suya. Y estos hombres, atacados por la fiebre del dinero, y casi siempre ensoberbecidos, no son felices; en su pecado llevan la penitencia: están llenos de toda clase de incertidumbres y temores a las mil contingencias que puedan causarles una pequeña pérdida, y en todo momento se hallan dominados por el ansia de tener más, de duplicar su capital, de triplicarlo.

Se creen más que nadie porque son los dueños materiales del mundo, y desprecian los bienes del espíritu. En rigor, no son más que unos pobres esclavos de su fortuna: solo viven para el dinero, y en la hora de su muerte se sienten los más desdichados, porque han de dejar, irremisiblemente, en la tierra lo que fue el único motor de su vida, en la cual no supieron descubrir que “no es más rico el que más caudales tiene, sino el que menos necesita”. Así es cómo la mayoría son unos pobres millonarios, ya que la auténtica riqueza, la que puede dar felicidad, es la riqueza de ilusiones y la facultad de soñar.

La única clase de ricos verdaderamente felices son los ricos recientes, porque los nuevos bienes adquiridos les permiten ocupar una posición y gozar de una serie de comodidades desacostumbradas, capaces de colmar todos sus afanes. Pero al cabo del tiempo, cuando su fortuna deja de serles una novedad y pasan a ser, como los anteriores, ricos consuetudinarios, caen en la misma melancolía, temores e incertidumbres que los otros.

Yo creo que buena salud, optimismo y una posición modesta, pero libre de agobios económicos, es lo más prudente y lo mejor. Y, además, opino que así, ni envidiado ni envidioso, la verdadera felicidad se encuentra haciendo algún bien a los demás.

—¡Bah, bah, bah! Rieles de ilusiones para pasear por el mundo en el tren barato de los consuelos pobres —le atajó la maestra—. ¡No soy de su parecer! ¡Yo estoy en lo positivo! Yo sé muy bien que estaría hecha un sol si fuera rica. ¡Y eso que a mí no me ha faltado nunca un pasar decente! ¿Verdad, señora Petra? No como esa piojosa de mi conserja, que vino con los zapatos rotos y ahora va hecha una señora. Y es que, como está el marido fuera hace unos meses, debe andar en muy malos pasos. ¡Sí, señor; eso es! ¡A mí no hay quien me lo quite de la cabeza!

—¡Uy, qué disparate! —rió la sobrina del cura—. ¡Pobre señora!

—¡Sí; tú la defiendes porque le tienes echada la vista a su hijo Leonardo! —le increpó la Srta. Rodríguez—. Pero a mí me consta que no es trigo limpio. Y si no, dime: ¿de dónde saca tanto dinero?

El tono inesperadamente agresivo de la maestra cortó la risa de la muchacha, que le contestó muy seria:

—Pues yo sé de dónde saca el dinero: su marido se ha asociado con un señor que conocía, y han montado un negocio lejos de aquí.

—¿Un negocio y no me he enterado yo? —repuso, incrédula y burlona, la Srta. Rodríguez.



—¡Sí, un negocio! —afirmó Antoñita—. Ella no se lo ha dicho a nadie porque piensa dejar la conserjería; pero antes quiere tener la seguridad de que está afianzado el negocio de su marido. Yo he ido con ella a recoger el dinero que él le manda por medio de un banco.

—¡Ya, ya! ¡Por algo digo yo que tú no sales de su casa! ¡Y todo por ver si atrapas a su hijo! —gritóle la solterona.

Alonso terció, mientras la chica enrojecía:

—Señorita Rodríguez: ya ve usted a dónde va a parar con aventuradas afirmaciones maliciosas. Tenga presente que lo mismo puede ocurrirle con lo que le dice a la muchacha.

—¿Maliciosa yo? ¡Habrás visto insolencia!

—No, señorita —continuó Alonso, esforzándose por contener su indignación—; pero, con todos los respetos, quisiera decirle que si habla siempre así, aparecerá en todas partes como una imagen de la Envidia o de su hermana la Calumnia.

—¿Se da usted cuenta, señora Petra —exclamó furiosa—, de lo que dice este desgraciado vagabundo, muerto de hambre? ¡El grosero! ¡No merece la suerte que tiene! ¡Y pensar que la gente de bien se ocupe de él! ¿Qué se habrá creído?

El ama quiso suavizar la situación:

—Pero, señorita Rodríguez, ¡si él no ha querido ofenderla! Ya sabe usted que la apreciamos.

—¿Apreciarme? —y se levantó con soberano desprecio—. Bien dicen que “quien da pan a perro ajeno, pierde pan y pierde perro”. ¡Pero eso lo debía tener presente quien yo sé!

Y añadió, sacudiendo la cabeza y arrugando el hocico:

—¡Y luego dice que el dinero es poca cosa! ¡Él sí que es poca cosa!

Después, dirigiéndose a la Sra. Petra, mientras llegaba a la puerta:

—Ya le diré a usted las andanzas de esa mocosa, soleta y deslenguada.

Y, muy estirada, salió.

Capítulo XI

El secreto de Antoñita

Los tres se miraron un momento. Después, la señora Petra apuntó:

—No le haga usted caso, Alonso. Es un poco larga de lengua, pero no es mala en el fondo.

—¿Que no es mala? —le cortó vehementemente la muchacha—. Pues ya le tiene dicho a usted mi tío que no quiere verla por esta casa, a pesar de que él es indulgente por naturaleza.

—No se preocupe, señora Petra —terció tranquilamente Alonso—. Yo estoy acostumbrado a que me traten así. Y ahora —dirigiéndose a la muchacha— explícale a la señora Petra lo que la señorita Rodríguez le piensa decir, porque ella se lo contará con veneno.

—¿Yo? Pero... ¿usted sabe?

—Yo no sé nada; pero tu sonrojo dice algo, y, no obstante, yo aseguraría que no es nada de que puedas avergonzarte.

—Tiene usted razón —respondió Antoñita, bajando la cabeza—. La verdad es que, desde hace tiempo, cuando llegó esa señora a la conserjería, intimamos, a pesar de la diferencia de edad. Casi siempre he estado junto a ella, y ahora, últimamente, yo creo...

Y se interrumpió, poniéndose como la grana.

—¿Qué crees? —inquirió Alonso—. ¿Que su hijo te ama en silencio, como tú a él?

—¿Quién se lo ha dicho? —exclamó a su vez, sobresaltada.

—No me lo ha dicho nadie; se te lee en los ojos.

—¡Ojalá fuera así! —suspiró Antoñita—. Aunque —añadió, pensativa—, sí. Tengo esa impresión; pero al tiempo parece como que me huye, y que unas veces me mira huraño, y otras, si hay algún amigo con él, hablan de otras chicas para reírse de ellas, y eso me hace mucho mal.

—Y tú, ¿qué dices y qué haces?

—Pues cuando está alguna amiga conmigo, delante de él, hablo de otros chicos y los trato por el estilo.

—Y él, ¿qué hace entonces?

—Dice una impertinencia y se va.

—Bien, Antoñita —la tranquilizó Alonso—; no te inquietes. Eso va bien. Es el eterno juego. Hasta que os enfrentéis y, si sois francos, lo cual adivino, terminaréis siendo novios, y después, marido y mujer.

—¿Usted lo cree así, señor Alonso? —preguntóle, esperanzada.

—Sí, muchacha, sí. Eso es lo corriente.

—¡Oh, qué cosas dice usted! —terció la señora Petra.

—No digo más que la verdad. Su caso es el más sencillo: es el inocente juego de los achares juveniles. Bastante peor es el caso, más corriente, de la inmensa mayoría de los jóvenes de hoy. Imbuidos de estúpido narcisismo o de grosero materialismo, según influencias del cine, de ciertas lecturas o de las novelas radiadas, tanto ellas como ellos, adoptan la peor de las posturas para llegar a entenderse; y así, sucede que ellas, cuando son las más ingenuas, se fingen terribles o despreocupadas “vampiresas”, adoptan actitudes estudiadas de las protagonistas del cine malo, y dicen muchas cosas que, aunque no las hacen ciertamente, les perjudican mucho a los ojos de sus

presuntos compañeros; mientras, las no ingenuas fingen este papel de maravilla.

Por su parte, ellos, no menos estúpidos, se las dan de hombres corridos y sapientes cuando aun no han salido del cascarón, y fantasean por todo lo alto en su papel de aprendices de tenorio, tratando de imitar a los más irresistibles galanes del mismo cine malo. La consecuencia de tanta burda falsedad es que entre ellas y ellos existe, entre puyas y malicias, una mutua desconfianza y una hostilidad sorda, cada día más y más acentuadas, las cuales no impiden que pasen mucho tiempo juntos y que alternen ahora como nunca; que permanezcan en los bailes hasta la madrugada y que compartan domingos de campo o de playa. Jamás estuvieron los jóvenes y las jóvenes tan juntos como ahora, pero nunca se han estimado menos ni se han llevado peor. Y es porque, en precoces afanes, se aperciben antes de sus defectos, aparentemente aumentados, que de sus cualidades, también aparentemente disminuidas, superficialmente empequeñecidas.

—¡Qué bien habla usted, señor Alonso! ¡Y yo, que le creía tan tímido! —exclamó la sencilla Antoñita—. ¿Y usted cree que se me declarará pronto Leonardo?

—Eso depende de ti —sonrió Alonso—. Tu habilidad es la que tiene que darle a él la seguridad de que no le vas a rechazar cuando lo haga. Se ve que él es de la especie de los tímidos. Al ser así, teme que puedas burlarte de él, como tú también temes que se burle de ti, y ninguno dais el paso decisivo. En esta situación, ambos vivís en .la incertidumbre de la expectativa. Y menos mal que no habéis llegado a esos extremos del mal gusto y de la excentricidad en que recaen otros jóvenes.

—¡Ay, qué feliz me hace usted con sus palabras! —suspiró Antoñita—. ¡Y qué verdad es todo lo que me ha dicho!

—¡Toñi! —la reconvino el ama—. ¡Esas cosas no las dicen las muchachas decentes!

—Déjela —intervino Alonso—. Esas ilusiones de la juventud son el prelude de una vida feliz. ¡Desgraciadas de aquellas que, como la señorita Rodríguez, tienen vacío el corazón, porque los años acaban por llenárselo de hiel, y su vida es un infierno!

La Sra. Petra se levantó y llevóse con ella a la sobrina del cura para dedicarse a los quehaceres de la casa. Cuando salieron del dormitorio, Alonso comenzó a reprenderse:

—¡Ay, Alonso! Mal camino llevas; tú no debes hacer otra cosa que ver, oír y callar. Ya has cedido una vez más a ese impulso entremetido subconsciente que te incita a dirigir vidas ajenas. ¡Y no sabes gobernar la propia! ¿Cuándo aprenderás a no meterte en nada?

Y continuó:

—Pero, ¡es extraño! En tales momentos hablo como si me dictaran las palabras, y casi en contra de mi voluntad, porque, ¡a mí no me conviene proceder así ni crearme enemistades! ¡No, no me conviene! ¿Es que no me han bastado las tristes experiencias vividas?

Capítulo XII

La fiesta de sanchico

Una apacible mañana en que, desde el balcón, Alonso contemplaba el endiablado ajeteo de la calle, posando alguna que otra vez su mirada sobre el sitio donde fuera arrollado por la motocicleta, llegó hasta él Antoñita y le avisó:

—Señor Alonso, le llaman por teléfono.

Alonso acercóse al aparato y tomó el auricular.

—¿Quién llama? —preguntó.

Y una voz juvenil, desde el otro extremo del alambre, contestó:

—Soy Sanchico, el hijo del señor Sánchez.

—¡Hola! ¿Qué tal? —le saludó Alonso—. ¿Ya regresaron ustedes de las vacaciones?

—Pues todos bien —escuchó—. Sí, ayer llegamos. Y usted, ¿cómo se encuentra?

—Yo estoy mejor —respondió Alonso—, muchas gracias.

—Me alegro —y continuó Sanchico—: Le llamo porque hoy cumpla quince años, y hemos organizado para esta noche una fiesta a la cual asistirán, además de mis amigos, todos los empleados de la Casa. Precisamente, por este motivo regresamos ayer. De modo que le llamo para invitarle también a usted. Es a las cinco, en nuestra casa.

—¡Ah, muy bien, y felicidades! ¡Y agradecidísimo! ¡No faltaré! Adiós.

Y Alonso, entre tímido, inquieto y jubiloso, colgó el auricular. Se puso a pensar en sus preparativos. Ahora había llegado el momento de estrenar el traje que le regalara el Padre Pérez, en compensación de aquel otro raído cuyo pantalón despedazaran, veinte días antes, los agudos colmillos de *Fristón*.

Durante el almuerzo, el cura hizo muchos elogios del Sr. Sánchez, siempre considerado con su personal, y Alonso, del mejor grado, asentía. “¡Hay que conservar el puesto!”—pensaba.

Después de la sobremesa, Alonso vio pasar nerviosamente la tarde, hasta que llegó la hora señalada. Entonces, con su nuevo traje, emprendió el camino de la quinta de su jefe.

Desde la cancela del jardín se percibía el bullicio del interior. Para cerciorarse, Alonso preguntó a un vecino si vivía allí el Sr. Sánchez. El desconocido, señalando el edificio más allá del jardín, le contestó:

—¡Sí; ese señor creo que tiene mucha plata, pero solo dos hijos, según la moda de estos tiempos! Y, ¿cómo no?, se lo gasta en fiestas.

Alonso atravesó la entreabierta cancela y el jardín. Cuando asomó la nariz y los lentes desde la puerta del amplio vestíbulo, procurando vencer su timidez, lo encontró lleno de gente; gente joven, en su mayoría. También se hallaban casi todos los empleados de la firma.

El indeciso Alonso entró, dirigiéndose en seguida hacia la señora de Sánchez, que estaba entre sus dos hijos. La saludó, cortada y cortésmente, así como a Mari-Sancha y a Sanchico, y felicitó a este último. E interesóse por las pasadas vacaciones de la familia Sánchez, de las que parecían venir encantados.

—Mi esposo —le dijo la señora de su jefe— ha vuelto muy satisfecho, pues cree que le han hecho un gran bien. ¡Por fin me hizo caso!

—Lo celebro mucho —le contestó el empleado—. A mí también me han beneficiado grandemente las que su esposo me concedió, las cuales no sé cómo agradecerle.

Pero le dejaron con la palabra en la boca. En aquel momento llegaban la Srta. Dulcy y el Sr. Thomas. La dueña de la casa y sus hijos salieron a su encuentro, y la Sra. Teresa les anunció, después de los saludos:

—Llegan ustedes a tiempo. Vamos a merendar ya, porque mi esposo hubo de salir esta tarde a una reunión importante y tendremos que pasarnos sin él.

Efectivamente, en el gran salón habían preparado una magnífica merienda. Agolpáronse los invitados frente a la mesa del bar. De allí comenzaron a salir camareras con bandejas llenas de licores y de montañas de emparedados. Repartida su carga entre los invitados, éstos se aplicaban con empeño a trasegar bebidas y a hincar el diente en medio de la mayor euforia.

Alonso, que sentado en un rincón comía y bebía de todo lo que le iban dando, veía a Sanchico, rodeado de amigos y amigas, como a un serafín en el centro de un mundo revestido de insospechados tintes placenteros.

Un grupo de músicos, vestidos con blusas y pantalones brillantes, iniciaron los acordes de una danza moderna. A su ritmo, en veces frenético y otras más lento y melodioso, movíanse las parejas por delante de Alonso, muy ocupado en masticar su último bocadillo.

Súbitamente llegóse a él una camarera: el Sr. Sánchez había llegado a recoger a su esposa, que, hechos los honores a los jóvenes, prefería marcharse con él a otra fiesta de mayores.

—El señor Sánchez pregunta por usted. Está en la puerta de la calle —le anunció la doncella.

Alonso salió, azoradamente, a saludar a su jefe.

Lo halló esperando en su auto. Mutuamente interesáronse por la salud, y el empleado, con mucha cortedad, manifestóle al Sr. Sánchez su agradecimiento. Luego que la señora hubo subido al coche, el director le dijo a su empleado:

—Créeme, Alonso, lo mucho que me place tu mejoría. Ahora, en cuanto estés bien del todo, ya sabes que te aguardo para continuar el trabajo.

—Muchas gracias, señor Sánchez —le contestó éste—. ¡Adiós!

—Hasta la vista, muchacho.

Y el auto arrancó, dejando solo al empleado.

Un confuso tropel de ideas inconcretas acudieron a su mente. Hizo un esfuerzo por ordenarlas.

—“Me aguarda para continuar el trabajo” —repetíase mientras volvía sobre sus pasos—. “Continuar... sí; continuar el trabajo”.

Y desde la cancela empezó a caminar lentamente por el paseo central del jardín, mientras el curso de sus ideas acelerábase como en un torbellino:

—“¡Continuar, continuar el trabajo!”.

Tomó la vereda que, entre tamarindos, conducía al cenador, ya casi sumergido en la penumbra de la tarde moribunda. Al llegar a la puerta de éste, oyó unos como suspiros y palabras entrecortadas que salían del interior.

Apenas le dio tiempo de entrever algo que interrumpió sus pensamientos y lo llenó de gran estupor. Y apenas le dio tiempo porque, rápidamente, dos figuras habían salido corriendo, y de un brusco empujón le hicieron rodar por el suelo.

A pesar de la acometida, el atropellado Alonso pudo darse cuenta de que eran el Sr. Thomas y el botones de la firma.

Se incorporó con una indefinible sensación de asco y de indignación contenidas. Recogió los lentes y se los guardó en el

bolsillo; como un huso enderezó su cuerpo, hinchó el pecho de aire, y con paso firme atravesó el jardín. Traspuso el porche y entró en la quinta. Llegó hasta el salón y, estirado, con la cabeza muy alta, avanzó hasta los músicos, haciéndoles imperiosas señas con los brazos para que interrumpieran su alegre trabajo.

Acallada la música, hízose un expectante silencio, y los bailarines detuviéronse con aire sorprendido. Todas y todos rodearon con gran curiosidad a Don Quijote —pues él había resurgido en el cuerpo de Alonso, anulado éste mentalmente—, quien, ceñudo y en tono increpatorio, comenzó:

—“Oídme todos con atención: ¡jóvenes gamberros y bu-tiondos, envejecidos sin vivir, decrepitos de espíritu, que eludís enfrenaros a la verdad en la vida, que os amparáis en la fri- volidad y os inclináis al vicio! ¡Despertad de vuestros errores y no temáis a la realidad; pues será mucho más funesto seguir ignorándola y abrir los ojos demasiado tarde!

“Sois muy jóvenes aun, pero ya habéis iniciado vuestro paso en la vida por el camino, al parecer, más fácil y placentero: el de la evasión de la realidad auténtica por vuestra dedicación a lo intrascendente y trivial, combinado en dosis más o menos subidas con la indolencia, el vicio en sus múltiples formas y la ausencia de sencillez, de respeto y de humanidad.

“¡Yo os conozco bien, jóvenes de hoy! ¡Sois semejantes a una piara de cerdos refocilándose, satisfechos e inconscientes, en la ciénaga de una charca pestilente! ¡Sois una materia de- leznable y putrefacta, aunque tal vez vosotros no tengáis toda la culpa! —y miró de reojo al contable—. ¡Pero como no tengo otra a mano, habré de resignarme a tomar este material hu- mano prematuramente corrompido, para purificarlo en el cri- sol de la gran cruzada que ha de salvar al mundo desquiciado, forjando otro mejor!

“¡Menos bailes estúpidos y más reflexión! ¡Al diablo la música mala, concebida únicamente para un momento, y esas

danzas epilépticas de posesos, por el erotismo intencionado de su ritmo, único, aunque no buen hallazgo de esa música!

“¡Más cabeza, muchachos; más cabeza! ¡Recapacitad e iréis conmigo hacia la más grande empresa de todos los siglos! ¡Inflamad vuestros corazones con el orgullo de la noble misión a que habéis sido destinados! ¡El trabajo que os espera duro es, pero reivindicador para vuestros espíritus!”

Capítulo XIII

Controversia

El auditorio juvenil, los empleados del Sr. Sánchez y los músicos escucharon la arenga de Don Quijote mientras todas las gradaciones del asombro íbanse pintando en todos los rostros a medida que el caballero andante desarrollaba su discurso. Terminado éste, comenzaron a mirarse unos a otros, sin saber de qué sorprenderse más, si de la actitud paladina del improvisado orador, que momentos antes habían visto insignificante, borroso y escurridizo, semiescondido en un rincón, o de sus palabras, que les sonaban tan extrañas y tan fuera de lugar.

Por fin, Fortunato, un joven mofletudo e indolente, hijo de casa rica, tan holgazán como superficial, saltó en tono de zumba:

—Señor mío: yo no necesito trabajar. ¡Sepa usted que mi papá tiene mucho dinero!

Por su parte, Juanito, joven bailarín con ribetes de tenorio, añadió, mirando al orador despectivamente:

—¡Oiga, señor espantagustos: yo creo que podía usted irse a sermonear a otro sitio! ¡Y piense que aquí hemos venido a bailar!

—¡Mirad quién nos llama decréritos! —exclamó, entre risas, el fornido Gonzalo, joven deportista, *record man* de varias especialidades atléticas—. ¡Este ser esmirriado, que no tiene una mala bofetada!

Las carcajadas brotaron a raudales y se generalizaron por la sala.

Don Quijote, en el momento que pudo, tras de imponer otra vez silencio, continuó, mientras paseaba alternativamente la mirada por todos y cada uno de los circunstantes:

—“No me ofendo por nada. Esas risas y esas palabras son la expresión y la confirmación de un criterio hediondo, que ya señalé, y hoy vengo a combatir y a remediar, como primera medida, para después poder articular y nutrir las nuevas huestes de esforzados caballeros andantes, quienes conseguirán, con la limpia acción de su valor, refrenar primero, y evitar después, todos los males del infidente mundo moderno.

“¡Ahora —y miró a las alturas— plegue al Cielo que muy pronto pueda yo ver en vosotros, además de la sincera sencillez que necesitáis, un gran entusiasmo por la campaña de los altos ideales generosos!”

—¡Alto ahí! —le cortó Germán, joven estudiante influido por las teorías políticas revolucionarias—. ¡Se apresura usted mucho al afirmar que no tenemos un ideal! ¡Lo más que puede decir es que no todos están en el camino de la verdad! ¡Pero de eso ya nos encargamos otros! ¡Y ha de llegar un día, no lejano, en el que las masas oprimidas acaben por dar el golpe de gracia al capitalismo agonizante!

Don Quijote interrumpió al joven:

—“¡Tate! ¡Ya salió aquello! Escucha, jovencito: yo hablo de un ideal mucho más elevado que ese tuyo, típicamente materializado en los fanatismos políticos multicolores que dividen al mundo, para enmascarar ciertas luchas de intereses individuales, y hasta de apetitos desenfrenados, bajo antifaces demagógicos. Se trata de algo que habrá de corregir este desgraciado estado de cosas, motivo perenne de guerras en todos los rincones y en todos los ámbitos de la tierra: desde la huelga y el *lock-out* hasta las guerras civiles, y desde éstas a las gigantescas

guerras modernas, de proporciones mundiales y de consecuencias cada día más catastróficas”.

—Entonces —repuso el joven— ¿lo que usted pretende es que cambiemos nuestra mentalidad progresiva, del siglo xx, por la del medioevo? ¿Es que quiere resucitar eso de vestirse los hombres como crustáceos y la bien muerta época del derecho de pernada, la de los autos de fe y de la Inquisición?

—¡No, mi amigo: yo quiero resucitar el espíritu caballeresco, que es todo lo contrario de aquello! Este espíritu coexistía con aquellas bárbaras prácticas de que hablas (aunque habría mucho que analizar en algunas de ellas), y era el único contrapeso que tenían en un mundo que se hallaba en crisis, y el verdadero amparo de los desvalidos.

“Sin embargo, en los tiempos actuales, que se dicen democráticos, pero que en mucho resultan canallescros, existen y se practican, solapadamente, el mismo derecho de pernada y (a la luz del día, y con mayor extensión y daño) los autos de fe y las inquisiciones políticas. Pero les falta su contrapeso, y el único que lo puede ser es el espíritu de la caballería y su esforzada milicia.

“Esa falta de contrapeso a las maldades del mundo moderno es la que yo vengo a subsanar”.

—¡Bah! Esas son doctrinas trasnochadas, señor mío —díjole Germán con una sonrisa—. Abra usted los ojos a la actualidad, y vea que ya vivimos en la época que han alumbrado Marconi, Einstein y otros sabios: de la televisión y de la penicilina. Y que ya existen aviones de retropropulsión con velocidades supersónicas.

—“Sean mis mejores saludos, joven —le interrumpió Don Quijote—, con mis profundas reverencias, para los insignes descubridores de los adelantos del siglo, algunos todavía mal empleados; pero, y bien: ¿qué tienen que ver todos esos señores con los niños *swing* o niños “mambo”, cuando aquellos sabios,

con sus portentosos descubrimientos (para el bien o para el mal), son todo lo contrario de la *swing*?

“El niño *swing* es el zángano que solamente vive en la superficie, porque teme no solo bucear en el fondo de la vida, incluso teme mirar hacia él. Su postura tiene tanto, al mismo tiempo, de egoísta como de cobarde. Deliberadamente huye de los “problemas” de la vida y se abstiene de mirarla cara a cara por no enfrentarse con aquéllos”.

—Reconozco y admito —contestóle seriamente el joven— mucho de lo que usted dice con respecto a la decadente juventud de una época decadente. Sobre todo, lo de los niños *swing*, modernos y vergonzantes vástagos del lechuguino y del petimetre. Más vacíos y más petulantes, si cabe, que aquéllos, y que se creen perfectos y como venidos al mundo para zanganear.

El niño *swing* (al igual que sus predecesores, el pisaverde y el lechuguino) sustenta que el tiempo mejor está en el presente, y que la vida es algo así como un premio gratuitamente ofrecido a ellos.

Pero otros muchos, y yo, creemos, por el contrario, que el tiempo mejor está en el porvenir. Y más quiero advertirle, señor tradicionalista: que hoy, de ser un vagabundo, no me cambiaría, en ningún caso, por un príncipe medieval, y que no admiro, en ningún aspecto, las frías moles de las catedrales ni otras antiguallas. Yo hoy sería un vagabundo más o menos analfabeto; pero caso de ser un príncipe del siglo XII, habría sido, indudablemente, un alcornoque. Y no olvide que si ha de andar la carreta de la historia, es hacia adelante, no hacia atrás.

—“Hijo mío —repuso paternalmente Don Quijote—, no puedo enojarme contigo por tu sinceridad. Tú eres el único que, aunque mal, piensas algo y, por lo menos, te pareces a ti mismo. Y ahora eres así por el ambiente (que siempre pesa), pero no subjetivamente. Estoy seguro de que, pocos años más tarde, si continúas pensando honradamente (pero por tu cuenta), y no

te dejas arrastrar por ciertos prejuicios, te parecerás más a ti mismo realmente, y entonces no serás ese “tú” de ahora, sino un tú más cercano a tu propia individualidad, y que ha de diferir bastante del de ahora. Porque uno no es, en el fondo, como parece en una de las facetas del propio desarrollo. Uno es en el conjunto de todas estas facetas y a través del tiempo.

“Y así es cómo en el individuo nacen, con los días, nuevos criterios. Con los años llegan a verse las cosas a través de una dimensión inédita para la juventud: la profundidad. Las dimensiones vertical y longitudinal ya no bastan para apreciar el animadísimo cuadro de la vida, y entonces todo comienza a medirse por la tercera dimensión: todo se mide en profundidad, tanto en el tiempo como en el espacio, y no solamente en la vulgar apariencia momentánea de las cosas.

“Yo no estoy conforme con el presente, y me has llamado tradicionalista por ello... Y ¿soy tradicionalista? No sé.

“Es cierto que yo, por esa perspectiva de profundidad, me siento continuación biológica, prolongación física y anímica de aquellos guerreros celtíberos y de los bárbaros, tanto arios como árabes. Que oigo vibrar en mis oídos mil ecos remotos y milenarios. Que llevo entre las celdillas de mi cerebro miríadas de ideas, sucesos y leyendas del confuso ancestro humano, y mis ojos conservan el paso de luces y sombras con imágenes remotas de paisajes, dulces o agrestes; de selvas y páramos; de cielos y mares, antevistos hace siglos. Soy entronque de razas guerreras, un día rapaces, pero inquietas y visionarias, siempre poetas. Es tanto como decir que soy un resumen de la humanidad entera, en lo moral y en lo físico. Todos descendéis de mí y yo soy la esencia de todos.

“No puedo renunciar a mí mismo. ¿Cómo dejar de ser parte de lo que soy, si lo soy y lo seré siempre, aun a pesar mío? Esa clase de tradicionalista, sí soy yo. Pero el tradicionalista del convencionalismo huero y caduco, ese personaje fósil de

aquestos tiempos que usted me cree, no. Ese, no. Decir vivan las catedrales porque quiera decir vivan los convencionalismos rancios, no. Yo digo: ¡Vivan las catedrales!, porque quiero decir que viva el espíritu creador y la fe sin límites de aquellos hombres del pasado, afanosos por plasmar como bandera, perennemente, en la dura piedra, con primores de orfebre, el fervor de sus ansias terrenas y eternas, esforzándose por legarnos su fe y mantener viva su esperanza.

“Su fe está en su obra y en el más allá, y su esperanza somos nosotros, sus hijos, como los de las generaciones que nos sigan serán la nuestra.

“Si por eso me llamas tradicionalista, entonces tal vez lo admita, si bien estoy igualmente disconforme con el pasado, aunque admire de corazón ciertas obras y ciertos hechos pretéritos. Pero, desde luego, yo creo que si el pasado fue malo por muchos conceptos, el presente es pésimo. Ahora solamente nos resta creer en el futuro, si el hombre es razonable. Lo cual está por ver.

“Pero tú, querido joven, que me has llamado tradicionalista por recoger lo mejor del espíritu de todos los tiempos, no te das cuenta de que te nutres de doctrinas formuladas hace más de un siglo y que ya evidencian resultar caducas. Doctrinas que establecen y ensalzan el odio más implacable. ¿Quién es el mezquino tradicionalista, y quién es el que discurre con una mentalidad más intransigente, opacada por falsos prejuicios?

“¡Basta ya de siglo XIX gobernando al siglo XX! Ahora soy yo el que dice: ¡ya explotaron bombas atómicas, producto de la física del siglo nuclear, y estamos en la segunda mitad de la centuria! ¡Hay que romper con el siglo XIX definitivamente y construir nuevos moldes! ¡Pero no en pesimistas análisis desarticuladores; antes bien, en síntesis integradora, reconstruir valientemente el mundo con los mejores hallazgos disponibles!

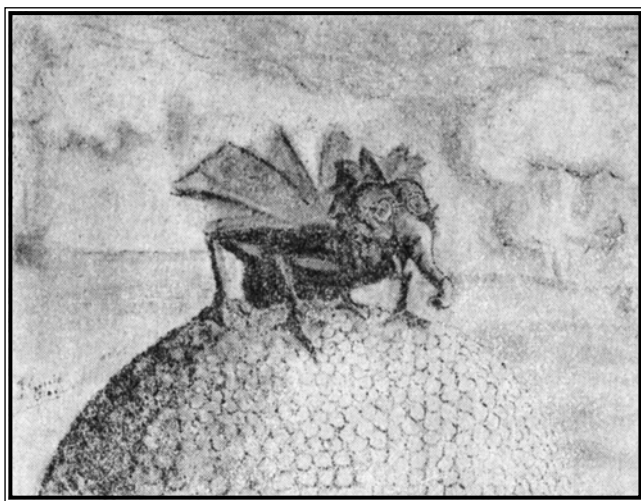
“¡Fe, fe y esperanza: en el hombre, en el mundo y en el destino! ¡Y fe en Dios, sustentada por quienes la profesamos, y

cada cual en su rito o en su lengua, que también puede llegarse a la síntesis religiosa! ¡Integración, confianza, fe!

“¿Cuáles son los males del siglo?: La desintegración, por la desconfianza y la carencia de fe. Hagamos desaparecer estos tres espectros maléficos y. de la noche a la mañana, nos hallaremos ante un mundo nuevo”.

Durante este debate, la Srta. Mary había separado de la discusión a Juanito, a Gonzalo y a Fortunato, y les estaba poniendo en antecedentes de cómo aquel hombre que había interrumpido el baile era un loco con el cual podrían divertirse si lo emborrachaban.

—¡Esa idea es magnífica! —exclamó Juanito— Este buscapleitos ha querido aguarnos la fiesta, pero ahora verá él lo que es bueno: lo vamos a convertir en el *show* de la tarde.



Y pusieron a madurar su plan, mientras Don Quijote seguía enzarzado en su discusión con Germán.

Cuando volvieron junto a éstos, quienes permanecían rodeados por un corro de oyentes, Germán decía:

—Yo, ante todo, quiero recalcarle a usted que todo eso que discurre son cosas apolilladas. La única verdad de hoy es la lucha de clases. Sus concepciones del mundo no cuadran a nuestros días.

—“¿Quién le ha dicho, joven imprudente —le contestó el caballero, exaltándose—, que no cuadran a nuestros días? ¡Esas ideas son eternas! ¡Y hoy, precisamente, el mundo está más necesitado de ellas que en cualquier época pasada! Hoy, que la ciencia moderna ha devenido en un como ser estúpido de automatismo, que se dedica a crear nuevas y complejas ramas para el conocimiento del mundo, pero se olvida de algo tan primordial como es la conservación de éste. Y más parece, por su miopía, empeñarse en destruirlo. Empolla montañas de huevos, que luego estallan por la fricción de unos contra otros. ¿Por qué no una ordenación y correspondencia entre ellos?”

Capítulo XIV

Apoteosis caballeresca

Fortunato, que había llegado cerca de los que discutían, acompañado de Gonzalo, Sanchico y su hermana, de Juanito y Mary, vino a interrumpirles con aire conciliador:

—Bueno, bueno. Todo eso está muy bien; pero ahora vamos a brindar —guiñándole un ojo a Germán—. ¡Brindemos por el triunfo de sus teorías!

—¡Eso, eso! —gritaron los demás, rápidamente impuestos en el secreto de lo que tramaban aquéllos.

Hiciéronle sentar al caballero ante una mesa, y en seguida aparecieron varias bandejas. Unas, llenas de vasos de *whisky*; otras, de copas de coñac, y otras, de complicados *cock-tails*.

Don Quijote, sin abandonar su aire grave y sin dejar de abundar en sus razones, fue bebiéndose uno tras otro, sin advertir la estratagema, el contenido de los vasos y copas, que le iban intercalando hábilmente, con explosivas combinaciones, al tiempo que fingían escuchar su perorata.

Buen rato después, los bromistas empezaron a notar en el orador los efectos de la bebida que había ingerido: la lengua se le estaba trabando, sus ideas manifestábanse confusas, y al fin terminó por reclinar la cabeza sobre los brazos apoyados en la mesa, quedándose profundamente dormido.

Libres de impertinentes discursos, los jóvenes hicieron que tocase nuevamente la música y reanudaron el baile con mayor algazara.

La Srta. Dulcy que, mientras oyera a Don Quijote, cual Aldonza Lorenzo, permaneció indiferente a sus palabras, y hasta emitió algún comentario no solo burlón, sino hasta grosero hacia su persona, cambió por completo de actitud al verle así. Inexplicablemente, sintió una gran simpatía hacia aquel hombre en su pesada borrachera provocada, y, llena de conmiseración, sentóse al lado suyo.

Así permaneció casi una hora, observándolo y sin acertar a explicarse hacia aquél sus sentimientos, antes adversos, y favorables después de verlo caer vencido por el alcohol. Los demás no se ocupaban de él.

La orquesta tocaba el frenético mambo de moda y la juvenil concurrencia lo coreaba. La algarabía despertó al embriagado de su modorra, quien, levantando torpemente la cabeza, miró, confundido y no poco asustado, a su alrededor.

Era el típico gesto de Alonso, colmado de timidez. Sentía pesada la cabeza y todo le daba vueltas. Y aunque consiguió ponerse a duras penas los espejuelos, veía confusamente a las parejas de jóvenes bailando ante sí.

La Srta. Dulcy le preguntó, solícita:

—¿Se encuentra usted mal, señor Alonso?

—No, señorita; pero sí un poco mareado. Creo que he bebido algún tanto más de la cuenta.

En aquel momento, la Srta. Mary, que cerca de allí pasaba bailando con otra chica, apercibióse del despertar de Alonso y le susurró algo al oído de la otra. Corrieron a donde estaban Gonzalo, Juanito y Fortunato, y les dieron la nueva.

Cuchichearon unos instantes celebrando con risotadas sus ocurrencias, y dispusieron a continuar la broma.

Hicieron un gorro de papel de periódicos y una tosca espada del mango de una escoba. Con ellos dirigieron hacia la mesa de Alonso. Éste, al verlos llegar, les sonrió estúpidamente, y entonces Juanito, con mucha ceremonia, inclinóse ante él. Y con la espada y el gorro en una bandeja, expresóle en alta voz, conteniendo la risa:

—¡Noble caballero: venimos a ofrecerle el homenaje de nuestro mejor presente al más esclarecido y valeroso de los caballeros que en el mundo defendieron la razón, la justicia y el derecho!

Hizo una pausa para ordenar que callase la orquesta, y una vez logrado esto continuó, ante el regocijo de todos:

—¡Aquí le traemos el yelmo de Mambrino y la famosa espada de Amadís!

Entrególe la bandeja a Mary, quien con la más cómica gravedad le dijo lo siguiente:

—¡Reciba nuestro esforzado caballero esta espada y este yelmo, en señal de gratitud y de acatamiento hacia el más famoso paladín de todas las causas justas, por parte de todas las damas y de todos los caballeros aquí reunidos!

Levantaron de la silla al pasmado Alonso, y entonces Mary le puso el gorro de papel y le ciñó la espada de palo con una cuerda en funciones de tahalí.

En tanto que Alonso, acobardado y ebrio, dejábase hacer, rompieron todos a reír con gran escándalo. Después Mary ordenó que volviese a tocar la orquesta.

En el aire estallaron, retumbantes de batería, estrepitosamente rítmicas, las notas del mambo. Mary entonces, tomando por un brazo al desgraciado Alonso, lo arrastró hasta el centro del salón. Y cogido de la muñeca obligóle a bailar, alzando con ello el diapasón de las carcajadas.

Uno se le acercaba por detrás y le colocaba un rabo de serpiente, otro le ponía el gorro al revés, aquél le tiraba de la espada de palo, haciéndole vacilar. Llegó otro, le puso la zancadilla, y lo hizo caer.

Los más retorciábanse de risa. Levantáronle, y todos, en corro, comenzaron a jalearlo a la extraña pareja, que en el centro hacía las más ridículas cabriolas, singularmente Alonso en sus esfuerzos por conservar el equilibrio.

Dulcy, sentada, lloraba la burla. Los demás cantaban a coro y reían en medio de la grotesca danza, hasta que, por último, Alonso cayó al suelo, incapaz de tenerse en pie más tiempo. Luego, en vista de que ya no podían continuar con su víctima la despiadada diversión, decidieron llevarlo a su casa. Pero Juanito, extremando su crueldad, propuso algo mejor:

—¿Y si lo llevásemos a la cueva donde está el loco del cerro El Camburito?

—¡Eso es! ¡Muy bueno! ¡Creerá que está en la cueva de Montesinos! ¡De acuerdo! —fueron asintiendo los más—. ¡Así, por la mañana, se encontrará con otro visionario como él!

Ya resueltos, cargaron con él y lo metieron en un auto. Juanito, Gonzalo y Fortunato ocuparon los asientos delanteros. En seguida el vehículo partió. Cuando los demás entraron en el salón encontraron a Dulcy desmayada.

El automóvil de Fortunato, entre tanto, atravesaba la ciudad y salía a las afueras. Las sombras de la noche esfumaban los contornos de las casas y de los árboles, que raudamente sucedíanse en hilera a uno y otro lado del coche. Los tres amigos no cesaban de celebrar, muy divertidos, su ocurrencia. Era el digno remate de la fiesta.

Más adelante dejaron la carretera, torciendo por un camino de herradura hasta aproximarse a una colina. Detuvieron el auto al pie de ésta y sacaron al inconsciente Alonso.

Un destemplado concierto de grillos cantaba a la luna en la serenidad de la noche tibia.

—Oídmeme —advirtió Fortunato—: ¿no os parece que pesa demasiado para subirlo hasta la puerta de la gruta?

—Yo lo puedo subir —terció Gonzalo.

—No hace falta —afirmó Juanito—. Lo dejaremos al pie del cerro, y basta. Mañana lo verá el otro chiflado; es muy madrugador. Y en cuanto a éste, una noche al sereno le irá de perlas. Hace más bien calor.

—¡Adiós, señor Patriarca de la Andantería! —dijo Fortunato iniciando la retirada.

Rieron los tres: Fortunato era millonario.

Alonso quedó al pie del sendero que conducía a la cueva, mientras los jóvenes subieron al automóvil entre chanzas. Momentos después desaparecieron velozmente.

Capítulo XV

Sueños y aficciones

Al poco rato despertóse Alonso de su modorra, e incorporóse trabajosamente al sentir pedradas y gritos cercanos. Entonces, entre las nieblas del alcohol en su retina, alcanzó a contemplar una escena curiosa.

La luna llena contorneaba a una extraña figura que venía, andando a tres pies, acercándose lentamente. Dos mozalbetes seguían a este ser estrambótico, arrojándole piedras desde prudente distancia.

Pronto acertó a distinguirlo mejor, y pudo precisar que se trataba de un viejo deforme, especie de gnomo, con una enorme cabeza, de barba y cabellos blancos e hirsutos, como embutida en el pecho, y una joroba descomunal. Era una aparición realmente monstruosa.

Pasó muy cerca de Alonso, oculto tras un ribazo. Los jovenzuelos, antes de volverse, despidiéronse gritándole varias veces:

—¡Tío lechuza! ¡Tío lechuza!

Aunque añublado su entendimiento, Alonso recordó haber oído hablar del tío lechuza, sobre cuya vida recaían las más curiosas y horripilantes fábulas, pero cuya única realidad eran estos inofensivos paseos a la luz de la luna, obsesionado con la efigie de una bailarina que, hacía mucho tiempo, en plena juventud, lo despreciara por contrahecho, a pesar de su dinero.

Del naufragio de su mente quedóle aquella manía pasional-ambulatoria en las noches de luna, como única huella de mejores años. Desposeído de sus bienes, acusado de brujo y desequilibrada su razón, vino a ser el escarnio viviente de aquellos aldeaños, y ni aun en sus salidas nocturnas por cerros y descampados podía verse libre de la hostilidad de grandes y chicos.

Alonso cerró los párpados y no tardó en quedarse nuevamente dormido. Entre sueños creyó ver al tío Lechuza todavía caminando en pos de una etérea figura de bailarina. Después, una mutación en el escenario.



Ahora veía el baile en la casa de Sanchico. Y observó cómo todos los asistentes iban convirtiéndose en criaturas deformes y espantosas. En verdaderos monstruos frenéticos, que danzaban en torno de un personaje caricatura de Sileno, moviéndose a los acordes de una música infernal que éste hacía sonar en su siringa, de pie sobre una tortuga y con un lejano repiqueteo de batería.

Por el aire, diversas bailarinas contorsionábanse, ora en angustiosos esguinces, ora en voluptuosos quiebros y balanceos.

La música afrodisíaca parecía endemoniar a todas las figuras en infructuosos apetitos bestiales, más imposibles cuanto más renovados. Sus sones y el ritmo de la misteriosa batería martilleaban las sienes de Alonso hasta que las primeras luces del alba lo arrancaron del suplicio de esta reiterada pesadilla.

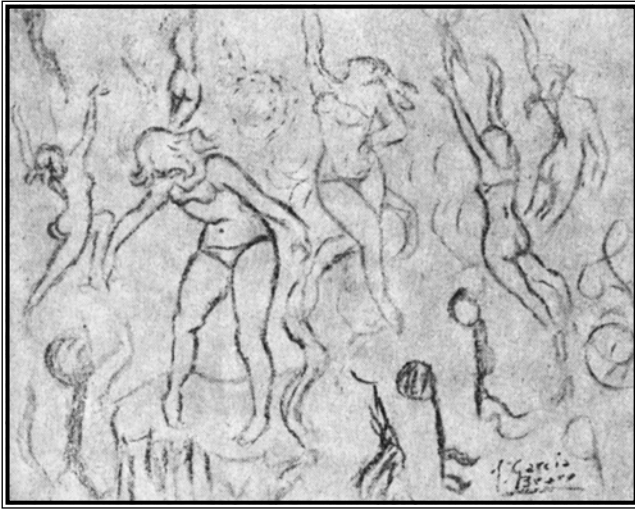
Abrió los ojos y se encontró empapado en sudor, debilitado y con unas náuseas pavorosas.



La convulsa agitación de las bascas hacíanle brotar lágrimas hasta que consiguió vomitar. Un poco más calmado, tendióse nuevamente.

Acudieron a su mente más precisas las ideas. Y entonces recordó la fiesta de Sanchico. Revivió con sonrojo, una a una, las escenas ocurridas antes y después de su borrachera. Y sintió una gran vergüenza; vergüenza y asco que pronto fueron dominados por la más completa desesperación.

—¡Pobre de mí! —sollozó— ¡Bien perdido estoy otra vez!
¡Soy un ser ridículo y despreciable! ¡Cómo hice el Quijote y el
payaso! ¿Qué habrá pensado el señor Sánchez al enterarse de
todos mis dislates? ¡De ésta sí que no me salvo! ¡Ahora sí que
me quedo sin empleo! ¿Y de qué voy a comer?



Alonso interrumpió bruscamente su afligido soliloquio. Ante él había surgido de improviso un hombrecillo en mangas de camisa y con cara de ratón, de tipo intelectual, que lo contemplaba curiosamente, pero sin ninguna simpatía. Alonso lo miró sorprendido, y éste le preguntó con frialdad:

—¿Qué te sucede? Bebiste mucho, ¿no?

—Sí... —barbotó Alonso—. Pero no es por eso...

—¿Te dio llorona? —insistió el hombrecillo—. Así acontece casi siempre.

—No —respondióle Alonso—; es que ahora, al despertarme, veo claro mi infortunio.

—Todos somos infortunados —afirmó, imperturbable, el otro.

—¡Sí! ¡Sí! ¡No hay duda! —repitió Alonso, tristemente convencido—. Caminamos descalzos sobre la vida cruel, que es una bifurcación sucesiva de estrechos senderos cubiertos con guijarros de punta y salpicados ya de espinas, ya de ortigas. Donde hay un matojo de aromáticas flores, es que debajo se halla una trampa de cieno o un nido de serpientes. Puedes elegir cualquier sendero; mas si cada uno de ellos está bordeado por espesos árboles de vistosos y floridos festones, sus frutos destilarán hiel sobre el caminante. Tormentadas de lágrimas lo cruzan de vez en cuando para anegarnos. Cada amanecida nos trae sobre el horizonte dibujada una esperanza, que la claridad del día disipa y que la negra noche apuntilla. Entonces las torvas sombras nos envuelven para hundirnos en el remolino de tétricas pesadillas.

El amanecer, con su esperanza; el día, con sus desengaños, y la noche, con su desesperación, son el símbolo de la vida del hombre; de su inevitable destino hacia la muerte; de su nacimiento, desarrollo y decrepitud, que terminan en las tinieblas de la nada.

El nacimiento, desde su primer instante, es la fatal proyección hacia la muerte. Y el hombre, consciente del fin inevitable, trata de olvidarlo con fútiles borracheras de ocupaciones, cuyos vapores, al disiparse, le hacen ver más claro lo inerme de su naturaleza frente al sádico Destino... ¡Trágica angustia la de vivir muriendo!

—Tienes razón, joven —asintió el otro—. Coincides con mi punto de vista. Yo hace tiempo que vivo retirado de la sociedad, dedicando mis horas a investigar en esas verdades. Yo pongo en contraste la angustia de la muerte y la angustia de la libertad con la vulgar manera de las existencias que se engañan a sí mismas día tras día, ocultando el terror trágico de la soledad del individuo bajo una blanda y suavizadora variedad de llamadas convencionales y externas.

Ahora, hablando de otra cosa, yo te veo muy extenuado, y como me has caído bien y es mi hora de tomar el desayuno, te invito a que lo hagas conmigo. Luego seguiremos hablando acerca de este tema tan interesante.

El desconocido le ayudó a levantarse y subieron una empinada senda bordeada por las malezas que cubrían la falda de la colina. Al final se abría una cueva con puerta practicable, de acero. Entraron por ella, y comenzaron a bajar unos escalones de extraños mosaicos.

Capítulo XVI

Diálogo en la profundidad

Después que hubieron bajado muchos metros en el seno de la colina, llegaron a una rotonda, espaciosa habitación de aquel raro personaje.

El mobiliario era práctico y confortable: en el centro había una mesa de material plástico y patas de metal. Su tapa hallábase cubierta por papeles y revistas. En torno suyo, varias sillas hacían juego con la mesa. Enfrente, una cocina de gas y una nevera. A la izquierda, un televisor, y cerca de él, dos butacas tapizadas. A la derecha, una cama de metal y de plástico junto a una librería repleta de volúmenes y una mesita-escritorio, completaban el ajuar.

La luz diurna podía llegar a este misterioso aposento por varias grietas artificiales hábilmente dispuestas mediante un juego de espejos en las paredes. Paredes de aspecto basáltico, pero hechas de cemento y adornadas con profusión de cuadros al óleo puramente abstractos.

En el suelo, pavimentado con menudos mosaicos a la romana, alineábanse diversos tiestos de cardos y cactus. Bajo la escalera, y semioculto por unas cortinas de material plástico, podía verse un cuarto de baño reluciente como un espejo. A su lado, bordeado de azulejos, un manantial cuyas aguas perdíanse al precipitarse en una profunda hendidura, parecía lo

único natural en aquella lujosa gruta con aire acondicionado, instalaciones eléctricas y sanitarias, y artesonada con caprichosas estalactitas de porcelana y de vidrios policromos.

El hombrecillo, después de quitar los papeles de la mesa y de hacer sentar a su huésped en una silla, tomó una olla *express* que estaba sobre la cocina, y repartió su contenido entre dos platos. Entregó a su huésped una cuchara de plata, y comenzaron a engullir la sopa, extraordinariamente sabrosa. Después comieron pan y queso, mantequilla, jamón, nueces, leche condensada desleída en agua caliente, en la que remojaron unos bizcochos, y, por último, tomaron unas copas de coñac.

Alonso íbase reconfortando por momentos. En este punto, su anfitrión interesóse por él preguntándole qué tal se encontraba.

Y con la mayor de las sorpresas, vio entonces cambiar la expresión de aquel joven, antes agitado por espantosos temores y abismado en la desesperación.

Ahora le sorprendió verlo despojarse de sus lentes con ademán resuelto, y mucho más se admiró cuando aquél, irguiéndose en la silla, le dirigió una mirada cargada de terrible severidad, mientras con tono acusador oyó que le decía:

—“Vamos a hablar de su teoría de la angustia. Yo considero que esa angustia, aunque real, es producto de un estado de ánimo hipertrofiado a través de ciertos temperamentos pusilánimes, que viven con el temor pueril de ver su individualidad anulada.

“Ustedes, con su insistencia enfermiza, acabarán por aumentar la obsesión del desaliento en una humanidad desesperanzada por las guerras, por la miseria y por la absorción de la personalidad a causa del tecnicismo.

“La han incrementado, tal vez honrada, pero artificialmente, creando ese deprimente sistema filosófico. Y aunque no niego que han conseguido ahondar con positivos hallazgos

en el campo de la psicología individual, estos parciales éxitos no les autorizan a proclamar el triunfo de un sistema pesimista y negativo, que adolece de falsedad en sus últimos extremos, y que conduce al abismo de la desesperación absoluta e irremediable.

“¿Para qué vivir, con sus teorías? ¡Yo creo que debían hacerse el harakiri! ¿O es que hasta para eso les falta valor?”

“Entonces, ¿qué me dirían ustedes de esas personas, que siempre las ha habido, quizás de rústica simpleza y por naturaleza sencillas, que se adaptan a la vida real sabiamente, tal y como es, y viven una existencia feliz, sin las complicaciones torturadoras de esa angustia?”

“¿O de esos espíritus fuertes que conocen la angustia de las limitaciones humanas, pero emplean su libertad en los más generosos esfuerzos por redimir los errores de otros?”

“Ya sé que ustedes, como acostumbran, pueden contestarme despectivamente, con términos ya un poco pasados de moda, que estos apóstoles del bien ajeno son unos masoquistas que se traicionan a sí mismos. Pero yo rechazo energicamente ese calificativo absurdo, que no cuadra a los grandes hombres del pensamiento, de las artes y de la acción, que han promovido en el mundo el progreso y lo han ido perfeccionando sin menoscabo de su integridad individual. Antes bien, los ha inmortalizado la historia, y todavía siguen guiándonos sus enseñanzas.

“Por extremar vuestro individualismo caéis en la necia tentativa de desconocer los conceptos de tradición y de comunidad que existen en la familia humana y forman parte de nuestro yo, quiéranlo o no, y dentro de los cuales viven los hombres como seres eminentemente sociales.

“La fría razón, que se hunde en multiplicidad de disquisiciones por anular a Dios, acaba por anular al hombre. Pero el corazón está presente. El corazón es vida, y la vida es acción,

continuidad, ansia de infinito. La razón no ha podido aún probar la imposibilidad de la existencia de Dios. Señora razón: ahí tienes tu fracaso, y hombre: ahí tienes el asidero de la fe, y con ella, la esperanza, y con éstas, la caridad. ¡Merece la pena vivir, timoratas criaturas! Vivir luchando, sí; pero eso es la vida: ¡lucha y esperanza!”

—Eso no es lo que tú decías antes de comer, hace unos momentos... —interrumpióle, fríamente burlón, el troglodita.

—“Yo no he dicho nunca lo contrario de lo que digo ahora. Esos conceptos anteriores de que me hablas son cosa del desgraciado Alonso; un pobre ser casi acabado, que a veces se extravía lamentablemente, aunque luego termine por darme la razón”.

—¿Cómo? ¿Quién es Alonso? —preguntó el hombrecillo.

—Alonso soy yo —le contestó éste, calándose las antiparras.

—Entonces, ¿con quién hablo ahora? —volvió a preguntar.

—“Con Don Quijote” —le dijo éste, quitándose los lentes.

—Con Don ¿qué?

—“Sí; con Don Quijote. Yo acompaño a este amigo, y a veces lo asesoro, o bien hablo por mí mismo si el caso lo requiere. Pero ahora continúa tú, Alonso. Esto es tarea tuya”.

—¡Así lo haré! —repuso nuestro héroe calándose otra vez los anteojos y dirigiéndose al hombrecillo—. Pregunte usted.

—Y bien —le preguntó éste, cada vez más estupefacto—, entonces, ¿cuál es tu escuela?

—Mi escuela, la de este pobre Alonso —respondió—, ha sido la guerra, el hospital, la prisión y la calle. Todo lo he leído en el libro de la desgracia.

—Entonces tú debes ser de los míos —le advirtió el troglodita.

—Aparentemente sí, como tantos otros —continuó Alonso—, pero, en el fondo, todo lo contrario: yo parto del pesimismo con un criterio constructivo. Sigo prefiriendo la calle

y no me hundo debajo de la tierra para sacar pensamientos profundos.

—¡Ah! —le interrumpió el otro con sorna—. ¡Ya comprendo! ¿Es que prefieres una torre de marfil o un lugar en las nubes para elevar tus pensamientos?

—No —le contestó Alonso—; pero nunca he sentido aficciones de gusano, y prefiero vivir sobre la tierra y, si me es posible, remediar las aficciones, en lugar de aumentarlas.

—Entonces —le reconvino su interlocutor—, si no es usted filósofo, ¿cómo se atreve a atacar un sistema filosófico?

—Yo no soy un filósofo, pero soy un derrotado. En mí no queda nada de lo que fui, ni la remota posibilidad de lo que podría ser ahora. Este es mi derecho para atacar su sistema: que yo podía ser, con mayores títulos de legitimidad que usted, un desesperado pesimista y un apóstol de su abominable sistema; sin embargo, ¿qué adelanto con difundir mi desmoralización en otros más felices que yo? Prefiero desechar esa postura y trato de empezar de nuevo (como hace la hormiga cuando le estropean el nido una y otra vez), y busco las cosas mejores y posibles en qué asentar mi personalidad.

Al contrario que usted, con buena salud y sin inquietudes económicas (por los ingresos que le deparan sus publicaciones sobre esas teorías pesimistas, ingresos que atesora), yo arrastro una salud precaria, y hasta ayer, sin ir más lejos, carecía de un pedazo de pan que llevarme a la boca. Todo lo he perdido menos la fe y la esperanza, recientemente por mí recobradas. ¡Las dos únicas cosas que a usted le faltan!

—“¡Bravo, Alonso! —exclamó Don Quijote. Nuestro personaje quitóse de nuevo los lentes, ante el renovado asombro del desconocido—. Ahora no me has defraudado. Mira si resulta irónico pensar que los pesimismos en boga aboquen a términos y conductas tan dispares enfrentados a la fenomenología de los tiempos actuales: unos se sienten ahogados por su

falta de libertad, y se entregan a las violencias políticas; a otros les ahoga y aterra la idea de su propia libertad, la incertidumbre de su yo, ante los variados caminos que puede excogitar una voluntad individual que los asusta, o una muerte definitiva que los obsesiona”.

“¡Un poco de valor, caballeros, y más virilidad ante el destino! Para vivir hay que tener voluntad de vivir. La vida es trágica, fatal y a veces amarga, ciertamente; pero ahí es donde radica su grandeza, y debemos enfrentarnos a sus realidades con fe y esperanza. Y quien huye de éstas es como si huyera de la vida misma y como si anticipara su fin, el trágico fin de una existencia mezquina, después extinguida y deshecha en la nada.

“Ustedes tienen que realimentar, como su cuerpo, su espíritu. Adquirirían más vitalidad y abandonarían ese extremado y temeroso individualismo a ultranza, ajeno al verdadero y sano individualismo; esa neurótica inclinación que les corroe las entrañas, les alucina en terrores espantosos y les hace destilar doctrinas emponzoñadas con el más desesperado pesimismo, sin horizontes de esperanza”.

El troglodita miraba atemorizado a su interlocutor, que, ante él, unas veces, sin lentes, se acaloraba, y otras, con ellos, le hablaba suavemente, representando a dos personajes distintos.

—¡Es un loco! —pensó—. Lo mejor será apaciguarle, y que se marche cuanto antes —por lo que dijo en voz alta—: Pues, sí, señor Alonso...

—“Don Quijote, yo soy Don Quijote”.

—Perdón, señor Don Quijote. Yo le digo que tal vez tenga usted razón.

—“¿Cómo que tal vez? —gritóle éste iracundo, mientras daba un puñetazo en la mesa—. ¡Tengo toda la razón, y he vuelto al mundo para impedirles a usted y a otros como usted su nefasta obra! ¡De esa concepción del yo que ustedes sustentan y quieren imponer, solo puede salir un código de

desalmados! ¡Una lucha de fieras contra fieras! ¡Siempre sería imposible la asociación de dos individuos así, ni su diálogo siquiera! ¡Solo el odio a todo lo que está fuera de mí! ¡Donde termina mi persona empieza mi enemigo! Esa es la única consecuencia de vuestra doctrina, doctrina de entes débiles y egoístas, que para defenderse del hipotético dominio de su yo por otros, tratan de imponer a los demás el suyo, y su norma lógica no puede ser otra que el odio y el sadismo”.

—Bien, bien —repuso, cada vez más asustado, el otro—. Yo le prometo estudiar sus puntos de vista, y es fácil que consiga ver mi error.

—“¡Eso ya es otra cosa, miserable criatura! Y falta os hace. Así os evitaréis encontraros en la merecida picota. Y de paso no os torturéis vanamente en el morboso callejón sin salida hasta donde os habéis adentrado y queréis, ¡mentecatos!, introducir al mundo. ¡Vámonos, Alonso, que este insensato ya tiene para pensar!”.

Don Quijote, en tanto que hablaba, llegóse hasta la original escalera, subió por ella lentamente y salió al exterior. Mientras, el troglodita, al verlo desaparecer, exhalaba un suspiro de alivio y se enjugaba las gruesas gotas de sudor que le caían por el rostro.

Capítulo XVII

El desdoblamiento de Alonso

Don Quijote, una vez fuera de la cueva, bajó por el estrecho sendero con paso vacilante y como con vértigo. Cuando hubo llegado al ribazo de la noche anterior detúvose de repente, y entre jadeos exclamó, colérico:

—“¡Qué miserable homúnculo eres, Alonso! Veo que no estás conforme con lo anteriormente dicho.

“Pues vamos a conversar ahora tú y yo. Separaremos no solo nuestras mentes, sino la figuración de nuestros propios cuerpos mediante el mágico poder de mi padrino el poderoso Magín, para vernos al mismo tiempo las caras.

“¡Oh, Magín, potentísimo mago! ¡Tú, que me asistes con tu inmensa y extraordinaria virtud mágica! ¡En nombre de aquel grande antecesor tuyo, el gran Merlín, pasmo de los siglos! ¡Ven en mi ayuda! ¡Quiero enfrentarme de hombre a hombre con este desdichado Alonso, para que él haga lo que está obligado *ipso facto* como persona responsable de su época!

“¡Separa nuestros cuerpos y nuestras mentes! ¡Alabí, Alabá!”.

Terminado que hubo de pronunciar estas palabras comenzó a producirse el hecho maravilloso:

El cuerpo de Alonso cayó pesadamente a tierra en el mismo lugar en que durmiera aquella noche. Agitóse en violentos

espasmos, y después quedó inmóvil. Seguidamente ocurrió lo insólito y sensacional: un auténtico y real desdoblamiento.



Del cuerpo caído y exánime partieron dos masas gaseosas divergentes, que ascendieron por ambos costados hasta alcanzar la altura, más que normal, de dos personas de talla elevada. Inmediatamente estas dos masas comenzaron a revestirse de formas humanas, aunque un tanto veladas y transparentes, como se supone son los espectros o fantasmas. Las figuras acabaron por tomar bien distintamente los contornos de Don Quijote y de Alonso, y una vez terminado este

asombroso proceso, siguióle y vióse una escena y oyóse un diálogo sumamente interesantes:

—“¡Ya estamos en condiciones de poder hablar como dos caballeros, viéndonos y escuchándonos! —habló Don Quijote—. He tenido que recurrir a este extremo para preguntarte por qué te agitabas dentro de ese miserable cuerpo que nos albergaba. ¿Querías expulsarme de él? Pues bien, ya estamos los dos fuera. Ahora tratemos de esa comezón que te impulsaba a deshacerte de mí. ¿Qué querías? ¡Dime!”.

Alonso, sobrecogido y espantado, miraba alternativamente y con pavor inmenso ora a su cuerpo material, que yacía en tierra sin aparentes señales de vida, ora a Don Quijote, cruzado de brazos frente a él. Intentó palparse, pero sus manos incorpóreas perdíanse en el vacío a través de su imagen, que parecía hecha de gas. Un gas suavemente coloreado para distinguir su cara, sus manos, su traje, sus zapatos. Al fin, exclamó:

—¡Lo estoy viendo y no lo creo! Pero, yo estoy aquí. ¡Y puedo hablar, si bien no me palpo! ¡Y al mismo tiempo estoy tumbado en el suelo como muerto!

Don Quijote le tranquilizó:

—“Así es, mas no te asustes y recobra tu ánimo. No debes temer nada. Volverás a tu cuerpo cuando termine nuestro amistoso coloquio. Ahora dime: ¿qué es lo que deseabas?”.

—Bien —respondió Alonso, más tranquilo—. Es el caso... que yo... yo quisiera... ¡Quisiera ser yo mismo..., yo solo!

El gaseoso rostro de Don Quijote pareció encenderse en una mueca furiosa:

—“¡Ah, menguado tunante! ¿Ésas tenemos? ¿Y eso por qué? ¡Oh Magín, Merlín; dadme paciencia, porque si no voy a reventar de ira!

“¿No sabes, desdichado, que se te ha elegido para una altísima misión? ¿O es que te acobardan sus dificultades cuando no has empezado aún?”

—Pido a usted disculpas, Don Quijote. Pero yo... yo no temo tales dificultades. Es, simplemente, que quisiera vivir en paz alguna vez, si es que mi vida es digna de ser vivida.

Ya luché. Ya traté de alcanzar en parte esos nobles objetivos suyos, aunque en mi modesta escala. Y no siento aquél mi fracaso, ni ésta mi ruina física y moral, puesto que perdí la salud y el ánimo en buena lid, por mi parte, lo que lamento de veras es lo infructuoso de mi sacrificio. ¡Todo lo expuse para nada! Y siempre hubiera ocurrido así. ¡Sé que el mundo no se arreglará jamás bajo el signo del amor al prójimo ni de la justicia social, y seguirán vigentes la explotación, los odios, las envidias. El mismo juego sucio, la misma podredumbre. ¡La miseria y la estulticia humanas son incurables! Y para una sola vida que tiene uno, quizás no deba malgastarla en otros menesteres que en vivirla por sí y para sí. ¡Al fin y a la postre, todos hacen lo mismo!

Por eso quisiera que me relevase usted de tanto honor y me dejara vivir tranquilamente, lo poco que de ella me quede, ésta mi oscura vida presente, sin interferir los actos de mi persona en esa empresa cuya grandeza admito y admiro, pero en la que yo me reconozco sin disposiciones para intervenir ni siquiera como comparsa, y mucho menos como protagonista. Y donde terminaría por perder mi empleo.

—“¿Tu empleo has dicho, desgraciado? —interrumpióle Don Quijote, indignadísimo—. ¿Ignoras, por ventura, que el señor Sánchez te admitió únicamente bajo la presión de Sancho, su inspirador real? ¿De ese Sancho, ahora más Quijote que tú, vencido idealista de antaño? Sí; de ese Sancho, carne y sangre del pueblo, el mismo que has motejado de grosero materialista en tus buenos tiempos, cuando leías nuestras inmortales hazañas y te sentías tan movido a emular mi espíritu como a despreciar el suyo y a burlarte de él. ¡Ahora ves por ti mismo lo necio de tu proceder pasado! ¿Creíste nacer para vivir en olor de idealismo y ahora piensas vivir comiendo?

“Ahora manda en ti la vil materia, porque el espíritu te ha decaído. ¿No sabías que Sancho y yo somos uno en dos? El cuerpo y el alma, la materia y el espíritu. Siempre juntos, inalienables, sustentándonos el uno al otro y completándonos mutuamente.

“Yo, sin él, no hubiera existido, y él, sin mí, rebajado por siempre a la simple y grosera animalidad, tampoco. Somos el cuerpo y el alma de la humana especie, y por esto nos preocupa su destino, y hemos venido a guiarla: por evitar su degeneración y el mal fin consiguiente a ella. ¡Y tú, mezquino hombrucillo, solo te pones a pensar en comer lo que ya ni aun sirves para ganar!

“¿Tan bajo has caído que ni sientes el halago de llevar en ti, circunstancialmente, al Quijote que admirabas, y, mejor todavía, el orgullo de personificarle en ésta la más grande aventura de tu época?”.

Capítulo XVIII

Para vivir con plenitud

Alonso, que había escuchado a Don Quijote sin ningún entusiasmo, con gesto retraído y triste, comenzó:

—Sí, sí; comprendo vuestra razón, pero yo...

—“Pero tú, ¿qué?”.

—Yo, al presente —prosiguió con lúgubre acento Alonso—, sé que no soy uno ni definitivo. He sido, y soy, un proceso de evolución individual en el espacio y en el tiempo. Y me voy haciendo, ¡o deshaciendo!, en el mismo grado e idénticas condiciones con que el medio me moldea entre la colisión de los accidentes que me salen al paso y mis esfuerzos por superarlos. Por eso, hoy no soy el de ayer, ni seguramente el de mañana. Aunque, en realidad, creo que ya no soy nada ni nadie.

Y porque ya he luchado mucho, más de lo que mis fuerzas vitales me permitían, suplicóle que me deje. Búsquese a otro menos hundido que yo, pobre máquina rota, y con el cual pueda llevar a feliz término su loable y hermosa cruzada. ¡Mal negocio hizo usted, señor, al pretender utilizar mi feble envoltura física para tan recia empresa!

—“Querido amigo —repuso Don Quijote—: no te pongas metafísico para escurrir el bulto. ¡Eso es poco elegante! Yo sabía de tu desmedrado cuerpo y de tu apagado espíritu de ahora, asaz maltratados para no reflejar en sí todos los golpes

que el destino hizo caer sobre ellos en duras pruebas consecutivas. Sé que el tuyo es uno de los dos casos en que suele ramificarse el común de los hombres después de las calamidades de una guerra, en la que fue actor de la facción vencida: o vive cultivando un odio subterráneo, reavivado en ansias de desquite, o se hunde en un abúlico desinterés por todos y cada uno de los aspectos generales de la vida. Tú has llevado este caso al último extremo, hasta parecer un guiñapo. ¡Pero aun alientas, puedes hablar y moverte; eres un hombre, y no puedes desertar de la lucha! ¡Tú y yo tenemos que conseguir la superación de esos dos polos negativos, hasta integrar a los humanos en otras inquietudes superiores que los unan! ¡Hay mucho que hacer! ¡Y vaya si lo haremos!”.

—¡Ah! —insistió angustiadamente Alonso—. ¡Es que usted no puede caer en estos desfallecimientos, porque es solo un espíritu, y el espíritu, sin cuerpo, está exento de todas las fatigas y flaquezas de la materia! Pero yo, aunque según entiendo fui animoso y resuelto en un tiempo ya lejano, al fin no soy más que un hombre, ¡un pobre hombre! Y así, he sido unas veces abnegado y egoísta otras; unos tiempos valeroso, y otros, pusilánime; por espacios, me he acreditado de prudente y discreto, entre otros de mentecato e imprudente; y si he obrado algunas veces como inteligente y bueno, otras lo han desmentido mis actos.

Estas sinceras consideraciones, que no son pretextos para escurrir el bulto, son las que en buena ley me impiden ser dignamente su auténtica contrafigura en esta crisis que para mí es de una completa depresión moral y de una evidente miseria física.

Por tales causas declino el honor que me hace. ¡Yo no sé si podría resistir nuevos choques! Reconozco ya en mí poca fortaleza para la lucha. Y detesto la guerra porque, aunque no tenga más que un hilo de vida, ¡aun así, no quisiera perderla!

—“¡Alonso, Alonso! —le reconvino, sentenciosamente persuasivo, Don Quijote—. ¡No hay que exagerar el valor de esta vida pasajera, ni hay que temer a la guerra como tal! La guerra siempre ha existido, y a la guerra han ido los hombres. Nada importa morir en la guerra, donde han muerto tantos valientes; mas sí importa, y remucho, la muerte de las almas. Y a evitar esto vengo yo, y no, como un sensiblero pacifista, a predicar contra la guerra en sí, pues por algo fui y soy armado caballero. Y bien dice el Evangelio aquello que hoy resulta más actual y verdadero que nunca: “El que quiera salvar su vida, la perderá”. Yo he venido a instar al mundo para que haga un autoanálisis de conciencia que le permita encontrar su camino espiritual antes de auto- destruirse físicamente.

“En otros términos: quiero evitar la guerra atómica y hacerles volver en razón a los hombres, reivindicándoles el espíritu y liberándolos del materialismo; que piensen en sí como en un ser eterno, que busquen en su esencia inmortal y eterna. Después no importa que se maten, aunque siempre como caballeros, si es que realmente encuentran algún motivo lo bastante serio como para destruir a la humanidad, cosa que dudo. Porque sus diferencias pueden desaparecer con la buena voluntad de hacerlo.

—“¿Entiendes bien ahora toda la grandeza de tu cometido? Por otra parte, más vale el que Dios ayuda que el que madruga. Y con esto quiero darte a entender que no es en tu soberbia en quien puedes confiar: la que te hace creer que antes valías más que ahora. Ahora, humilde, estás mucho más cerca de tu grandeza, y has sido el cuerpo preferido para continente del espíritu del Caballero de la Triste Figura, que es también Caballero de los Leones.

“Hace algunos años, tú, madrugando, te burlaste del medievo y lo motejabas de era tenebrosa e infecunda. Para ello te sustentabas en esas vulgares leyendas negras que los últimos

tiempos pretenciosamente habían tejido, y que la verdadera historia, más ecuánime, está aventando para poner las cosas en su lugar. Pero en tus denuestos a la Edad Media ignorabas que su espíritu caballeresco era el que te estaba alumbrando el corazón por el camino esforzado del bien, y te movía la voluntad a emplear tu vida como apóstol de los irredentos para hacerte un adalid de los menesterosos.

“Yo, personaje de las postrimerías del Renacimiento, comprendí toda la grandeza heroica del espíritu de aquella vilipendiada Edad Media, y resucité, y glorifiqué para siempre, con las mil trompetas de la fama, lo mejor que en ella vivió: la Orden de la Caballería. Después he reaparecido por el mundo cada vez que ese espíritu generoso estaba en trance de crisis. Este es uno de los peligrosos momentos. Y en esta ocasión, tú has sido escogido como vehículo para esparcir e imponer ese espíritu. Ahora veremos si reconoces la excelsitud y honra del altísimo papel que estás llamado a representar y convienes en la necesidad de un esforzado ánimo, que no titubee, como tú lo has hecho. Si estás dispuesto, necesito saber tu última palabra”.

Alonso había escuchado con religiosa atención a Don Quijote. Y a medida que éste avanzaba en sus razones de iluminado, fue percibiendo cómo una creciente emoción le acometía, extendiéndose por todas las fibras de su ser. Algo que le iba rejuveneciendo y vigorizando. Que le hacía renacer los vivos ardores de aquel militante altruismo que los años y los descalabros físicos y morales habían ido desarraigando de su cansado espíritu. Y así, dejándose llevar por un arrebató de acendrado entusiasmo, exclamó:

—¡Sí, caballero! ¡Yo estoy resuelto! ¡Es realmente necesario! ¡Entraremos de lleno en la lucha y hallaremos la salida que el mundo está necesitando! ¡Sí, todo lo veo con una nueva luz! ¡Tiene usted toda la razón, Don Quijote! ¡Volvamos, volvamos a la carga y emprendamos de lleno la campaña! ¡Estoy

decidido a ello de todo corazón, y orgulloso por la parte que me corresponde en la lucha! ¿Dónde está nuestro puesto y cuál es nuestra próxima tarea?

¡Cierto es que ahora me siento rejuvenecido y otra vez libre! ¡Y me siento libre porque pienso en la empresa de libertar al mundo, neciamente cautivo del materialismo! ¡Ah, libertad! “La libertad (que, como usted decía en la inmortal historia de Cervantes) es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”.

He vivido a tientas y a tropezones después de mi cautiverio, y ahora, al recibir tan súbita luz, me he cegado por un momento. Pero recobrada la facultad de mi retina, lo veo todo con la prístina claridad, y sé quién soy y lo que me corresponde. Y desde este momento mi vida vuelve a ser una vida plena, porque solamente se vive con plenitud cuando se tiene una ilusión y se mantiene una lucha.

Al llegar aquí extinguióse la voz de Alonso. Hiciéronse borrosos los contornos y las fisonomías de éste y de Don Quijote, y las masas gaseosas que figuraban las apariencias personales de ambos convergieron rápidamente sobre el tumbado cuerpo de Alonso, cada una por un costado, y desaparecieron absorbidas en él.

Capítulo XIX

El arte, los artistas y el crítico

Alonso, una vez puesto en pie, arregló un poco el desorden de sus ropas y, animoso, emprendió la marcha por el camino de herradura.

Llegó a la carretera, y poco después tomó un autobús de los que, en su recorrido, circulaban frente a la casa del sacerdote.

Avanzó por el pasillo del vehículo y sentóse cerca de cuatro individuos bien trajeados que parecían sostener una viva polémica.

—¡No es ese el modo de enfocar la cuestión! —decía uno—. ¡Hay que desprenderse de una vez para siempre del Naturalismo o del Realismo, como quiera que se le llame! Esa es una etapa del arte ya superada. Aburrida, académica. ¡Eso es! ¡Hay que proseguir la búsqueda de nuevos horizontes, y esto solamente es posible con el arte abstracto!

—Yo no soy pintor como tú —terció otro—, y en mi calidad de escultor, y por tener que trabajar en volúmenes y no en superficies, prefiero, sin copiar servilmente la naturaleza, dar un contenido humano y transcendental a mi obra, y creo, con los griegos, aunque con una mentalidad moderna más vasta, que el hombre sigue siendo la medida de todas las cosas. Y debemos expresar su espíritu en la materia.

—Pues yo —intervino el tercero—, como arquitecto, sostengo que la vida ha evolucionado de tal modo que ha hecho descender al arte de su pedestal de siglos, y hoy es más importante el confort y la utilidad inmediatas que la belleza. La arquitectura es actualmente, más una ciencia que un arte. ¿Qué le parece a usted, señor crítico? Usted, que escribe sobre el arte para encauzar las nuevas orientaciones, ¿cuál es su opinión?

—Mi opinión —respondió éste— es que vivimos tiempos de grandes posibilidades, y que deben sublimarse las esencias del arte más puro. Un arte que vaya desde lo abstracto y simbólico, extraído de los más profundos estratos telúricos, hasta la realidad concreta de nuestros días, con la temática de sus problemas característicos.

—Dice usted bien, señor mío —irrumpió inesperadamente Alonso, quien, en medio de la sorpresa y de la curiosidad de los cuatro, que se miraron entre sí, atónitos y expectantes, prosiguió—; hoy vivimos en una época de incógnitas. Y yo me felicito, y aun más lo felicito a usted, de encontrar un crítico con auténtica y amplia visión del problema. Porque en los críticos de ahora abundan aquellos que con una pesada argamasa de retórica se esfuerzan por levantar un edificio disforme y caótico con materiales precarios: el del arte moderno. Los artistas, al mismo tiempo, se fragmentan en tendencias y por menorizan sus distingos. Se acusan acremente y olvidan sus verdaderos fines: la verdad y la belleza. Huyen de la vida para buscarla, bucean en su interior y casi nunca hallan nada. Pero es porque abundan los artistas que no lo son: los energúmenos, que quieren ocultar su incapacidad dando gritos. Y en sus estridencias hacen coro con la turba de críticos que ven donde no hay y que donde hay no ven. Retóricos sin sensibilidad, se aúpan, como pigmeos que son, sobre un lenguaje esotérico, y, pugnando por aumentar su estatura, dicen mil naderías para

ocultar su falta de entendimiento; se copian unos a otros para “no quedarse atrás” como iniciados, y... siguen sin decir nada.

Revoltijo y caos, desorientación, anhelos insatisfechos por ideales inaprehensibles, estériles tentativas, y sobre todo verborrea. Mucha verborrea. ¡Hay que ver cómo sublimizan algunos críticos ciertos combinados de color, cuyas gamas no les ofenden excesivamente la vista! Acostumbrados a esos hallazgos de estridencias cromáticas y retorcidas líneas que alternan con salpicaduras o granizadas geométricas, parecen descansar cuando posan sus miradas en lienzos o papeles menos agresivos al gusto y al sentido de la armonía. Entonces ponen los ojos en blanco, golpéanse el pecho y prorrumpen en exclamaciones de asombro. ¡Aleluya, aleluya! A renglón seguido abren la espita de los ditirambos y dejan correr la fuente. ¡Y gracias sean dadas si este chorro proviene de una auténtica emoción! Porque entonces, o hay algo de cierto en los ditirambos, o, por lo menos, quien los deja correr a borbotones es porque los siente, y donde hay sentimiento ya hay algo.

Lo peor es cuando esa espita se abre por el soborno o por el compadrazgo. Eso es lo terrible y lo doloroso. En el mundo debían existir leyes escritas (no sé si existen. pero si es así no parecen estar en vigor en ninguna parte) que reprimieran con dureza estos cohechos fatales al mundo de la cultura y a los verdaderos artistas, muchos de los cuales mueren ignorados, vencidos por la amargura. En el arte moderno, creado e impulsado por señeras y contadas individualidades, se ampara una turbamulta de cretinos, farsantes y visionarios, lo cual no sería excesivamente grave si no hicieran el papel de venenosos parásitos que, con sus asaltos para chupar de él, dejan anémico a este mismo arte evolutivo de hoy. Anémico, sin fuerzas y sin capacidad para desarrollarse libremente.

Sería muy conveniente una poda radical y oportuna si queremos salvar los frutos del frondoso árbol. Y esta poda de

bastardos intereses creados debiera ser comenzada con aquellos críticos, continuada por las exposiciones y rematada en las academias. Y atacar, atacar el mimetismo del arte falso, sin desmayo y sin descanso. Barrer, a latigazos, del templo de Apolo, a todos los mercaderes. Y para eso nada sería mejor que el ridículo (arma infalible). Poner al desnudo la falsedad siempre: mas no mediante la violencia, pues con la sátira es más que suficiente.

Y luego: ¿Naturalismo o Realismo contra Abstraccionismo? Ni lo uno ni lo otro: el grande, el auténtico arte no se puede encasillar en una denominación tan simple como cualquiera de estas tendencias, a su vez subdivididas en otras mil que habrán de aventar nuevos tiempos. No existe más que la “obra de arte”, y si es buena, ¿qué más da su tendencia? Pero, ¡basta ya de verborrea y de falsificaciones consentidas, señores críticos! Digan realmente lo que sienten, aunque arda Troya, y no alaben una obra porque venga precedida de alabanzas o de una remuneración; y si les impresiona otra, modestita y oscura, de un oscuro desconocido, pero realmente artística, ¡proclámenlo sin miedo a los otros críticos, sin mirar su procedencia, que ese es vuestro auténtico deber para con vosotros, para con el mundo y para con el artista!

Esa es la alta tarea de ustedes, los críticos sanos: conseguir un reajuste de valores auténticos y proseguir la búsqueda de otros nuevos. Eso es lo primordial cuando el mercantilismo y el cretinismo campan por las bellas artes en esta era de los negocios, la propaganda y el fraude. Donde se imponen los pintores-fotógrafos, y es bien cierto (yo lo he visto) que usan cámaras fotográficas en vez de bocetos (¡y éstos claman por un arte naturalista y realista!), o los pintores que desconocen el dibujo (¿no será por eso que algunos, muchos, se acogen “exclusivamente” al arte abstracto?), ¿o bien ciertos ingenieros-matemáticos que se hacen llamar arquitectos y que,

como desconocen el arte y no lo sienten, lo menosprecian y se erigen en defensores del arte funcional a ultranza, y, en realidad, lo que quieren defender es lo “único que saben hacer”: el edificio cajón, fría y antipática perrera colectiva y gigantesca? También se lucran los escultores seudo-primitivos (¿qué fácil es imitar un idolillo!) y los “copistas” de obras hechas.

Este es el desolador panorama.

Y no es porque actualmente haya carencia de talentos, sino un malogramiento sistemático de éstos. Por otra parte, entre los magnates de hoy, los que pudieran ser los mecenas de la época, escasean los espíritus cultivados y, en cambio, abundan los nuevos ricos, que regatean auténticas obras de arte o las desprecian, si bien están dispuestos a pagar sumas fabulosas por una entelequia absurda con pretensiones de obra de arte, solo porque la haya aireado algún crítico. Y así es como compran: para que sepan que compran. Esto les da mucha publicidad y predicamento, con lo cual se consideran satisfechos. Y no hablemos de las exposiciones, donde sigue el cabildeo de las recomendaciones oficiales, y en las que muchas veces el jurado es, en gran parte, inepto para enjuiciar con acierto.

Tales hechos desalientan a los mejores dotados, y, o bien cultivan su arte aisladamente, como un refugio, que es a la vez compensación y amargura, su gloria y su infierno, luchando contra viento y marea, o se apartan asqueados y quedan destruidos para siempre, o también se rebelan contra el ambiente de un modo original (¿queréis fantoches?, pues tomad), que consiste en esas creaciones extravagantes, a las que, sin embargo, consiguen imprimir el sello de su genio. Con lo cual, “a pesar de todo”, algunos se dan a conocer, y hasta alcanzan la celebridad y la fortuna cuando menos podían imaginarlo. Deidades, por lo común, tan pocas veces amigas del artista en vida.

¿Buscar? Sí; ¿pero por qué no abrir el espíritu de par en par? ¿Por qué reducirse a “lo feo” y no buscar un arte armonioso y

bello, como el griego; primoroso, como el bizantino; sencillo y expresivo, como el románico; profundo y austero, como el gótico; vivaz y potente, como el renacimiento; a veces exuberante, como el barroco, y otras simbólico y misterioso, estilizado y esquemático, como el ancestral de las civilizaciones perdidas en el abismo del tiempo y el de algunos pueblos indígenas de las selvas; y, por fin, abstracto, como el de algunas felices realizaciones modernas?

Es decir, no limitarse a “la moda”, y buscar con visión y aliento propios entre el ramaje del árbol hasta encontrar una semilla: la que engendre el arte moderno.

Nada de cultivar lo ya hecho, porque lo hecho, hecho está, y entonces se deriva hacia el frío academicismo; pero nada tampoco de desoír, como inspiración, aceptables enseñanzas del pasado: Miguel Angel Buonarrotti, el titán del Renacimiento, se inspiró en el arte clásico, mas creó un arte nuevo, cónsono a su época y perfectamente distinto. No copió, creó. ¡Y qué potente creación la suya! ¿Quién dice que hoy no puede surgir un nuevo arte potente? ¡Miremos con amor el arte del pasado, mientras ponemos tenso el arco de nuestras facultades y volcamos nuestros sentimientos y nuestra alma de hoy en una creación con anticipos de porvenir!

Ahora les ruego a ustedes, señores, que me disculpen estas manifestaciones extemporáneas, que nadie me había pedido —les dijo Alonso a sus oyentes, mientras secábase el sudor con el pañuelo—. Mi apasionada afición por las artes me ha hecho pecar de indiscreto, y caigo en ello ahora que llego a mi punto de destino y tengo que apearme. Perdónenme, una vez más les digo, esta intromisión en su interesante polémica, y le deseo a cada uno de ustedes mucho éxito en su carrera respectiva. Adiós, tengo mucha prisa.

Y, sin añadir otra palabra, descendió del autobús, dejando a sus cuatro oyentes con una boca de a palmo.

Breves instantes después, y un poco repuestos los cuatro del peregrino discurso de aquel intruso, fue el crítico quien tomó la palabra para decir:

—No ha estado mal el aficionado. Se ve que sentía sus palabras y que le preocupa el tenebroso laberinto en que se halla el arte actualmente. Sin embargo, yo creo que es el caos ideológico de esta época en que vivimos la causa del caos artístico. Y así, tenemos cómo lo funcional llama a los espíritus prácticos y utilitarios: lo abstruso y misterioso, a los espíritus investigadores; lo liviano, a los frívolos; lo bello, ante todo, a los estetas, y, ¿por qué no decirlo?, también a los narcisistas; y lo sencillo y puro, a los ingenuos.

Las tendencias de cada uno se forman y se compendian en la suma de influencias recibidas por el medio, por la educación, por las inclinaciones individuales, etcétera. De este modo, en la cúspide del actual momento histórico convergen, a pesar de todo, las tendencias del pasado con las corrientes del siglo.

Y no es tan descabellado el arte de hoy, extraordinariamente fecundo y polifacético, sino que más bien lo parece. Lo parece solo; porque lo realmente descabellado (aunque natural en estos días de confusiones ideológicas) es lo que él representa: la división (lamentable fisonomía del siglo): EL SIGLO EN SÍ... Fisonomía tan diversificada por las múltiples tendencias activas que pugnan por monopolizar la dirección del mundo.

Todas las ideologías, y son muchísimas, aspiran a la jefatura material y espiritual de la tierra. Y ésta es también una de sus fanáticas características: la de ambicionar extenderse cada concepción, sobre el mundo, de un modo totalitario, sobre la vida en pleno y sobre todas las manifestaciones culturales, anulando todas las demás.

Siempre hubo guerras ideológicas, pero nunca con tanto encono ni revistiendo tan variadísimos y extensos matices, ni brotando desde tan hondos y tan rabiosos extremismos. ¿El resultado de esto? Nadie lo puede predecir. Pero es muy probable que esta época de acaloradas y terribles controversias, de fetichismos y supersticiones artísticas de toda índole, dispartados a veces, dé como fruto un nuevo renacer (por no decir Renacimiento); pero éste más profundo y espiritual, más vigoroso, si cabe, que aquel surgido de las agonías patéticas del medioevo.

Éste, ¿sería formal y espiritual: medida en las formas y gran profundidad de espíritu? ¡Quién sabe! Lo evidente es que este gran período de mil tanteos infructuosos, o da con las fórmulas soñadas, o perecerá muy pronto.

El vivir provisional no produce madurez, y los frutos son de sabor agraz, por falta de calor.

¿Cuál puede ser el remedio, o la contribución al remedio, de este estado de cosas por parte de los artistas? El más sencillo y el más natural: ser fieles a ellos mismos. No afectarse; no fingir; no dejarse arrastrar por lo que no “sientan” ni “vean”, **AUNQUE ESTÉ DE MODA**; reflejar su personalidad en su obra; expresar sus sentimientos y su espíritu; ser hombres, en una palabra, en toda su integral armonía dentro de su ambiente y extravertirse en su obra creadora con honda sinceridad. Nada de seguir corrientes ni caminos, si no es el propio. Adentrarse por sí mismos sobre el florido campo de Apolo con el ánimo despierto, los sentidos afilados y el entusiasmo y el fervor de los elegidos. Y andar; pero andar siempre. Nada más y nada menos.

Capítulo XX

El retorno a la oficina

Alonso subió a la casa del cura y halló al ama sola, dióle una fútil disculpa por haber pasado la noche fuera, y pasó a su habitación. Aseóse un poco, hizo desaparecer ciertas manchas de su traje, y acto seguido emprendió el camino de la oficina.

Entró en ella saludando con sorprendente desenfado y aplomo, aunque su presencia había sido recibida con carraspeos y sonrisitas de burla por parte de todos, excepto de Dulcy, muy pálida y absorta, al parecer, en su trabajo. El contable preguntóle, sardónico, desde su sitio:

—¿Qué tal pasó usted la noche, amigo?

—Maravillosamente —le contestó; añadiendo con retintín—: Yo sé encajar las bromas, y ésta ha traído consecuencias provechosas.

—¿Provechosas... para usted?

Y continuó mordazmente:

—Sí; hoy parece usted menos tontiloco, señor Ardilla.

Los demás empleados reían.

—Provechosa para mí y para los demás, según espero —contestó secamente Alonso—. Creo que todos hemos aprovechado el tiempo, señor Chacal. Incluso usted, que, sin duda, esperarí a los señores de Sánchez para referirles la broma según su versión.

La inesperada acometida de Alonso hizo enmudecer al contable, en tanto que un cambio de sonrisas entre los demás confirmaba al primero en la certidumbre de su sospecha.

—Por otra parte, puede uno salpicarse de lodo. ¿Por qué no, si el mundo es de barro? Pero nunca revolcarse en él, como otros lo hacen por los rincones de un jardín.

El Sr. Thomas mordióse los labios y agachó la cabeza.

Pronunciadas estas palabras, Alonso pasó al despacho y cerró la puerta. Ya a solas asombróse de su inesperada presencia de ánimo y de su falta de inquietud ahora, cuando más fundados motivos podían pesar sobre él para temer el despido. Sorprendíase, dueño de una confianza ilimitada en sí mismo y en su suerte. De una fortaleza que le había hecho mirar muy por debajo de él al intrigante contable a quien apabulló en un momento y, afuera, se mordía las uñas con mal disimulada inquina.

—¡Pobre ser mecanizado y mediocre, presuntuoso sin personalidad y sin ideas propias; cuántos hay como tú! —pensaba Alonso—. Subproducto de la burocracia, siempre presto a ostentar una inteligencia y una agudeza que estás muy lejos de poseer. ¡Bah! En rigor, no es más que una máquina de contabilidad dotada de una perversa inclinación hacia lo antinatural y hacia la intriga. Esa intriguilla menuda, de oficina, para impedir el ascenso o la mejora de cualquier otro que no sea él. Siempre receloso, siempre en guardia contra los otros, a pesar de su meliflua cortesía.

Alonso sonrió tristemente pensando en la miseria moral e intelectual de algunas vidas. Seguidamente quitóse con distraído ademán los lentes y reapareció transformado en Don Quijote para decirse solemnemente:

—“Entes así, en apariencia insignificantes, son los chacales de la sociedad. Se arriman al león y lo adulan, para comerse después los despojos que va dejando éste. Con su aparente

eficiencia y su real soplonería hacen mucho daño a otros infelices de este mundo colocado bajo el imperio del tecnicismo y la burocracia. La “burrocracia”, como diría Sancho, y nunca hubiera dicho nada más certero”.

En estas reflexiones, vio abrirse la puerta y apareció la carnosa humanidad del Sr. Sánchez que, en un curioso acto de telepatía, acababa de reprender al contable por sus oficiosas y malévolas confidencias de la noche anterior, dejándole lleno de confusión e inquietudes.

—“Buenos días, Sancho amigo —díjole Don Quijote, una vez cerrada la puerta, al de súbito convertido en su escudero—. Te esperaba con impaciencia para continuar nuestra labor. Labor en la que atisbo claramente sus muchos escollos, porque he de menester en estos tiempos de muy distintas armas que mis históricas espada, adarga y lanza. Ahora estoy obligado a emplear la palabra y la pluma. ¡Y, por añadidura, me ha sido impuesto bregar dentro de este cuerpo, que no es el mío, maltrecho, aunque joven, y con este cerebro, que ha perdido mucha memoria, rota y esparcida en las zarzas de su triste camino, por lo que carece del bagaje suficiente para hablar con eficacia a los más doctos. Duro contraste de ésta con mi primera y heroica vida, la que me dio el insigne Manco de Lepanto. Empero, también entonces hube de salir al aire y al sol de los caminos en edad bien madura, y, aunque sano de cuerpo, mis músculos ya habían perdido casi todo el vigor de la ardiente juventud. Mas no importa. Los grandes hombres se miden por la magnitud de sus empresas, y a mayor dificultad, mayor es la gloria”.

Interrumpióse e hízole sentar a Sancho con un gesto, quien respetuosamente le escuchaba, inmóvil junto a la puerta. Después prosiguió:

—“He comprobado, amigo Sancho, que la humanidad está cada día más podrida y descompuesta. Así es cómo la juventud

se está formando en un ambiente mefítico, y no es extraño que caiga sobre el mundo una próxima calamidad horrenda. Está en potencia propinqua para ello, y tenemos que proveer con premura su remedio antes que estalle el mal.

“Y ahora más que nunca habremos de procurar evitarlo, porque si el camino del sufrimiento al hombre bueno le hace mejor, al malo le hace peor, y al mediocre lo anula. Desgraciadamente, como parecen abundar entre todos los mediocres y los malos, deberemos corregirlos a tiempo: los de abajo, depauperados física y moralmente, presas del odio, arden en deseos de desquite, y los de arriba, aferrados a privilegios pocas veces justos, encubren sus temores entre la fiebre del dinero, la fiebre de la velocidad y la fiebre de la diversión fácil y de la vanidad”.

—¿Y qué quiere vuesa merced que hagan? ¡Así es la vida! —observó Sancho.

—“¿La vida así, cerrojo del diablo? ¡Grandísimo bribón! ¡Cermeno aprovechado, cara de corcho! ¡Así educas a tu hijo! ¡Vergüenza para ti, el más innoble y truhán de los escuderos! ¡Dinero, velocidad, diversión estúpida en vicios, que los aburren! ¡Tres de los más parvos aspectos del semblante de la vida, faltos o por completo carentes de nobleza, confundidos con la vida misma! ¡Tu criterio te retrata, desvergonzado charrán!”

—Vuesa merced me perdonará —insistió Sancho—; pero si el hombre, en su mayoría, es malo o es necio, ¿para qué preocuparse por él? “El que tiene manta y pasa frío, él solo se busca el resfrío”.

—“Al hombre solo debe juzgársele a través de sus especiales circunstancias —le contestó sentenciosamente Don Quijote—, y por eso yo tolero tu cerril discernimiento. No se le puede aplicar el mismo código, pues sería injusto, a un pobre indígena de las selvas sumido en la barbarie, y aunque practique el canibalismo, que a un hombre nacido y educado en el seno de la

civilización. A pesar de que los hombres “civilizados” todavía llevan en sí mucho de caníbales, y he aquí la causa por la cual su ética no está a la altura de sus adelantos técnicos. También por eso no pueden hallar un modo de auténtica hermandad y convivencia, y todos sus esfuerzos quedan baldíos: la guerra los hunde, la miseria los aniquila y la desesperación los hace caer en todos esos pesimismo que les llenan la cabeza de sombrías zozobras, mientras los más andan con la barriga vacía”.

—Vuesa merced habla de combatir el pesimismo. ¿Pero cómo se puede hacer esto, si al mundo lo que le duele es tanto la cabeza llena, como la tripa vacía?

—“Sí, amigo Sancho, el mundo (salvo la excepción de los que tienen la barriga llena y la cabeza vacía) anda con la cabeza llena, pero es de prejuicios, temores y odios. Por este motivo nosotros tendremos que tocarle el corazón. Nuestra obra será llenarle el corazón de un altruismo optimista, hasta que le rebose y se le suba a la cabeza y la desaloje de sus prejuicios, temores y odios.

“Entonces habrá llegado el momento de que pueda discurrir serenamente para llenar la tripa, pues el mundo puede proveer a todos.

“No podemos hablarle a la cabeza por dos razones: primera, porque nuestra pobre ciencia no alcanza hasta las sutiles lucubraciones metafísicas propias de la filosofía, ya que los caballeros andantes somos antes hombres de acción que de estudio; y segunda, porque aunque nos fuere dado el construir una nueva doctrina, solamente lograríamos acrecentar su confusión, pues, antes bien, la humanidad padece de una tremenda indigestión de doctrinas opuestas y una gran borrachera de tecnicismos.

“Por eso tendremos que hablarle al corazón, despertar lo más noble de su ser y, por medio del sentimiento, como lo hace la música, elevar su ánimo para moverle a alcanzar la plenitud de los espíritus”.

—Entonces, por lo que oigo, ¿tendremos que convertirnos en músicos?

—“No seas mostrenco, Sancho, ni pedazo de asno. Músicos ya los hay, y los hubo, muy buenos, aunque también abunden los malos mucho más de lo que fuera menester. Por cierto que tanto la música como las demás bellas artes, y aun las artes menores, constituyen una fuente de dicha y de consuelo, aunque todas éstas hoy se encuentren en franca desorientación. Pero en ellas se aprende a conocer lo más bello del mundo en todos sus matices, y entonces se ama la vida y se satura el espíritu de gratitud hacia ella. Éstas, las artes, inflamadas por la fe y asistidas por la esperanza, son las potencias que podrían formar el núcleo de donde brotarían las nuevas concepciones razonablemente optimistas, sin huir de la realidad, y el verdadero cultivo de la personalidad humana en la comprensión. En la vida serena.

“Por esos senderos, los hombres podrían caminar llanamente hacia la verdad y hacia la belleza. En una palabra, yo desearía, si ello fuera posible, más arte y menos política. Pero como también la política es necesaria, ésta, una política elevada, debería ser cuidadosamente regida por hombres limpios y puros, de auténtica vocación, espíritu amplio, y carentes de egoísmo y de ambición personal. Si se consiguieran ambas cosas, el mundo sería salvado.

“Todo esto tal vez podría propulsarse con una literatura bien orientada y una prensa altamente responsable, más educadora que sensacionalista (aunque sin excluir cierto atractivo sensacionalismo).

“Para ello, bueno sería que los escritores tomaran más seriamente sobre sí la tarea de modelar el alma humana. Pero entre los escritores, los que no son ñoños o cursis es porque son, en gran número, “tremendistas”. Y, precisamente, muchos de éstos son tremendamente depravados.

“No ponen las humanas lacras al desnudo en afán de que sean corregidas. Se deleitan en el cieno porque sí, mientras sirven a un público curioso de morbosidades para inmoralmente lucrarse con aquél en una explotación del escándalo. Y siempre con fines mezquinamente personales.

“Carecen de elevación de propósitos que pudieran justificarlos. Son, simplemente, sucias meretrices que venden la más nauseabunda mercancía a paladares lamentablemente pervertidos”.

Capítulo XXI

¿Motorizado o de infantería?

En la tarde de aquel día, nuevamente en la oficina, Sancho, después de haberlo meditado mucho, con socarrona sonrisa le estaba diciendo a Don Quijote que hartos mejores son estos tiempos democráticos, en que el escudero conduce un automóvil propio y el andante caballero es peatón, lo cual parece caer muy bien a su condición de “andante”, y en que aquél solamente en casos de extrema necesidad y como un favor toma al caballero en su auto.

Este tiempo en que el escudero vive y duerme en su propia casa, amplia, aseada y confortable; de grandes adelantos, bien provista y con una nevera, que es una magnífica despensa llena de sabrosísimas y copiosas viandas. No como aquellos otros malhadados tiempos, en que andaba, caballero en su pobre rucio, por mil sendas y vericuetos perdidos entre llanuras, montes y cañadas. Durmiendo al sereno en el duro suelo sembrado de cardos y llevando como único bastimento unas rajadas de queso y unos mendrugos de pan.

—Y todo ello —exclamó— como recompensa por haber escalado montañas, atravesado carrascales y peñas, bajado por derrumbaderos de jarales, y haberse herido y desgarrado las carnes entre las zarzas y los guijarros en las bregas de nuestro oficio de la andante caballería.

Yo —prosiguió—, sin disputa, prefiero ser escudero “rodante” en cómodo automóvil, y que me perdone mi buen rucio (q. e. p. d.), porque no es desprecio a sus buenas disposiciones naturales. Es que..., “nuevos tiempos traen nuevas costumbres” y “allí donde fueres, haz lo que vieres”, y “más vale tarde que nunca”, y ¡viva el *modus vivendi*!

—¡Cállate, condenado latinista barato! ¡Refranero ambulante! ¡Bellaco y poltrón satisfecho! ¿Es que has de ser el mismo mezquino egoísta de siempre? ¿No te conmueven los problemas del mundo ni tiemblas ante sus peligros? ¿O es que te crees de otro planeta? Ya veo que sigues pensando como antaño: “ande yo caliente y ríase la gente”, y por eso haces caso omiso de mis admoniciones; pero has de saber, ¡badulaque y cabeza de chorlito!, que esos bienes de que disfrutas hoy bajo el nombre de señor Sánchez son muy precarios, pues no sobrevivirían en ningún caso a la horripilante catástrofe que amenaza al mundo.

—¡Hum, hum! —murmuró Sancho—. “Mientras hay vida hay esperanza”, y “mientras lo bueno dura, vida y dulzura”.

—¿Qué mascullas, bribón de todos los demonios? —le dijo, impaciente, Don Quijote.

—Nada de particular —respondió aquél—. Pero mire, mi amo, si a lo mejor lo que a vuesa merced le ocurre no es que..., vamos, le acogota algo así... como... un tantico de envidia, porque yo estoy motorizado y vuesa merced es de infantería. En fin, que debe echar de menos a Rocinante y al privilegio de ser reconocido hidalgo, como lo fuera en nuestro siglo. Porque ahora, con todos los respetos, no es más que un pobre pelado. Mitad artesano, mitad oficinista.

—¡Por todos los diablos del Averno, que te voy a estrangular sin piedad! ¡Majadero! ¡Desuella- cabras! ¡Insolente! ¡Espera un poco, don piojo vestido de limpio, que yo te voy a enseñar a contener esa lengua viperina!

Pero Sancho, que había observado, temeroso, la violenta reacción de su amo, colocóse prudentemente al otro lado de la mesa, y cada vez que Don Quijote pretendía alcanzarle corríase ágilmente al extremo opuesto del mueble.

A las voces que daba Don Quijote acudió el señor Thomas, ante cuya presencia desvaneciése el encanto, y sentáronse Don Quijote y Sancho en las butacas más cercanas, transformados nuevamente en Alonso y el señor Sánchez, confundidos, sudorosos y jadeantes.

Miráronse los tres. Y cuando pudo, el Sr. Sánchez preguntó al contable:

—¿Qué se le ofrece?

—Yo... parece que oí..., y pensé si me necesitaba...

—¿Necesitarte yo, pedazo de atún? ¡Márchate con viento fresco, si no quieres que te arroje a puntapiés! ¿Habrás visto? ¡Largo de aquí! ¡Vivo!

El asustado contable, al ver el rostro descompuesto del Sr. Sánchez, salió más que volando y cerró la puerta tras de sí.

Cerrada la puerta, nuestros héroes volvieron a ser Don Quijote y Sancho. Inmediatamente, en tono muy compungido, comenzó éste a disculparse ante su amo:

—¡Perdóneme vuesa merced, mi señor Don Quijote! Yo no soy más que un mastuerzo de pocas entendederas, pero reconozco que, a la postre, Panza nací y Panza seré por todos los días de mi vida y hasta la consumación de los siglos, en cualquier peldaño de la escala social. Me halle donde me halle y me vista como me vista, ¡Panza soy y como Panza moriré! Yo sé que sin mi amo no soy nadie, y a veces, llevado de mi bellaquería, disparato; pero mire, mi señor Don Quijote, que yo soy bueno. Vuesa merced me conoce y me sabe incapaz de nada malo, y menos aun contra mi amo.

—Lo sé, Sancho amigo —le interrumpió sosegadamente Don Quijote—. Sí; Sancho socarrón, pero Sancho bueno. Es tu alma, sin dobleces ni temerosos repliegues, la que rústicamente habla por tu boca: y si bien es verdad que a veces te excedes en malicia, no puede decirse que sea por hacer un mal premeditamente, y tu sencilla franqueza, por otra parte, pre-dispone a disculpar tus yerros. De modo que olvidémoslo todo, y ¡pelillos a la mar!

Capítulo XXII

Don Quijote y don Juan

Aquel mismo día, en las últimas horas de la tarde, Alonso caminaba hacia la casa del cura. Momentos antes, y dos cuerdas más atrás, habíase apeado del automóvil del Sr. Sánchez. Habían estado haciendo diligencias para legalizar la situación de aquél, todavía indocumentado. El día, para ellos, había sido de gran actividad. Por esta razón, Alonso prefirió andar un breve espacio antes de recogerse en casa de su huésped.

Aunque la temperatura había refrescado con cierto vientecillo húmedo, Alonso tenía la boca seca, tal vez por el trajín del día. Llegó junto a una fuente de soda y sintió deseos de tomar alguna bebida fresca. Entró en el establecimiento, y, entre carcajadas, parecióle oír una voz conocida.

Tratábase de la voz de Juanito, al que conociera en la fiesta de Sanchico. El pretencioso bailarín estaba contándole a unos amigos suyos, con chocarreros detalles, cómo había seducido a Mary Thorn la pasada noche. Momentos antes había tenido con ella una disputa por teléfono. Ahora estaba pregonando su hazaña en el bar, y en una agenda que había sacado de un bolsillo, iba apuntando el nombre de la chica con los detalles y circunstancias de su caída.

Al tiempo que esto apuntaba, íbalo repitiendo en alta voz:
—“...y todo su juego interior era de nylon...”.

Los papanatas reían sus gracias, mientras el *barman* le felicitaba. Uno de los jovencuelos le preguntó:

—¿Entonces tú crees que va a venir ahora?

—¡Pues claro! —contestóle Juanito, riéndose cínicamente—. Está muy cerca de aquí, y me ha dicho que venía para acá. Creo que nos reiremos. Vosotros haceros de nuevas. Os vais a divertir.

Alonso había entendido bien. Ya no le cabía duda. Juanito, después de seducir a la Srta. Mary, ahora le estaba preparando una burla ante todos sus amigos. Esto ya pasaba de la raya. Y Alonso, acometido por la más generosa de las indignaciones, empezó a transformarse en Don Quijote.

Quitóse los lentes, y con gesto nervioso los guardó. Apercibido el *barman* de su presencia, fuese hacia él, a preguntarle lo que deseaba; pero Don Quijote no le hizo caso. Ni siquiera le había oído. Tampoco reparó en que la Srta. Mary había sido la auténtica promotora de las burlas que le hicieran en la fiesta de Sanchico. Abalanzóse sobre Juanito, y fieramente lo agarró por las solapas, lo zarandó y le increpó, iracundo:

—¡Miserable seductor del infierno: mira por dónde vas a ver tu ruindad frustrada, cuando pensabas burlarte de una indefensa doncella!

Juanito, al verse tratado así, no tardó mucho en reconocer a su imprevisto censor y juez improvisado. Pero al instante ocurrió otro asombroso hecho: ¡Juanito estaba tornándose en el mismísimo Don Juan Tenorio!, personaje que llevaba dentro, y de ahí le venían sus instintivas analogías.

No habían cambiado sus fisonomías ni sus ropajes de este siglo para los demás circunstantes; pero Don Quijote y Don Juan reconocieron mutuamente. Y se miraron de hito en hito, con odio que traía levadura de siglos. Ambos habían padecido de rabia: eran los dos extremos de la balanza del bien y del mal.

Ahora estaban cara a cara. Enfrentábanse Don Juan, el fanfarrón, cínico y perdonavidas, materialista y gozador, y Don Quijote, el caballero por antonomasia, valiente, altruista y generoso, idealista y casi ascético.

Fulmináronse con miradas de basiliscos el burlador y el acorredor de doncellas.

Uno, el que al hacer de la vida el disfrute como norma, la gastaba sensualmente, la envilecía y la mancillaba; el que mataba, engañaba y violaba como por derecho propio. Y otro, el que hacía de la misma una senda ideal de cortesía, de trabajos y de acciones nobles, de riqueza moral y espiritual, de aliento y de ayuda a los menesterosos, y solo combatía por altas causas humanas; el que sufría por remediar los males ajenos, cuyo acabamiento consideraba como un deber propio.

Don Juan Tenorio desasióse bruscamente de Don Quijote, y ensayando una sonrisa sarcástica, muy fotogénica y a la par siniestra, le denostó, para provocar más a Don Quijote:

—¡Tiempo ha que deseaba conocer a vos, Don Fantoche de la Sarna! Siempre tuve grandes deseos de acoger en mi cuarto de soltero a tu Dulcinea, a quien espero incluir muy pronto en mi lista, pues ya va siendo hora de que apunte en mi cuaderno su nombre, junto al color y la calidad de sus prendas íntimas. Luego haré muchas copias impresas para distribuir las por el mundo. ¿No creéis vos que sería la digna coronación de mi extensa fama? Así, pues, ¿cómo preferís? ¿Que me dedique a ella primero, y lo haga desde este momento, o que comience por señalar, antes que nada, ese vuestro rostro, asaz avinagrado, y por romperos dos costillas, cosa que al final no tendría más remedio que hacer?

—¡Sabad, Don Energúmeno, y más que energúmeno, pues sois el mismísimo diablo incubo, que Don Quijote de la Mancha nunca temió los baladros de ningún folloncico fermentado, y que vuestra vida de perfidias y de crápula, y vuestra fama tenebrosa,

la debéis exclusivamente a que la suerte o el malvado *Fristón* os favorecieron siempre en aquella vuestra vida anterior al no ponerlos ante mí! Porque si nuestros caminos hubieran coincidido, ¡vive el cielo que de un solo tajo de mi espada os hubiera partido en dos ese vil corazón de hiena! Pero, ahora, preparaos, porque os haré tragar esa lengua emponzoñada que ha osado escupir vulgaridades hacia la más alta señora: la sin par...

—¡Ja, ja, ja! —le interrumpió, riendo cínicamente, Don Juan—. ¡Me hacéis llorar, Don Espantajo! ¡Pero, para que vayáis aprendiendo, tomad!

Y uniendo el hecho al dicho, propinóle a su rival tan certero puñetazo en la mejilla, que lo hizo retroceder cinco pasos, hasta tropezar con una silla, envuelto en la cual cayó con las piernas por alto.

Don Juan agarró otra silla con ligereza y lanzóse sobre el caído, que pugnaba por levantarse. Alzó la improvisada maza para darle un silletazo; pero una oportuna patada de Don Quijote hízole caer a su vez al suelo, golpeándose él mismo la cabeza con la silla que pretendía estrellarle a su adversario en la mollera.

Valióse Don Quijote del atontamiento de Don Juan para levantarse, coger una botella de cerveza y ponerse a horcajadas sobre su enemigo. Oprimióle fuertemente la garganta con una mano, y blandiendo con la otra la botella, le conminó:

—¡Rendíos, o muerto sois!

Don Juan, viéndose dominado, dijo desmayadamente:

—Me rindo...

—¡Eso no basta! —repuso Don Quijote—. ¡Habréis de proclamar ante estos caballeros que Dulcinea del Toboso, mi incomparable señora, es la más alta dama que conocieron los siglos, y que vos sois una inmundada sabandija, que antes blasfemó como lo que sois: un malvado rufián!

—Lo... proclamo... —asintió el maltrecho Don Juan.

—¡Y además juraréis delante de estos caballeros que os habréis de casar inmediatamente con la señorita Mary!

En aquellos momentos entraba en el establecimiento, con paso airado, la propia Srta. Mary. Muy a tiempo, por cierto, de oír completa aquella frase. Después, haciendo más inmenso su asombro, escuchó cómo, tras intentar una vana resistencia, decía ahogadamente Juanito (pues en él habíase reconvertido el acogotado Don Juan):

—Sí; prometo casarme con la señorita Mary.

Al oír la recién llegada tal cosa, acaeció algo insospechado: a dicha señorita arrebólosele el rostro de cólera, y poniéndose en jarras en frente de Don Quijote, le increpó ásperamente:

—¡Pero, óigame, Don Bigote de... las narices! ¿Quién le manda meterse a redentor? ¡Pues hasta ahí podía llegar la broma! ¿Quién habla de casamientos ni disparates por el estilo? ¡Usted está loco! ¡A buena hora me ato yo a un hombre pudiendo ser libre y vivir mi vida! ¡Habiendo tantos y tan buenos mozos para andar entre todos sin compromiso!

A Don Quijote se le cayó la botella de la mano y se le nubló el entendimiento. Soltó el cuello de Juanito. El caballero sintió que la cabeza le daba vueltas en tanto que se iba levantando. No entendía nada de aquello. Mientras la Srta. Mary continuaba diciendo que la disputa por teléfono con Juanito había sido porque no acudió éste con puntualidad a la cita que tenían a la puerta del cine. Y añadió, con desenfado:

—¡Y, la verdad: he perdido la tarde! Pues de saber que él no iba a ir, podía haber avisado a otro chico o a cualquier amiga, y lo habría pasado tan ricamente. ¿Se entera usted, Don Pipote de la Plancha?

—¡Sí, esta Mary Torn es tremenda! —confió al oído de Don Quijote el oficioso *barman*, que se había ido acercando, mientras ponía las sillas en orden—. ¡Le da lo mismo otro chico que otra chica, porque Mary es lesbiana! ¿Sabes?

—¿Cómo? —exclamó Don Quijote, en el colmo de los asombros.

—¡Sí —le aseveró el *barman*—: que hace a los dos palos! Usted me entiende, ¿no? Que es completa, vamos. Y es que algunas muchachas modernas...

Don Quijote, poniéndose, convulso, las gafas, ya convertido en Alonso, dejóse caer en la silla hecho un guiñapo.

Los amigos levantaron a Juanito, casi inconsciente, y se lo llevaron. Cuando salían, la Srta. Mary, ostentosamente, sacó una pequeña agenda de su bolso y aseguró:

—A éste lo borro yo de mi lista ahora.

Tachó un nombre y un número de teléfono, y luego dirigióse al mozo, entregándole unas monedas:

—Cuando esté en condiciones de levantarse ese señor, le sirve una cerveza.

E inmediatamente salió a la calle y desapareció, contoneándose con orgullo.

Capítulo XXIII

Don Quijote, el deportista y el holgazán

Había cerrado la noche. Como un ebrio salió Alonso del bar. En la tremenda conmoción de sus encontrados pensamientos, ni sentía caer sobre sí la menuda lluvia que, empapando su destocada cabeza, escurriase en gotas verticales sobre los lentes.

Adentróse sin rumbo entre unas callejuelas, y al llegar a una esquina oyó algo así como: “Sí; éste es”. Y no pudo oír más. Sintió un violento golpe en la cabeza, y todo se cerró para él. Cayó pesadamente de bruces sobre la arena.

La concubina de Juanito, después de golpearle fuertemente con el tacón de su zapato, y el muchacho que la acompañaba, el mismo que indicara a ésta quién había sido el individuo que pretendió obligar a su amante a casarse con otra, huyeron precipitadamente.

Arreció la lluvia sobre Alonso, arrastrando algunas gotas de sangre de la herida abierta por el hierro del taconazo.

Oyéronse pasos. Eran Gonzalo y Fortunato, que venían del club en dirección al bar. Alonso, que volvía en sí, gimiendo encogido, intentaba levantarse.

—¡Cuidado, que hay un borracho en la acera! —advirtió Gonzalo a Fortunato.

Éste exclamó, dos pasos más adelante:

—¡Caramba! ¡Pero si el borrachito es nuestro heroico caballero! ¡Mírale, el gran predicador! ¡Si hasta ha encogido por el agua, lo mismo que un traje barato!

—¡Sí! ¿Y qué hacemos con él?

—¡Bah! —contestó Fortunato—. ¡Déjalo! Ya se apañará por su cuenta.

—¡Sangre! ¡Tiene sangre! —dijo, sobresaltado, Gonzalo.

—¡Pues sí que es verdad! —repitió Fortunato, interesándose.

—¡Le han golpeado! ¡Ayúdame un momento; lo llevaremos al bar!

Gonzalo, ayudado por su amigo, lo recogió del suelo y se lo echó al hombro como un fardo. Fortunato recogió los lentes y se los puso en un bolsillo al herido.

Apresuradamente recorrieron el breve espacio que los separaba del bar, y ya en éste, Gonzalo depositó su chorreante y humana carga sobre una silla, a tiempo que el mozo acudía.

—¿Lo traen herido? —les preguntó éste.

—Sí; estaba muy cerca de aquí, en una esquina —contestó Fortunato.

—¡Ya me suponía yo que la cosa no quedaría así! Voy por unas gasas y cinta adhesiva. ¡Esto ha sido obra de La Paraulata! —murmuró el *barman*.

—¿De La Paraulata? — le preguntaron los dos amigos.

—Sí; esa canzonetista... La entretenida de turno de Juanito, que es muy brava. El muchachito, vecino suyo, estaba aquí cuando le hizo jurar este hombre a Juanito que se casaría con Mary. Se lo habrá contado a ella y ésta ha usado su tacón de herradura. ¡Eso es todo!

—¿Cómo, cómo? —le interpelaron, incrédulamente, los dos—. ¿Dice usted, compadre, que obligó a Juanito?

—¡Así es! —respondióles el mozo, mientras curaba con alcohol la herida— (No es nada). ¡Así es! ¡Tuvieron una pelea hace una hora por esa cuestión!

Y el improvisado enfermero les relató los hechos acaecidos en el bar.

—¡Imposible! —se resistía Gonzalo—. ¡No es posible que este tipo haya derribado a Juanito, que es el mejor especialista de judo del club y el individuo de más picardía en las peleas! ¡Ni yo, con mi fortaleza, consigo derribarlo! ¡Siempre se adelanta al adversario y siempre se impone a él! ¿Le iba a obligar este pobre hombre?

—¡Pues sí, señor; eso ha ocurrido! —les respondió su informante—. ¡Juanito ha sufrido las dos mayores humillaciones de su vida!

Y terminó refiriéndoles también la llegada de Mary y su actitud hacia Juanito, en tanto que ponía las gasas en la herida de Alonso y las sujetaba con esparadrapos.

—¡Increíble! —exclamó ahora Fortunato—. ¡Será la primera que lo desprecia! ¡Siempre ha manejado a las chicas a su antojo! ¡Ni yo, con mi dinero, he podido igualarle jamás! ¡Él tiene éxito siempre!

Y los tres quedáronse contemplando, admirados, a Don Quijote, que resurgía del inconsciente Alonso. Alzó la cabeza con su parche, los miró reposada y fijamente, y comenzó así:

—“¡Cuánto me apena el pensar que sois la juventud más depravada de todos los tiempos! ¡Ni una sola palabra movida por un ideal noble, ni un solo pensamiento elevado! Todo se reduce a comentar el lamentable episodio ocurrido aquí.

“¡Y para el uno, el comentario se reduce a mirarlo desde el punto de vista deportivo; para el otro, desde su liviana inclinación! ¡Sois, todos vosotros, antes dignos de lástima que de

desprecio! ¡La barbarie, porque sí; la crueldad, el vulgar y bajo sensualismo y sus perversiones más atroces! ¡Desgraciados! ¿Hasta dónde vais a llegar?

“¡Atletas profesionales que equivocan el medio (el deporte como educación física) con el fin (vivir de él)! ¡Aspirantes a tenorios, que confunden la lascivia con el amor; señoritos parásitos, que desconocen cómo los más poderosos deben ser los más obligados, y estrujan más y más desde su despacho, para luego despilfarrar sus piraterías con mujerzuelas que se creen decentes porque no ponen precio; invertidos de ambos géneros, que se ufanan de su aberración!

“¡Jóvenes de una juventud purulenta y leprosa, zánganos que pululáis en medio de engañosos fulgores de adelantos utilitarios! ¿Y os sentís ufanos de vivir así? Pero, no... yo espero que no continuaréis por mucho tiempo igual”.

Y añadió, ahora más enérgicamente, fulminando a sus oyentes con una mirada de acero:

—“¡Ha comenzado la lucha! ¡Lucharé contra vosotros y por vuestro propio bien! ¡He bajado a vuestro terreno, pero yo os volveré al redil de la razón, de la caballerosidad y de la nobleza de conducta, para que vuestra vida se haga digna de ser vivida y no sea la pestilente cloaca colectora de todos los vicios, que es ahora! ¡Os devolveré la propia estimación, de que carecéis, pues, en el fondo, despreciáis vuestra individualidad y os reconocéis unos incapaces! ¡Ya lo sabéis: quiero hacer, y haré caballeros donde ahora solo hay rufianes!”

Y en medio de un respetuoso silencio, Don Quijote se levantó y salió, altanero, del establecimiento, sin volver la vista atrás.

Capítulo XXIV

La campaña de propaganda

Al día siguiente Alonso llegó muy temprano al trabajo. Las mujeres de la limpieza lo miraron con asombrada curiosidad. Sabían del nuevo secretario del jefe y de sus excentricidades, y que tenía libertad para llegar tarde a la oficina, o de irse cuando le pareciese oportuno. ¡Y aquella mañana llegaba el primero, y además con un parche en la cabeza!

—¡Habrás hecho otra de las tuyas!

—¿Otra más? ¡Hay que ver! Parece mentira que el jefe le permita andar zanganeando y haciendo sandeces.

—¡Y nosotras reventadas a trabajar! ¡No, si ya te digo yo que el que menos se lo merece es el que está siempre mejor!

Pero Alonso no oía nada. Sentado en una butaca, había tomado un libro muy llamativo, editado por una casa de publicidad, y leía. Desde sus primeras páginas, el libro estaba dedicado a ensalzar la obra de la propaganda en el mundo moderno.

Alonso estuvo mucho tiempo leyendo.

Se fueron las mujeres de la limpieza, y la oficina, llegado el personal, inició sus tareas rutinarias. Desde el despacho, Alonso oía, entre su lectura y las ideas que ésta le suscitaba, el “tac-tac” de las máquinas de escribir. Una hora después apareció el Sr. Sánchez. Al igual que otras veces, en el acto convirtieron los dos en Don Quijote y Sancho.

—¡Buenos días, mi amo!

—Buenos días, amigo Sancho —contestóle tristemente el caballero.

—Encuentro a vuesa merced muy preocupado. ¡Y está herido!

Después de una prolongada pausa, en la que Don Quijote, ante el respetuoso silencio de Sancho, parecía recapacitar, hundida su frente en la palma de las manos, el caballero levantó la cabeza con lenta parsimonia y contestó a su escudero; mas según iba hablando, fijábasele la más firme resolución en la mirada:

—Esto de la cabeza es cosa de poca importancia. Pero sí estoy preocupado. Sí, Sancho amigo: es deprimente el espectáculo de este mundo, aunque supercivilizado, totalmente desmoralizado. Ahora bien —dijo, alzándose con energía de la butaca—, trataremos de combatirlo con sus propias armas, sirviéndonos de su principal palanca para corregirlo, a su pesar.

—¿No decía vuesa merced que no se oponía a los adelantos modernos?

—Y así es, Sancho; y quiero que distingas que una cosa es la civilización y otra esa carroña cual es el espectáculo a que me refiero: de un mundo donde afeminados y sadistas, negociantes sin entrañas y asesinos de despacho, figuran en primera fila; de pederastas y viragos, muy satisfechos porque folletos pseudo-científicos justifican y apoyan su repugnante vida inmoral; de tiburones y pulpos, ensalzados por la propaganda. La formidable, poderosa y auténtica deidad de la época: la mentira, que, con el auxilio de los más adelantados medios a su alcance, de tal manera se ha perfeccionado que, convertida primero en una profesión y un arte, ha llegado a ser, por último, una mágica diosa, falsa pero omnipotente, que es la que verdaderamente gobierna en la tierra. Esa truculenta mentira, bien organizada y prepotente, que hoy se llama propaganda.

Empleada siempre en todo y por todos: desde la alta política y la diplomacia hasta la más pequeña transacción comercial. La propaganda, a cuyo conjuro se crea fácilmente un mundo de valores ficticios. Capaz incluso de crear una mentalidad colectiva deforme.

Su majestad la propaganda hace hoy grandes potencias y credos redentores; hace artistas, poetas y millonarios; generales y estadistas. Las más notorias mediocridades son ensalzadas y endiosadas por la propaganda. Esa monstruosa y multicéfala hidra mercenaria, que a unos (los que no pueden pagarla) los hunde inmisericorde y a otros los eleva hasta las cimas del Olimpo.

—Sí —convino Sancho—; pasó el tiempo en que se decía: “el buen paño en el arca se vende”.

—Pues bien, ésa es la palanca que habremos de utilizar nosotros; solo que esta vez se empleará para el más noble de los fines: la unificación de las voluntades para que la humanidad rectifique a tiempo de sus errores.

Escucha, Sancho, mi plan. Ha llegado el momento, y no podemos demorarlo ni un día más. Empezaremos por la política y por la economía; lo demás se nos dará por añadidura.

Tú, haciendo uso de las influencias y del dinero del señor Sánchez, vas a patrocinar una conferencia o asamblea conciliatoria de todas las tendencias que actualmente se hallan en pugna e impiden el desarrollo pacífico del mundo. Por los periódicos y revistas, por la radio y el cine, por octavillas lanzadas desde aviones y por pasquines en los muros, iniciarás una extensa campaña de propaganda para convocar a esta conferencia, con carácter nacional primero, para en su día convocar otra magna conferencia internacional, en la que terminen, de una vez para siempre, las diferencias doctrinales entre los hombres, y como resultado, conseguiremos que al fin reine la concordia en el mundo, *mutatis mutandis*.

—Pero... —indicóle Sancho—. ¡Mire vuesa merced que todo eso cuesta mucho dinero!

—¿Y qué? —le atajó Don Quijote—. ¿No será acaso la mejor y más honesta inversión que habrá podido hacer en su vida el señor Sánchez? Él blasona de altruista... ¡pues aquí tiene una excelente oportunidad para demostrarlo!

—Pero...

—¡No hay pero que valga! Dentro de un momento saldremos para solicitar el permiso legal, y a visitar después todas las redacciones de los periódicos, las emisoras de radio y las agencias de publicidad. Allí se presentarán nuestros aleccionados, señor Sánchez, y su secretario particular, Alonso, para comenzar la gran campaña de propaganda.

Efectivamente, minutos después salían de la oficina el Sr. Sánchez y Alonso, para obtener el permiso de las autoridades, y conseguido éste entregáronse con empeño, en los días sucesivos, a recorrer las redacciones de los diarios, las agencias de publicidad, las emisoras, los cines y teatros. Además contrataron a varios pilotos, encargados de arrojar desde sus aviones millares y millares de octavillas impresas sobre todas las ciudades y pueblos del país.

Muy pronto hízose familiar a todo el mundo el automóvil cereza donde iban el Sr. Sánchez y su secretario.

Capítulo XXV

El gran disgusto

Un mes entero de intensa propaganda venía haciendo funcionar febrilmente todos los resortes de la publicidad moderna.

Manifiestos y proclamas de encendidos y ampulosos tonos alternaban en la prensa diaria con los retratos y las declaraciones del benemérito Sr. Sánchez, a quien dedicábanle los más entusiásticos elogios, coincidiendo todos en presentarle como al mejor paladín de la causa más justa, y como al gran benefactor del género humano.

Esta popularidad colmaba de gozo al Sr. Sánchez, pero comenzó a despertar domésticos recelos en su esposa Teresa, a cuenta de los gastos exorbitantes que causaban al capital de la firma Sánchez & Hijos, y a cuento de los frecuentes viajes y ausencias de su esposo.

En los primeros días habíase sentido dulcemente halagada por los reflejos que caían sobre sí de tan inmensa popularidad. La señora de Sánchez, muy complacida, leía diariamente los términos laudatorios en que los periódicos hablaban de su esposo. Pero al correr de las fechas, y una vez que fue percatándose de las cuantiosas sumas que devoraba tan descomunal propaganda, cayó en la especie de que todos aquellos ditirambos dedicados al Sr. Sánchez tenían un precio, y hartamente elevado para su sencillo criterio.

Y aquí es donde comenzaron las disensiones y los disgustos conyugales en el hogar, antes tranquilo, de los Sánchez. Cualquier momento era propicio para interminables reproches y discusiones primero, y para acres disputas muy pronto después.

Las horas del desayuno, del almuerzo, de la comida; hasta las de la noche, eran ocupadas por un incesante debate, agotador y a veces hasta violento.

La paz había huido de aquella casa.

El contable no era ajeno a esta situación tirante: él habíale informado a la Sra. Teresa de aquel que calificaba absurdo plan, que amenazaba la estabilidad económica del negocio, temporalmente casi abandonado por la campaña de propaganda.

Habíale descubierto el Sr. Thomas que el descuido del negocio por parte del Sr. Sánchez debíase a la iniciativa de Alonso, con lo cual la indignación de la señora Teresa subió de punto.

Y fue entonces, en la víspera del día señalado para la asamblea, cuando, al aparecer Alonso en la casa para reunirse con el Sr. Sánchez, la señora de éste le prohibió la entrada llamándole las peores picardías de su extenso repertorio de antigua aldeana, y, por último, acabó dándole con la puerta en las narices.

Pero el Sr. Sánchez, que por las voces pudo enterarse, aunque tardíamente, de la escena, salió al vestíbulo en el preciso instante en que Teresa cerraba la puerta, y al verle remató su invectiva y los denuestos lanzados en serie sobre Alonso con aquello de “cría cuervos y te sacarán los ojos”.

Su esposo, sumamente irritado, preguntóle por qué había despedido al secretario, y ella le contestó:

—¡Porque ya va siendo hora de que despiertes de tu estúpida manía de popularidad, que nos está llevando a la ruina! ¡Y también porque por la caridad entra la peste!

—¡Desdichada de ti y desventurados los que te rodean!
—exclamó, furioso, el Sr. Sánchez—. ¡Padeces de un extraño

daltonismo al mirar y juzgar las acciones ajenas, y solo distingues lo blanco de lo negro, pero eres incapaz de percibir toda la gama de matices que la escala cromática de las acciones y situaciones del mundo encierran! ¡Y así, juzgas de una acción rosa como si fuera negra, y de la amarilla como si fuera gris! ¡Y todo a este tenor, con lo que, manifiestamente, tu humor se avinagra, tu espíritu se encoge y tus pensamientos se oscurecen en un reflejo falso de la realidad, que se te antoja oscura sin otro motivo ni fundamento que ese tu lamentable defecto de visión!

—¡A mí déjame de monsergas, señor orador! ¡Hay que ver qué letrado desde que va con ese vagabundo! ¡Y conste que la única visión es el espantapájaros de tu secretario! ¡Ese que acabo de poner de patitas en la calle!

—¿Y quién te ha mandado a hacer eso, desgraciada? ¿No ves que es necesario despertar al mundo y salvarlo; en una palabra, terminar mi obra?

—¿Tu obra? —irónica—. ¡Sí; él es muy activo; como que hasta dice discursos por radio! ¡Él es muy “radiactivo”! ¡Tu obra debe ser dedicarte a los tuyos! —exclamó, añadiendo luego, muy afligida—: ¡Desgraciada! ¡Llamarme a mí desgraciada! ¡Sí! —repitió sollozando—. ¡Y bien desgraciada, que ni siquiera merezco que se me escuche cuando vas a comprometer el porvenir de nuestros hijos! ¡Aaay, qué desgraciada soy!

Y dejóse caer en una silla, rompiendo a llorar desconsoladamente.

—¡Esto ya es insufrible! —exclamó a grandes voces el Sr. Sánchez, alzando los brazos para manotear en el aire, y oprimiéndose después las sienes con las manos—. ¡Cortarme el camino del bienhacer cuando ya estoy tan cerca de lograr la mejor obra, que cimentará mi fama en el mundo! ¡Y tú, machaca, machaca y machaca en contra! ¡Qué estrechez de miras! ¡Con razón dicen que “humo, gotera y mujer parlera, echan al hombre de su casa fuera”! ¡Pues bien, ahí te quedas!

—¡Ah! ¿Sí? ¿Con que te vas? —le interrumpió Teresa, cor-
tándole el paso—. ¡Pues yo también voy a dedicarme a la vida
pública!

—¿Tú... a la vida pública? —balbuceó su esposo.

—¡Sí, yo! —le respondió, desafiante, Teresa—. ¡Fundaré
una asociación de mujeres para imponer nuestros derechos, ya
que no nos los sabéis reconocer y respetar los hombres!

—¡Por mí, como si fundas una asociación de sapos y cule-
bras! —le respondió brutalmente el Sr. Sánchez.

—¡No; de mujeres! —le recalcó ella—. ¡Y bien prontito!

—¡Ya; una asociación de viejas histéricas!

—¡No; de mujeres conscientes! —le contestó, muy digna—.
¡Y tú me vas a dar el dinero para ello!

—¡Te lo daré, con tal de no oírte! ¡Pero déjame en paz! —
le gritó, y dando un portazo, salió muy enojado a la calle para
lanzarse en seguimiento de Alonso.

Pronto lo alcanzó; volvieron sobre sus pasos para tomar el
automóvil, y dirigieronse al teatro, con el fin de ultimar los pre-
parativos del acto que habría de celebrarse allí al día siguiente,
y que tan hondas repercusiones se proponían que tuviese para
el destino futuro de la humanidad.

Capítulo XXVI

La gran asamblea

Llegó el día de la gran asamblea. El Sr. Sánchez y su secretario habían pasado la noche en la oficina preparando el orden del día y ocupándose de todos los detalles para que aquel acto alcanzara los frutos propuestos; es decir, la conciliación local de todas las tendencias discrepantes, para después promover la magna conferencia internacional que conseguiría unificar al mundo en un fraterno lazo de aspiraciones comunes.

Ya se encontraban los delegados en el gran patio de butacas. A la derecha, todas las tendencias moderadas; a la izquierda, las tendencias más o menos revolucionarias.

Sentado en la presidencia estaba el Sr. Sánchez, y a su diestra, Alonso. Los dos contemplaban satisfechos el triunfo que para ellos suponía algo tan inaudito como el ver reunidos en un mismo lugar a todos los representantes de las más opuestas ideas políticas y sociales, con el fin de liquidar definitivamente todas sus diferencias.

Las restantes localidades de los distintos pisos hallábanse repletas de un público heterogéneo, que había acudido lleno de pasión y de curiosidad al sonado acto, tan discutido y tan prometedor.

En los palcos habíanse reunido personalidades de relieve, fotógrafos y periodistas, y en uno de aquéllos también encontrábanse los empleados de la Casa Sánchez & Hijos.

Reinaba una gran expectación en todos los semblantes, y la fuerza pública, muy nutrida, hacía guardia en la puerta del teatro.

Llegado el momento, el Sr. Sánchez agitó una campanilla para pedir silencio, y hecho éste, explicó en breves frases la complacencia que sentía por verlos a todos reunidos, y el grave significado del acto que patrocinaba.

A continuación dio lectura a una ponencia concebida así:

Esta asamblea se propone:

1º- La unificación formal previa de todas las organizaciones del mundo, incluidas completamente todas las tendencias y matices, sobre una base de igualdad absoluta y partiendo de:

A.- El estudio constructivo de una plataforma amplia para la colaboración, separando —de momento— las diferencias fundamentales y buscando los puntos coincidentes.

B.- Una vasta y honda reeducación de los pueblos y de los individuos, cimentada en la comprensión y en la tolerancia mutuas, con la siguiente divisa: LA CABALLEROSIDAD COMO NORMA.

C.- Crear una delegación mundial de cada una de las tendencias en litigio y solventar de una vez para siempre, con la mejor voluntad, las diferencias existentes, desligándose cada tendencia de su parte más extrema para hallar así, voluntariamente, la convergencia y coincidencia previas...

Todo esto como primer paso para proclamar la hermandad sincera y real de todas las naciones y pueblos del mundo, comprometerse formalmente a *declarar la guerra fuera de la Ley* y a cumplir íntegramente tal compromiso.

Y, por último:

D.- Estudiar nuevos métodos para que se adapte mejor el mundo a los adelantos de la técnica moderna, aunque buscando, sobre todas las cosas, la preeminencia y salvaguardia de la personalidad humana, la cual deberá ser respetada y fomentada con una nueva ética superior.

Cada uno de los párrafos que iba leyendo el señor Sánchez era subrayado por sordos murmullos que, una vez terminada la lectura, se prolongaron, crecieron y fuéronse generalizando por todo el teatro.

El Sr. Sánchez hizo sonar de nuevo la campanilla para reclamar atención, y cuando se apagaron los rumores presentó con breves palabras a su secretario, Alonso, en quien delegaba para exponer un informe sobre la delicada situación mundial, que reclamaba urgentemente la actual tentativa unificadora en favor de la paz universal. Y prefería que hablara su secretario, por ser un hombre del pueblo.

Levantóse Alonso, en medio de escasos y aislados aplausos, saludó adelantándose al proscenio, y después de carraspear quedamente, comenzó su discurso:

—“Señoras y señores; amigos todos: Me siento muy honrado en participar hoy ante ustedes, junto al más benemérito de los hombres, en su filantrópica idea sublime de buscar el mejor medio para un entendimiento de todos los pueblos y de todas las conciencias en los presentes tiempos de angustia.

En la actual confusión del mundo se ha entablado un fuerte debate acerca de sus problemas y sus posibles remedios. Todas las mentalidades superiores vienen enfocando el tema desde los más diversos puntos de vista, y se sigue tratando de él tanto privadamente, en los más apartados y escondidos rincones de la tierra, como oficialmente, en las sesiones de la ONU.

Han hablado los filósofos, los estadistas, los escritores, los teólogos, los jurisconsultos, los sociólogos, los científicos... En fin, todos aquellos hombres autorizados por su preeminencia en el saber, para señalar el camino. La mejor voluntad ha sido puesta en muchos casos al servicio de la verdad. No así en otros. Solo faltaba la opinión del menos autorizado, por inducto. Sin embargo, para que no falte, aquí está, la de un

hombre oscuro, vulgar y corriente. Un hombre de la calle que sube a la tribuna en un paréntesis de su trabajo diario.

Desligada de todas las corrientes en pugna, ahí va la expresión de un Don Nadie, un ser frontino de anonimato, uno cualquiera sacado de entre todos los millones de seres que contemplan inquietos el problema de los problemas, ocupando su humilde puesto en el mundo del trabajo. Yo hablaré como lo que soy, como uno de ellos, y sirva a ustedes como excusa de tal atrevimiento mi ausencia de ambiciones, para que admitan esta opinión, modesta pero sincera, con el máximo de condescendencia.

Desde los albores de la humanidad, siempre han existido hechos diferenciales tan evidentes como las razas y los idiomas, y dentro de las razas, las sub-razas, y dentro de los idiomas, los dialectos. En cada nación viven un pueblo o varios, y en cada persona, un carácter y una psicología diferentes.

Pero así como en la tierra existen valles y montañas, bosques y praderas, ríos y mares, y todo forma una unidad de sustancia y de destino, igualmente la humanidad, que es múltiple y variada, con intereses encontrados y con criterios distintos, tiene una misma sustancia y un mismo destino.

Estos hechos diferenciales innatos han sido causa de no entendimiento, de guerras y de luchas entre los diversos pueblos y los individuos. Después, los mismos hechos diferenciales físicos fueron incrementados por otros nuevos hechos diferenciales de índole espiritual: las doctrinas opuestas de todo orden.

Y de esta suerte llegamos, en la actualidad, a un punto de aguda fricción de intereses y doctrinas, extremadamente peligroso a causa del poder destructivo de las armas modernas.

Para paliar, primero, esta situación, y después solucionarla definitivamente, tendremos que buscar, con el mejor esfuerzo de nuestra voluntad, nuevas sendas pacíficas que nos

conduzcan a la meta ansiada de la conciliación y de la armonía universales.

El mundo ha evolucionado extraordinariamente en muy poco tiempo. Y en virtud de portentosos adelantos surgidos en el transcurso de unas cuantas décadas, ha trastocado por entero los valores y los conceptos tradicionales de la sociedad humana. Porque el tecnicismo de la época, del que tanto se esperaba, al no crear junto a sí una ética superior, ha sido como un mortal y gigantesco pisón que ha aplastado todas las concepciones morales establecidas, sin crear otras mejores, introduciendo así el caos y la discordia.

Ha formado en varios años un mundo de nuevos ricos sin escrúpulos y sin freno moral, y otro de proletarios sin fe y sin esperanza, ahogados por el despecho y más sedientos de venganza que de justicia, ya que, en su calidad de desheredados, nada esperan de la justicia.

Tenemos que buscar esa justicia, y debemos empezar por una comprensión mutua, dentro de la más sincera y ferviente buena voluntad.

Tiempos muy difíciles son los que vivimos; pero los venideros lo serán mucho más, si no ponemos el remedio ahora.

En el cielo de esta nueva era soplan vientos tempestuosos, y los más densos y oscuros nubarrones, cargados de apocalípticas amenazas, avanzan por todo el horizonte visible. Tenemos apenas el tiempo justo para conjurar la más terrible y devastadora tormenta histórica que nos anegaría a todos en un mar de lágrimas y de sangre.

Todos conocemos la situación, por días más tensa y dramática. La atmósfera está cargada de electricidad y se respira la tragedia.

El materialismo imperante se agota por buscar solución a los problemas desde el punto de vista exclusivamente económico. Y, de acuerdo con él, unos pretenden perpetuar sus

privilegios, y preconizan o promueven el modo de intensificar la explotación organizada y de llevar a cabo acciones imperialistas, mientras los otros tratan de darle la vuelta a la organización social establecida para caer en otros errores, como la anulación de la individualidad, y también en idénticos afanes imperialistas. El existencialismo, por su parte, quiere emprender otro camino partiendo del individuo, pero desemboca en un tremendo pesimismo ineficaz. Y el sistema holista, con sus novísimas e interesantes revelaciones, es solo el simple balbuceo de una esperanza.

No podemos inclinarnos *a priori* por ningún sistema, ni creo son aconsejables los dogmas políticos al uso.

Comencemos, pues, una discusión honda, aunque razonada y serena, elevada, con plenitud de buena voluntad, cediendo un punto cada una de las partes, para hallar nuevos principios de convivencia, asentándonos previamente en lo tradicionalmente bueno, y avancemos audazmente, pero siempre sobre bases firmes, en busca de la verdad, de la paz y de la justicia”.

Capítulo XXVII

Lo imprevisto

Una ola de murmullos, salpicada de violentas interjecciones, acogió el final de este discurso, y después de unos momentos, un delegado de la derecha pidió la palabra. Una vez que el Sr. Sánchez se la hubo concedido, aquél comenzó:

—Señoras y señores: Nosotros, que defendemos el derecho y somos los primeros en desear la paz y el orden, dos de nuestros más caros postulados, hemos venido con la mejor fe a esta asamblea. Pero yo personalmente desconfío que de aquí pueda salir nada útil, cuando desde el primer momento se empieza por atacarnos. —Y volviéndose a los suyos, les gritó—: ¿Lo ven ustedes, señores míos? Yo tenía razón al desconfiar. ¡Este individuo no es más que un peligroso demagogo, un agente de la revolución, al que solo preocupan los problemas de los de abajo!

—No soy nada de eso —le contestó, sosegadamente, Alonso—. Creo haber dicho solamente que estoy por la justicia y no simpatizo con la idea de seres explotados por y para siempre, sin esperanzas posibles de redención económica; pero individualmente, y pese a ser yo también uno de éstos, tampoco me agradan los de abajo hoy por hoy, aunque los compadezca: muchos de ellos son seres a los que el exceso de trabajo, la incultura y la miseria los han envilecido y encanallado.

—¿Lo oís, camaradas? —le cortó, furiosamente, uno de los de la izquierda, dirigiéndose a éstos: —¡Es un sicario del

capitalismo, un reptil viscoso que antes nos quiere adormecer con sus cantos de sirena para después insultarnos!

—Tampoco soy nada de eso —le interrumpió a su vez, serenamente, Alonso—. Y la prueba evidente es que ambas partes estáis contra mí, lo cual es la mejor confirmación de imparcialidad. Ruego a unos y otros que hagan lo posible por escuchar desapasionadamente. Yo trato de buscar la armonía, para eso hemos venido; pero antes, sin adulaciones ni medias tintas, he de exponer los hechos crudamente, tal y como están planteados en la palpitante realidad. Y no os insulto: más bien os defiendo, porque no creo justo el salario mínimo para un trabajo excesivo, que fatalmente depaupera vuestros organismos.

—¿Lo han oído ustedes, señores? —irrumpió ahora el del grupo de la derecha—. Es un revolucionario disfrazado. Un lobo con piel de cordero, aunque se ven las orejas. ¿Para qué continuar esta farsa, señores? Bien claro está que esa chusma de desalmados —por los de la izquierda— ha traído aquí a este pelele para embaucar al pueblo y montar su aparato de propaganda con la mayor resonancia.

—¿Qué os decía yo, camaradas? —le atajó el mismo revolucionario de antes—. ¡Aquí tenemos a un paquidermo burgués y a ese saltamontes, su espolique! ¡Y mirad de qué modo la pandilla capitalista se sirve de un renegado de la clase proletaria para presentar este grotesco espectáculo de embustes! ¡Y aun tienen el cinismo de inculparnos su burda maniobra!

—¡A ellos! —gritó, arduosamente, uno de la izquierda.

Y acompañando la acción a su grito, asestóle un tremendo puñetazo en la mandíbula al enemigo político más cercano.

Como si esto fuese un toque para desatar la furia indignada de unos y otros, los dos bandos acometiéronse con ímpetu, convirtiendo al momento la asamblea pacificadora en una verdadera batalla campal. Agredíanse mutuamente a puñetazos, patadas y a mordiscos. Incluso garrotes y otras

armas contundentes aparecieron como por ensalmo para descargarlos sus dueños sobre las cabezas adversarias. Algunos, más ecuánimes, que intentaban calmar los ánimos excitados, consiguieron, generalmente, cobrar sendos garrotazos de ambos bandos, o sonoras bofetadas.

El Sr. Sánchez esforzábese, a gritos, en imponer orden, al tiempo que ininterrumpidamente agitaba su campanilla; pero en vano.

El combate parecía tomar mayores proporciones y encarnizarse por momentos. La Srta. Dulcy, asustada, había abandonado el palco y salió a la puerta del teatro para reclamar la intervención de los policías estacionados en la calle. La refriega estaba en todo su apogeo, y hasta habíase generalizado por las localidades altas del teatro, donde el público, dividido igualmente, se atacaba con un entusiasmo digno de causa mejor, cuando Alonso, ante aquella baraúnda, despojóse rápidamente de sus gafas para transformarse en Don Quijote. En seguida avanzó resueltamente hasta el límite del escenario, y alzando con energía los brazos, exclamó en voz tonante:

—“¡Caballeros, teneos! ¡Cesad ya en esa actitud insensata! ¡Que haya paz entre todos! ¿Pretendéis echaros unos a otros de un mundo en donde todos cabéis holgadamente? ¡Que la voz de la razón se imponga a las pasiones! ¡No déis este bochornoso espectáculo! ¡Oídmе todos con calma y pensad que de este magno y trascendental acto puede salir la verdadera paz del mundo y la salvación de la humanidad! ¡Poned el buen sentido por encima de vuestras rencillas y pasiones! ¡Serenaos y emprendamos nuestra tarea con alteza de miras!”

Bajo las estentóreas voces que daba Don Quijote establecióse entre los contendientes una breve tregua. Soltáronse los antagonistas y comenzaron a mirarse un tanto indecisos, dudando si proseguir la lucha.

Este momentáneo armisticio lo aprovechó el más exaltado para interpelar a Don Quijote con voz airada:

—¡La paz! ¡Hablas de la paz y vienes a sembrar la guerra! ¡Si no estás ni con unos ni con otros, es que estás contra todos!

Y dirigiéndose a los demás, exclamó:

—¡Vamos contra él, que es el causante de todo!

Como un solo hombre, la masa de asambleístas movióse hacia el escenario, lo escaló, y un nutrido grupo cayó sobre Don Quijote. Éste, mientras descargaba puñetazos a derecha e izquierda, esforzándose en una resistencia heroica y visiblemente inútil, comenzó a increparles con voz de trueno:

—“¡Follones, malandrines! ¡Así vengáis mil, os destrozaré a todos! ¡Endriagos izquierdistas y vestiglos derechistas, viles y malditas criaturas! ¡Escribas y fariseos del uno y otro signo! ¡Con verdades fragmentarias os queréis mostrar al mundo como defensores únicos y portadores de la grande y auténtica verdad! ¡Hipócritas histriones! ¡Maeses Pedros de acá y acullá! ¡Parásitos de la política! ¡Mercaderes de conciencias, cuervos inmundos!”

No pudo continuar, pues en un santiamén y de todas partes llovióle tal cantidad de porrazos que dieron con su humanidad en el suelo. Al mismo tiempo, otros descargaban su furor sobre Sancho, quien no sabía adonde dirigir sus brazos para detener tanto golpe.

En tan crítico momento irrumpieron, oportunamente y en tromba, lo mismo por las puertas laterales que por las del fondo del patio de butacas, los policías armados de porras. Tan súbita presencia pareció calmar un poco los ánimos excitados; pero los asaltantes del escenario aún seguían golpeando con saña a los indefensos patrocinadores de la asamblea. Los agentes de la autoridad subieron al escenario, y mediante unos certeros mamporros a diestra y siniestra, pusieron en fuga a los contumaces.

Esta providencial intervención evitó que los matasen.

Don Quijote, sangrando por boca, nariz y oídos, horrorosamente magullado y ya seminconsciente, por última vez gritó a sus victimarios:

—“¡Desgraciadas y cerriles criaturas: no habéis sabido escuchar la voz sensata de la razón! ¡Yo os auguro un irremediable final catastrófico! ¡Después de desatar las furias del infierno y sufrir la gran hecatombe llegaréis a entenderos un día; pero será, para vuestra desgracia, en un mundo deshecho y arruinado por vuestra propia y funesta obra! ¡Y algo nuevo y desconocido saldrá de esa desesperación!”.

Dicho esto, quedó sin conocimiento.

Poco después, mientras el recinto quedaba limpio de asambleístas, unos camilleros recogían el cuerpo exánime del caballero, al tiempo que otros sostenían a Sancho y lo ayudaban a salir a la calle con un ojo amoratado, la nariz sangrante y numerosos chichones por la cabeza.

Los subieron en un auto ambulancia y partieron con ellos hacia el dispensario de urgencia más cercano.

Así es como terminó aquella gran asamblea conciliatoria tan cuidadosamente preparada, la que hiciera soñar a tantos en quiméricas esperanzas pacificadoras, y de la que tan largamente habíase hablado durante la campaña de propaganda.

Capítulo XXVIII

El hospital

En una habitación, con dos camas contiguas, del hospital traumatológico, y envueltos entre vendajes y gasas, cual dos momias faraónicas, reposaban nuestros amigos. Lastimados en cuerpo y alma, parecían sumidos en doloroso letargo.

Ya apuntaba la mañana cuando del montón de vendajes que oprimían la cabeza de Sancho salió un trabajoso gemido:

—¡Ayyy...! ¡Uhggg!

Don Quijote, inmóvil en su cama, le habló a través de las gasas:

—“¿Gruñes? Luego existes... —Y después, sentenciosamente—: Amigo Sancho, no hay que dejarse abatir por las derrotas. Si bien ésta —añadió, suspirando— por ahora parece decisiva sólo siento que en ninguna de mis venidas a este estúpido mundo haya podido estar convenientemente equipado para hacer frente a las graves contingencias con las cuales tenía que medirse la fuerza de mi brazo y el alto valor de mi espíritu, siempre asistido por la imagen de mi señora Dulcinea del Toboso; porque yo, este hidalgo universalmente conocido, con otros pertrechos siempre adecuados a las circunstancias, ¿qué no haría? ¡Guay de los menguados y fementidos que con razón temen mi cólera! ¡Yo daría con ellos en tierra uno tras

otro, y contra todos a la vez, y ninguno osaría levantar cabeza desde entonces nunca jamás!

“Plegue al cielo que la próxima vez que venga traiga la preparación y los medios suficientes, de tal modo que me permitan, de una vez para siempre, arreglar este mundo, escarmentando a los estúpidos y a los malvados, aunque tengo para mí que ésta muy bien pudiera ser la última de mis encarnaciones”.

—¡Ayyy! —le cortó, lastimeramente, Sancho—. ¡Ya le advertí a vuesa merced que más valía dejar el mundo como estaba! ¡Aayyy!

—“No, Sancho amigo —repuso Don Quijote—; el mundo está más enfermo de día en día, y solamente nosotros, caballeros andantes, podíamos devolverle la salud”.

—Pues ya ve —le interrumpió Sancho— cómo en vez de devolverle la salud hemos perdido la nuestra.

—“Es verdad, Sancho prudente —reconoció Don Quijote—. Nuestro error ha sido revestir nuestra acción de apariencias políticas. Nosotros, que abominamos de la política, hemos parecido unos políticos más; cuando tal vez hubiera bastado con la educación caballeresca.

“¡Ah! —prosiguió, tras una dolorida pausa—. ¡Cómo hemos bajado, Sancho bendito! Tú, al ascender en la escala social, has perdido toda tu gracia aldeana, que era un don del cielo. Y en cuanto a mí, de este pobre yo que soporto, no hablemos. He caído tan bajo, que mi sosías de estos tiempos es un pobre ser miserable, medroso y glotón. ¡Cómo ha degenerado el mundo, y nosotros con él! Pero no hablemos más del asunto, amigo Sancho, y pechemos valerosamente con el tributo de dolor que nos corresponde por haber querido traer el espíritu de la caballería al siglo del materialismo. ¡Sin embargo, el mundo tiene que cambiar!”

—¡Aayyy! —respondió Sancho—. ¡Pues como no lo cambien los marcianos, si se deciden a bajar de sus platillos voladores!

Un rumor de pasos acompañados de sollozos rompió el diálogo de nuestros famosos personajes. Por la puerta del pasillo aparecieron Teresa, Mari-Sancha y Sanchico, acompañados por el cura, el Sr. Thomas y el doctor Nicolás, director del establecimiento. Al llegar donde se hallaban los pacientes, Teresa arrojóse llorando sobre la cama de Sancho:

—¡Ay, mi marido! ¡Pobrecito mío, cómo lo han puesto!

El director intentó calmarla; pero ella aferróse a la cama, llorando desesperadamente.

—¡Cálmese, señora, cálmese! —le dijo—. Su esposo no tiene nada grave. Le tuvimos que vendar algunas magulladuras; pero dentro de muy pocos días estará completamente bien. Únicamente su secretario es el que sufre la fractura de un brazo, aunque tampoco es de cuidado. Sanará.

—¡Ese desharrapado! ¡La cabeza es la que debieron romperle! ¡Él es el único culpable de todo! ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Sancho, Sancho..., por qué no me harías caso! ¡Tú, siempre tan sensato, metido en esta ridícula aventura que casi nos cuesta el negocio y a ti la vida! ¡Y toda la culpa es de ese maldito andrajoso! ¿No es verdad, señor Thomas?

—Así es, señora —le contestó el aludido—. Y yo hice lo posible por advertirle para evitarlo todo a tiempo.

—“Mueve el rabo, chacal inmundo; mueve el rabo de contento, Tomé Cedral —cortóle inesperadamente Don Quijote—. Ahora tienes ante ti mis despojos y puedes devorarlos impunemente”.

—¡Que se calle ese hombre; que se calle! —chilló Teresa—. ¡Ay, a mí me va a dar algo! ¡Que se lo lleven! ¡Fuera de esta sala, que yo pago solamente para mi marido!

Y acometida de un ataque de histeria, volvió a dejarse caer sobre el lecho de su esposo.

Entonces originóse un gran revuelo: el contable, el cura, Sanchico y su hermana acudieron a ella, mientras el director oprimía un timbre, cuyo sonido hizo venir a dos enfermeros. A poco, volvía en sí Teresa. Sus primeras palabras fueron para insistir en que se llevaran al secretario:

—¡Llévenselo, enfermeros! ¡No quiero ni verlo!

—¿Cómo es eso? —resonó de súbito la voz de Sancho—. ¿Quién dice que se han de llevar a mi señor Don Quijote? Juntos hemos venido, y juntos saldremos de este castillo.

—¡Soy yo; Teresa, mi bien! ¿No me conoces?

—He dicho que mi señor y yo no nos separaremos hasta dar fin a nuestra misión.

El más profundo asombro reflejóse en todos los semblantes y una mortal palidez cubrió el rostro de Teresa, que con voz ahogada exclamó:

—¡Loco! ¡Ha perdido la razón! ¡Le llama señor a ese maldito embaucador!

—“Y su señor soy —le respondió gravemente Don Quijote—. Has de saber, Teresa Panza, que tu marido es el más fiel de los escuderos y es el sin par compañero de todas mis fazañas”.

—¡Locos..., locos los dos! —se repitió, mirándolos con espanto—. ¡Santo Dios!

Y no dijo más. Ahora habíase desplomado al suelo, desvanecida. Rápidamente la cogieron entre los enfermeros y Sanchico, y precedidos por el médico lleváronla a la sala de operaciones, donde la tendieron en la cama. Tras ellos entraron el Sr. Thomas y el cura, que sostenía a Mari-Sancha.

Después de aplicarle un frasquito de sales, Teresa abrió los ojos, entregándose a una honda desesperación:

—¡Ay, qué desgracia tan grande! ¡Pobrecitos hijos míos!
¡Ay, loco vuestro padre! ¡Ay, Dios mío, qué pena tan horrenda!

El doctor Nicolás trató nuevamente de calmarla:

—Serérese, señora; serérese. Esto ya lo habíamos notado, y decidimos ponerlo en manos de un eminente psiquiatra, el cual opina, como nosotros, que es cosa pasajera. Un trastorno producido por los golpes que recibió. Tranquilícese; yo le aseguro que no será nada. Dentro de muy pocos días, le repito, será el mismo de antes.

Pero Teresa no parecía escucharle. Abrazada a sus hijos, agitábase en un llanto convulsivo y parecía estar a punto de caer otra vez desmayada.

Capítulo XXIX

El psiquiatra

En la clínica del doctor Carrasco, el sabio psiquiatra, autor de curas maravillosas en el espinoso campo de las oscuras enfermedades mentales, hallábase Don Quijote sumido en sueño hipnótico.

Tendido sobre un diván, llevaba largo rato hablando, mientras un aparato magnetofónico recogía sus palabras.

El doctor Carrasco escuchaba con atención el relato y las ideas de su paciente, cuyo conjunto ha sido expresado en los anteriores capítulos. Después que Don Quijote hubo terminado, el doctor exclamó con asombro:

—¡Curiosa manía la de estos dos sujetos! Curiosa, por su grandeza y por su coincidencia en creerse ambos a la vez los inmortales Don Quijote y Sancho. Al señor Sánchez parece que he logrado convencerle contra la manía de su falsa doble personalidad. Veremos si con éste consigo igual éxito. Se le ve más obcecado y renuente. Tendré que seguir usando con él la sugestión hipnótica. Confíemos en que todo saldrá bien.

Y al ver que el paciente se movía, le dijo:

—¡Eh! ¡Amigo Alonso! ¿Qué tal se encuentra?

—¡Pchsss! —contestó débilmente Alonso, pues él era quien resurgía de entre las brumas del subconsciente, y ya fuera de la influencia del espíritu de Don Quijote—. ¡Mal! Me

duele todo, pero más que nada la cabeza y el brazo. ¡Ohggg! Y creo que salgo de una tremenda pesadilla, soñaba que era Don Quijote y yo mismo; ¡y hasta hemos dialogado él y yo; es decir, yo conmigo! ¡Ah, no sé lo que me digo. ¡Qué desvarío tan horroroso!



—Sí, sí —asintió, satisfecho, el doctor Carrasco, palpando ya su triunfo, mucho antes de lo que esperaba—. Todo eso pasó. Ahora le recomiendo lo mismo que al señor Sánchez: mucho reposo, cambio de aires y de ambiente, vida sana y, desde luego, la separación de ese trabajo que le ha agotado.

—¡Pero! —le interrumpió el ahora más que nunca temeroso Alonso—. Si dejo ese trabajo, ¿de qué voy a vivir?

—No se preocupe por eso, amigo; el señor Sánchez le hace, generosamente, donación de una fuerte suma, la cual da a usted la oportunidad de irse a vivir a otra parte y de recomenzar su vida bajo nuevos y mejores auspicios, lejos de aquí y libre de preocupaciones. Aquí tiene este cheque —le dijo cuando Alonso, con el brazo en cabestrillo, se incorporaba—, que puede cobrar inmediatamente. Mis honorarios los pagó todos el señor Sánchez. Esto es para usted.

—¡Gracias! —balbuceó Alonso—. ¡Muchas gracias! ¡No soy merecedor de tantas bondades!

—¡Bien, bien! —le cortó el doctor Carrasco—. Ahora a viajar y a distraerse, a cuidarse mucho, y después que se encuentre bien y tranquilo, a montar un negocio para seguir normalmente su vida.

—¡Muchas gracias! —repitió Alonso emocionado, mientras iba hacia la puerta—. ¡Nunca podré pagarles lo que han hecho por mí!

—¡No hay de qué, hombre; no hay de qué! —le respondió el doctor, y, dándole unas palmaditas en el hombro—: Y ya sabe: hágame caso en el plan que le señalo. Aquí lo tiene bien detallado en este papel, y tome su cheque, no se haga tanto de rogar.

Alonso volvió sobre sus pasos y cogió los dos papeles, de tan distinto contenido, pero tan preciosos para él, y los guardó cuidadosamente en un bolsillo. Estrechó con su mano libre la que le tendía cordialmente el médico, y mudo de gratitud desapareció.

El doctor Carrasco lo vio irse y quedó meditabundo. Fue hasta el aparato magnetofónico y lo hizo funcionar. De nuevo oyéronse las vibrantes arengas de Don Quijote, que, fielmente reproducidas por la cinta, resonaban en la penumbra del

despacho con nuevos matices heroicos y altruistas. El doctor escuchaba aquella voz vibrante, de timbre heroico, vivamente interesado.

Acabada la cinta, el psiquiatra hizo sonar otra vez la grabación. Y luego, obsesionado, otra y otra más.

Ahora, flotando en el aire, parecía ver al quimérico personaje de míticas hazañas con toda su grandeza épica:

Don Quijote cabalgaba sobre Rocinante, y, a un lado, su fiel escudero Sancho le acompañaba en su rucio. Un horizonte flamígero, de lejanas explosiones atómicas, recortaba las siluetas de caballeros y cabalgaduras, y el doctor Carrasco, admirando el digno, altivo y noble continente del ardido Caballero de la Triste Figura, escuchaba sus palabras inflamadas de fervor y de esperanza por enderezar el gran entuerto de este mundo desventurado.

Cesó de oírse el aparato y esfumáronse las figuras en la semioscuidad de la estancia. El doctor Carrasco, muy excitado, comenzó a pasearse como un león en su jaula. De repente detúvose en medio de la habitación, y con voz sorda se increpó:

—“¡Desgraciado Carrasco! ¡Ruin bachiller de cortos vuelos! ¡Por segunda vez impides que el caballero Don Quijote corone con éxito su obra de prócer! ¡En vez de ayudarle, le cortas nuevamente las alas! ¿Quién es el loco? ¿Quién?

¡Necio, más que necio! Tú tienes que continuar esa obra sublime, inconclusa. ¡Tú solo, estúpido pedante!”

Despojóse rápidamente de su impoluto batín blanco, y lo desgarró entre sus manos. Después salió a la calle dando estentóreas voces:

—¡Yo soy el bachiller Carrasco! ¡Oídme todos! ¡El mundo necesita con urgencia de una nueva droga para salvarse! ¡Una nueva y feliz droga: la Quijotecilina, la Quijotecilina! ¡Oídme!

La gente acudió, curiosa, agrupándose en torno suyo. Alguien dijo:

—¡Es el doctor Carrasco! Es el doctor Carrasco, el doctor Carrasco... —repetían.

—¡No! —respondió éste—. ¡Soy el bachiller Carrasco, y voy a continuar yo solo la obra de Don Quijote!

—¡Pobre señor —exclamó una vieja—; de tanto tratar con locos, ha perdido la razón!

—En este caso —apuntó un chusco— se invierte el dicho de que “un loco hace ciento”. Ahora han sido cien locos los que han hecho uno.

Capítulo XXX

La despedida

Alonso salió del banco aturdido de puro contento y sin casi dar crédito a lo que le estaba ocurriendo: ¡el cajero habíale entregado tan fuerte suma! ¡Y para él solo! Su ánimo, en medio del gran deslumbramiento, estaba más atolondrado que nunca.

En un taxi llegóse hasta la quinta del Sr. Sánchez. Oprimió el timbre, y la señora de su jefe le abrió la puerta.

Alonso, al hallarse de nuevo frente a la señora de Sánchez, sintió que algo se le encogía dentro del pecho, y dominando una intensa vergüenza, le manifestó que venía a despedirse del Sr. Sánchez, si no le ocasionaba mucha molestia.

La dueña de la casa lo miró con un rencor indefinible e hizo heroicos esfuerzos por reprimir sus arrebatados deseos de insultarle y de arañarle. Finalmente, pensando en que lo veía por última vez, le franqueó la entrada.

Muy amilanado, Alonso entró, adelantando varios pasos con tanto cuidado como si fueran a quitarle el pavimento. ¡Tan grande era su embarazo como escaso su valor!

A poco apareció el Sr. Sánchez, muy demudado, y Alonso, tímidamente, despidióse de él sin atreverse siquiera a mirarle. Éste, no menos conturbado por su parte, permanecía con la mirada fija en la puerta. Parecíales a los dos cual si asistieran al final de una tremenda e increíble pesadilla, mientras sentían

desgarrárseles las fibras del corazón en una congoja extraña e inexplicable.

Después de tan lacónica despedida, Alonso salió de la casa de su exdirector con el alma dolorida y sintiéndose empequeñecido.

Si; él creía sentirse ir amenguando a medida que se alejaba de la quinta. Ahora, que tenía tanto dinero como jamás hubiera pensado para recomenzar su vida independientemente en otra parte cualquiera, y podría verse libre de inquietudes económicas y del pertinaz fantasma del hambre, advertíase más desgraciado y más insignificante que nunca.

Una pesadumbre inmensa le oprimía, aplastándole y anulándole por completo.

Así llegó a la casa del cura. Éste y la dulce Antoñita trataron de animar un poco a su desfallecido huésped, en una velada irremediamente triste, que en vano procuraron hacerle amena.

Y a la siguiente semana le acompañaron por última vez:

Bajaron con él hasta el puerto, y horas más tarde vieron desde el barandal cómo zarpaba el barco que lo llevaría a otros países.

Una lágrima de Antoñita y un “que Dios proteja a ese desgraciado”, dicho por el cura, fueron la última despedida al que, acodado en la borda y hundido en mortal tribulación, parecía un ausente de sí, un muñeco vacío. Sin ánimo, sin fe y sin rumbo. Que se iba... ¿hacia dónde y para qué?

Inmóvil, permaneció así mucho tiempo. Y vio perderse el puerto, y la punta del cabo Alcatraz, mira de aviones zumbadores. Las macizas montañas fuéronse borrando en la distancia, y se halló en alta mar.

Lentamente subióse a una como terraza superior, azotada por el viento.

El barco era el centro de un inmenso círculo de agua. Alonso detuvo la mirada en el sentido de la proa hacia el

horizonte. La línea, intensamente azul, del mar Caribe se irisaba entre argentíferos destellos. El cielo tropical, limpio y diáfano, era recorrido de vez en cuando por nubes caprichosas de cambiantes fantasmagorías.

Vio entre ellas un desmedido y horripilante vestiglo perseguido por un perrito faldero. Ambos atravesaban velozmente el cielo. El vestiglo, cansado, parecía jadear desplegando sus alas gaseosas, y mientras rezagaba la cabeza, su enorme cuerpo íbase desmadejando; pero entonces el perro perseguidor comenzó a trocarse en tortuga, y fue alargando la gaita y estirando las patas hasta perderlas; desintegróse su caparazón y quedó convertida en blandos copos de lana.

El vestiglo, entre tanto, habíase disuelto en un tenue cenital, y después en humo.

Epílogo

Pasaron algunos meses. La Srta. Dulcy, que había dejado la oficina, entró en un *kindergarten* para dedicarse a enseñar a los niños en la sencillez, la sinceridad y el respeto humanos.

El Sr. Sánchez, a instancias de su esposa —que trataba así de tranquilizar su espíritu altruista—, inscribióse en la Sociedad Protectora de Animales, y además sostenía una clínica de perros.

En cuanto al doctor Carrasco, internado en un manicomio, adonde fuera llevado después de repetidos escándalos y querellas en la vía pública, aún se le oye gritar sin más tregua que el cansancio, única mordaza a su insania:

—¡Alerta! ¡Alerta todo! ¡Por mí no importa! ¡Alerta, inocentes! ¡Contra los beocios, granujas y canallas! ¡Que hoy los molinos vuelan sembrando la muerte sobre rebaños de corderos humanos! ¡Que hoy los cueros de vino son gigantes que han impuesto el más oneroso tributo sobre los mortales, beodos de sangre y de ambiciones insensatas, morfinómanos y enfermos de materialismo y de grosero sensualismo! ¡Que hoy, como siempre, si intentas libertar a los galeotes, no solo te muelen a golpes y a pedradas, sino que te colocan sus grillos y te conducen a mazmorras o a campos de trabajos forzados!

¡Alerta..., alerta! ¡Yo soy el bachiller Sansón Carrasco!
¡El menguado que truncó por dos veces la gloriosa carrera de
Don Quijote! ¡Caiga sobre mí la maldición de Dios y de los
hombres!

Y termina, siempre sollozando:

—¡Sufre, baboso reptil! ¡Sufre, mísero pedante; que por
muy luengo que fuere tu tormento, nunca llegará a igualarse
con la inmensa magnitud del pecado de lesa humanidad que
nuevamente has cometido!

ÚLTIMO LLAMAMIENTO

Epístola del mago Magín

¡HOMBRES Y MUJERES, JÓVENES Y VIEJOS!
¡MENTECATOS DEL MUNDO! ¡DESPERTAOS!

Yo, el Mago Magín, venido de las estribaciones del gran Himalaya, os digo:

Que, sacado de mis hondas meditaciones por el estruendo de armas infernales extrañas, alcé la figura judiciaria para escudriñar el porvenir. Y las estrellas me mostraron que el futuro está entenebrecido por luctuosos presagios.

Mis mágicos poderes no alcanzan a resucitar a mi antecesor por línea directa y creador de la magia: el gran Merlín, quien permanece como muerto, pero, en realidad, está encantado, en un sepulcro accesible solamente al rey Artús, que en figura de cuervo revolotea graznando por sus intermediaciones.

Poco podía hacer yo solo contra la vesania de esta época. Por eso hube de recurrir, como ensayo, a retrotraer el espíritu caballeresco al siglo del materialismo. Y, ¿quién mejor para revivirlo dignamente que el alma del más pundonoroso y valiente caballero de todos los siglos, el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha?

Imbuído de este pensamiento procedí, en mis conjuros, a extraer su espíritu hasta la maltratada era presente. Y le hice reencarnar en un hombre de hoy. Al mismo tiempo desperté la

mente de su fiel escudero, para que le reconociera y le ayudara en su empresa. Digo que lo desperté, porque Sancho, reencarnado en todas las generaciones, no ha muerto nunca.

Pese a mis buenos propósitos, los acontecimientos no tomaron el rumbo deseado, por ser este siglo ingobernable en demasía. Mas no me doy por vencido, y como último recurso aquí está el presente libro, escrito en un soplo. En él habréis sacado como única consecuencia el caos en que vivís.

Esta relación servirá de alerta a los adormecidos, para despertarlos del sopor letal que les impide darse cuenta del inminente naufragio de la nave en donde van embarcados.

Espero que este toque de clarín no les llegue demasiado tarde, y puedan calafatear la nave o, a ser posible, virar en redondo.

Pero si, por desoír y despreciar mi aviso, contribuyen a su hundimiento, ¡que el Diablo sea con ellos! Mi misión ya está cumplida.

EL MAGO MAGÍN



José García Bravo: una biografía familiar

José García Bravo nació en Cáceres, España, el 13 de Julio de 1913. Se inició a temprana edad en el oficio de la ebanistería gracias a su padre y comenzó a estudiar en la Escuela de Artes y Oficios en Cáceres. A sus 14 años se trasladó a Madrid, donde estudió en la Academia de Bellas Artes de San Fernando y en la Escuela de Artes y Oficios. Realizó trabajos de imágenes religiosas para varios talleres y fundaciones por los que recibió varios premios. En 1951 se muda a Venezuela, donde trabajó para congregaciones religiosas en la confección de imágenes y restauración de esculturas antiguas en iglesias caraqueñas. También se dedicó a otras artes como la pintura y la escritura. En 1955 fue editada su novela *Don Quijote, Sancho y la era atómica*. Escribió para revistas culturales y cursó estudios en la Universidad Católica Andrés Bello, en Caracas, entre los años 1960 a 1961 de Periodismo. Murió en Caracas el 4 de agosto de 1996.

Índice

Presentación para la segunda edición	7
Presentación a la primera edición	11
Introducción	15
Primera parte. Salida de las sombras	19
Capítulo primero	
De entre las sombras sale una sombra	21
Capítulo II	
Quién era Alonso	25
Capítulo III	
Llegada a la capital	29
Capítulo IV	
Confidencias	33
Capítulo V	
¡Hay panes!	37
Capítulo VI	
La casa de salvador	41
Capítulo VII	
El despertar	45
Capítulo VIII	
Vicisitudes y trabajos	49
Capítulo IX	
El viaje	53

Capítulo X	
Un encuentro providencial	57
Segunda parte. Salida al mar	61
Capítulo primero	
En el mar	63
Capítulo II	
El polizón	67
Capítulo III	
Emigrantes	71
Capítulo IV	
Singladuras	81
Capítulo V	
En las antillas	87
Capítulo VI	
La última jornada	91
Tercera parte. Salida a la palestra	95
Capítulo primero	
El señor Sanchez y su familia	97
Capítulo II	
El empleo de Alonso	103
Capítulo III	
Don Quijote y Sancho Panza	107
Capítulo IV	
Consternación de Alonso y del señor Sanchez	113
Capítulo V	
Un joven desesperado	115
Capítulo VI	
Desequilibrio del mundo moderno	123

Capítulo VII	
Don Quijote y Dulcinea	129
Capítulo VIII	
El accidente	131
Capítulo IX	
Las vacaciones	137
Capítulo X	
En casa del cura	141
Capítulo XI	
El secreto de Antoñita	147
Capítulo XII	
La fiesta de sanchico	151
Capítulo XIII	
Controversia	157
Capítulo XIV	
Apoteosis caballeresca	165
Capítulo XV	
Sueños y aficciones	171
Capítulo XVI	
Diálogo en la profundidad	177
Capítulo XVII	
El desdoblamiento de Alonso	185
Capítulo XVIII	
Para vivir con plenitud	191
Capítulo XIX	
El arte, los artistas y el crítico	197
Capítulo XX	
El retorno a la oficina	205
Capítulo XXI	
¿Motorizado o de infantería?	213

Capítulo XXII	
Don Quijote y don Juan	217
Capítulo XXIII	
Don Quijote, el deportista y el holgazán	223
Capítulo XXIV	
La campaña de propaganda	227
Capítulo XXV	
El gran disgusto	231
Capítulo XXVI	
La gran asamblea	235
Capítulo XXVII	
Lo imprevisto	241
Capítulo XXVIII	
El hospital	247
Capítulo XXIX	
El psiquiatra	253
Capítulo XXX	
La despedida	259
Epílogo	263
Epístola del mago Magín	265
José García Bravo: una biografía familiar	269

Don Quijote, Sancho y la era atómica
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas - Venezuela





Don Quijote, Sancho y la era atómica

Esta novela no habla directamente de la era atómica, es necesario hacer énfasis que, en tal caso, habla del espíritu de esa era durante las difíciles circunstancias que transita su personaje principal y los paradigmas con los cuales se enfrenta: migración y exilio, egoísmo e injusticia. Esta experiencia del desplazamiento, que pareciera ocurrir por una guerra o una catástrofe que, si bien no es dicha, puede estar enunciada. Su protagonista al principio podría recordarnos a un personaje de Knut Hamsun, en su búsqueda desesperada por llenar su estómago mientras vive en profundas carencias materiales, luego de ser reconocido por un amigo, es alojado en un lugar que parece una cueva, hasta que decide movilizarse hacia otro lugar. Este lugar es un país del Caribe, o eso parece sugerir, y es acá cuando la novela adquiere su rol fantástico tal como lo señala en su subtítulo de "Novela fantástica".

JOSÉ GARCÍA BRAVO (España, 1913 – Venezuela, 1996)

Ebanista, restaurador y escritor. Se inició a temprana edad en el oficio de la ebanistería gracias a su padre y comenzó a estudiar en la Escuela de Artes y Oficios en Cáceres. A sus 14 años se trasladó a Madrid, donde estudió en la Academia de Bellas Artes de San Fernando y en la Escuela de Artes y Oficios. Realizó trabajos de imágenes religiosas para varios talleres y fundaciones por los que recibió varios premios. En 1951 se muda a Venezuela, donde trabajó para congregaciones religiosas en la confección de imágenes y restauración de esculturas antiguas en iglesias caraqueñas. También se dedicó a otras artes como la pintura y la escritura. Escribió para revistas culturales y cursó estudios en la Universidad Católica Andrés Bello, en Caracas, entre los años 1960 a 1961 de Periodismo. Murió en Caracas el 4 de agosto de 1996.

